



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardid, A Rica, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrojo, Buena, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Biaseo, Calvo Asensio (D. Pedro), Camoamor, Camus, Canalejas, Cabeto, Castela, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chaste (Conde de), Colliado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Cuesta, Costo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Atencio (D. Gonzalo), Calhansque, Iacarrate, Díaz, José María, Durán, Duque de Rivaz, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabie, Ferrer del Río, Ferrandier y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Antonio Suarez de), García Gutiérrez, Garza, Gascón, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Girón, Gómez María, Güell y Renté, Güelvanu, Guerrero, Incenga, Harzenbach, Iriarte, Zapata, Jamer, Labra, Lara, Lavrañaga, Lasala, Letama, Lopez Gójarro, Lorenzo, Llorente, Lafuente, Macaniz, Marias, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olivarría, Orgaz, Ortíz de Pinedo, Olóaga, Palacios, Pasaran y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poet, Rainoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívoro, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (C.), Rosa y González, Ros de Olano, Rosell, Ruiz Aquilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmorón, Sanroma, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Diciembre de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redacción y Administración, Jacometrezo, 63.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—América, por D. Enrique Taviel y Andrade.—Nuestra política, por D. Eusebio Asquerino.—El conde de Eymont, por D. Emilio Blanchet.—España y América, por D. Héctor F. Varela.—El doctor D. Francisco Sánchez y Flores, por D. Nicolás Díaz y Perez.—Mujeres célebres americanas, por D. P. de Navarrete.—Las grandes caecías, por el General Marquerite.—Correo de América por D. P. Ruiz Albistar.—Los servidores de la democracia, Danton, por Anatolio de la Forge.—Historia de tres secuestros, por D. Julián Zugasti.—Sueldo.—Advertencia.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

El viejo Noel agitando á lo lejos el arbolillo tradicional cuyas ramas son frutas y juguetes, que tanto alegra á los niños y que agrupa á las familias en torno al antiguo hogar, cuyas llamas cobran nueva idea cuando él las anima con su soplo, anunció á los padres de la patria que era llegada la hora de terminar el empeñado debate, de interrumpir el comenzado discurso y abandonar por unos días la religión de la política para consagrarse á la religión más santa y verdadera de la familia. Dóciles á sus intimaciones los oradores se ciñeron un tanto á la cuestión y concretaron la exposición de su programa, sus colegas no les irritaron con interrupciones y réplicas que no cumplen más fin que el hacer eterna una discusión, prorogose la última sesión, el Presidente dió el debate por terminado, las voces de los impacientes que gritaban: ¡á votar! ¡á votar! ahogó las de algunos que no se daban aún por satisfechos después de diez y nueve días de lucha, y tras una nutrida votación que proclamaba un triunfo de la izquierda, quedó en suspenso la vida parlamentaria del país hasta el día 8 del próximo Enero, en que pasadas las fiestas reanudarán las Cortes sus tareas habituales. Por segunda vez, aunque en medio de síntomas nada halagüeños para el porvenir, el señor Presidente del Consejo ha podido celebrar la noche buena del poder, la más sabrosa de todas las noche buenas á juzgar por el empeño que los partidos y sus hombres ponen constantemente en celebrarla.

Ahora, pues, que el debate ha terminado; ahora que se ha calmado un tanto la agitación de las primeras impresiones que con sus vapores empañaban un tanto la claridad del juicio; ahora es tiempo de preguntarse lo que ha sido el debate, y conjeturar las consecuencias que puede tener la marcha ordenada del país para la vida de las instituciones.

De él ha salido, como todo el mundo esperaba, el nacimiento de la izquierda en perfectas condiciones de viabilidad. El partido que á la voz del señor duque de la Torre empezó á formarse este verano y que desde entonces acá ha estado reuniendo fuerzas y conquistando adhesiones, se ha presentado en el palenque y ha hecho sus primeras armas con todo el esplendor posible, á la vista de la mayoría, unida, compacta en la apariencia, pero falta de esa solidez que dá á los partidos políticos arraigo y fuerza en el país. ¿Y cómo había de presentarse, si eran tan importantes los hombres encargados de apadrinarla y tan grandes los elementos que la componen?

Largo ha sido el debate, más que el propio interés general hubiera exigido, pues no está el interés de la patria en el mayor ó menor número de discursos que los hombres políticos pronuncien en el Parlamento; ya era hora de que se dejase la elocuencia de la palabra para las Academias y Ateueos, llevando solamente la elocuencia de los hechos al palacio de la Representación nacional. Sin embargo, hay que dar tiempo á las reformas, el vicio está muy arraigado entre nosotros y ha de ser muy difícil el desterrarlo por completo.

Pero aunque la discusión se ha prolongado más de lo que hubiera sido preciso, en toda ella, sin desmentirse un solo momento, se ha hecho sentir la necesidad imperiosa á que la izquierda dinástica ha debido el ser. Olvidado de sus compromisos el Gobierno del Sr. Sagasta, renegando de su abolego liberal, abandonando su programa para abrazar otro más restringido, otro más reaccionario, el programa centralista, cerrábase el horizonte á las aspiraciones liberales del país. Cánovas había dejado el puesto, sí, pero no á un partido que emprendiese distinto camino que el trillado del partido conservador; no á un partido que satisficiera la necesidad de libertad que tienen las clases populares como aquel que satisficiera la necesidad de reacción que sufren las clases conservadoras; si no á un partido oscuro, mal definido, poco determinado, que nada resuelve, que nada decide, que todo lo deja planteado y que no puede llamarse fiel representante de las clases conservadoras ni de las clases populares.

Así, pues, el cambio de papeles resultaba inútil, inútil en un todo. Los partidos así no son nada en la vida de los pueblos. Si en circunstancias críticas pueden servir de puente para una situación comprometida, son siempre partidos de transición que no pueden, que no deben aspirar á la conservación del poder. En otras circunstancias su existencia es un absurdo.

Y esto es lo que sucede actualmente con el partido fusionista.

¿Qué es, qué representa, qué significacion tiene en la política española?

Vino á la vida pública traído, como la izquierda, por el anhelo de libertad que seis años de reaccion dura, implacable, habian hecho nacer en todos los espíritus; predicando la libertad, prometiendo la libertad, consiguió el poder que aún están en la memoria de todos sus arranques revolucionarios, sus recuerdos de tiempos más felices; desde el momento en que no cumple lo que con tanta solemnidad ofreció, desde el momento en que desdeña el papel que le otorgaba su propia iniciativa, y conforma su criterio al estrecho y mezquino criterio conservador, desde ese momento la fusión, como partido político, no tiene razón de ser. Huyen de él y se dirigen á otra parte los hombres de buena voluntad que van por el mundo persiguiendo, como á fantasma que huye de su alcance, el ideal divino de las libertades públicas. Y cuando encuentran en la senda que recorren ese faro luminoso que se llama Código del 69 enhiesto en la montaña de la Revolución de Setiembre, á él se dirigen, y en torno suyo se agrupan, dichosos por haber hallado mal fin el objeto que con tal ansia perseguían.

Lo repetimos. Los partidos que no tienen un programa propio y bien definido, un programa en armonía con lo que de él exige la nación que pretenden gobernar, y un programa que siendo la cifra de lo que ellos pueden otorgar, sea también la cifra de lo que á ellos se les puede pedir, no son más que partidos de circunstancias, que nada serio, nada formal pueden fundar; aves de paso que aparecen en un extremo del horizonte y desaparecen por el extremo opuesto, sin dejar en la tierra ni en el cielo huella ninguna que diga á los hombres que ellos han pasado por allí, y no pueden dar más que situaciones transitorias, que solo tengan por objeto unir dos puntos lejanos, para desaparecer así que estos dos puntos se han unido por una vía más fácil y segura.

Y este es el papel que la situación ha repartido al fusionismo. Es indudable que la monarquía que hoy quiera afirmarse ha de conquistar al pueblo, y no lo es ménos que al pueblo no se le conquista imponiéndole abusos y tiranías, sino otorgándole la mayor suma de libertades. Traída por los conservadores, la restauración no podía ménos de tener gratitud hácia aquellos que sustentaban su bandera, tachada de facciosa por el hoy presidente del Consejo; y á ellos entregó la rienda de la gobernación del Estado; cansado el país por una

lucha prolongada, admitió lo que la casualidad y la audacia le daban, y lo admitió como un descanso á la fatiga que pesaba sobre él; pero seis años de opresión cicatrizaron sus heridas, acallaron sus dolores, y cuando empezó á darse cuenta de sí suspiró por la posesión de sus derechos, de que se le privaba enteramente. Y tan grande fué su sentimiento, que el mismo Cánovas se creyó obligado á sacrificarse, y descendió del alto puesto en que las Cortes y el rey le mantenían, para que el partido fusionista calmase el ansia de libertad que consumía al pueblo. Hoy que éste vuelve á hallarse en el mismo estado que antes del 8 de Febrero, nace la izquierda y viene á sustituirle en la opinión; ¿por qué no tiene el Sr. Sagasta la misma abnegación que el Sr. Cánovas?

Porque su hora ha llegado; ha terminado el papel que le dieron en el drama y debe retirarse por el foro. La izquierda viene franca y decidida á la monarquía; si la monarquía la acoge, no hace ya falta el gastado puente por el que una y otra han pasado, y puede hundirse en el abismo sin temor á que nadie le eche de menos; si la alianza entre las dos ideas resultase imposible, tampoco sería ya necesario el puente que ni una ni otra volverían á pasar.

La fusión, pues, ha terminado su carrera. Pudo ser fin, y ha sido medio; pudo ser remate de la obra y se ha contentado con ser solamente un piso del edificio político; pudiendo tener un horizonte amplio lo limitó y muere por falta de aire, por asfixia. A nadie sino á su estrechez de miras debe culpar de su muerte.

Y muere, sí, porque nada inútil, nada que no cumpla un fin vive, y la fusión no responde á nada. Muere, y claras señales de su descomposición ha dado el debate que acaba de terminar en el Congreso.

A las francas declaraciones de los defensores de la izquierda el Gobierno no ha respondido sino con palabras, con aplazamientos, con temores que nada justifica; no ha recogido la bandera del partido liberal en mal hora caída de su mano; no ha llamado á su seno á los disidentes; no ha dicho á los demócratas que ingresan en la legalidad:—venid con nosotros, puesto que todos somos unos, y juntos acometeremos las reformas que el país reclama y que vosotros pedís en nombre suyo, como sus más sinceros intérpretes.—Lejos de eso, se ha enerrado en el breve recinto de sus prejuicios, de sus preocupaciones, ha contestado torpe y mal al golpe diestramente dirigido, y no ha sabido imponerse, como debía haberlo hecho, á la izquierda, ni ha sabido hacer de la izquierda un refuerzo para su partido. Se ha limitado á exponer los recelos que le produce la idea de un período constituyente; debiendo el nombre que en política lleva á la Constitución del 69, há esgrimido toda clase de armas contra ella, desterrándola para siempre de la legalidad, precisamente cuando los conservadores constitucionales del código del 76 se comprometían á aceptarla y á gobernar con ella; hasta la elocuencia y la habilidad han faltado esta vez á la mayoría; y es que las malas causas no pueden ofrecer buenos argumentos para su defensa. El error no habla el mismo lenguaje que la verdad cuando están uno enfrente de otra. Los oradores que han abgado por el nuevo partido han estado tan superiores á sus adversarios como la idea por aquellos defendida es superior á la idea por estos sustentada.

Martos ha dado la nota más importante del debate. Por lo mismo que su actitud aparece á muchos un tanto vaga y poco definida, por lo mismo su intervención era esperada con más ansia. Cuando los conservadores pidieron á las Cortes que nombrase una comisión para felicitar al rey por el feliz nacimiento de la infanta María Teresa y por la suma de fuerzas que venían á aumentar las filas de los monárquicos, el ilustre repúblico emitió voto afirmativo, y más tarde se levantó á explicar su voto. El discurso que con este motivo pronunció, fué como todos los suyos, y llevó la persuasión al ánimo de cuantos le escuchaban. Acérrimo protector, partidario decidido de la izquierda, declaró, no obstante que se hallaba hoy como ayer á *honesto distancia de la monarquía*. Confesó errores en que apreciaciones del momento le hicieron incurrir más de una vez, y manifestó su creencia de que fuera posible la alianza entre la democracia y la monarquía. Su actitud, pues, es la misma que tenía antes del debate, la misma que todo el mundo conocía por medio de los periódicos que representan en la prensa sus tendencias y sus pensamientos. Vé que su antiguo partido va hacia el trono, y le deja ir le escita á que vaya, y hace fervientes votos por su felicidad, pero él no vá, él no se mueve del sitio en que desde un principio se colocó; él continúa á una *honesto distancia de la monarquía*.

En cambio los discursos de los Sres. Romero Giron y Sardoal fueron dos profesiones de fe ministeriales, tan ministeriales que la misma noche empezó á darse como segura una modificación del Gabinete y la entrada de dichos señores en Gracia y Justicia y Fomento. Uno y otro hablaron en contra de la Constitución del 69; uno y otro dijeron cosas tales que quizá el presidente del Consejo no se hubiese atrevido á pronunciar. Hacían méritos; eran adeptos del día siguiente, y estos siempre tienen más necesidad de alardear de leales que los adeptos de la víspera, porque mientras los prime-

ros no acuden más que al reparto del botín, los segundos han asistido á la batalla y sufrido quizá con sus estragos.

En resumen, y como no podía ménos de suceder, el Gobierno ha salido quebrantado de la discusión; la izquierda triunfante, y organizada ya como partido que allega grandes elementos á la monarquía y que cuenta con la benevolencia de los conservadores. De propósito no entramos en detalles, ni nos referimos á lances é incidentes poco propios de la Cámara, porque por el buen nombre del sistema parlamentario quisiéramos que ciertas cosas no pudieran escribirse para que se desvanecieran como la sombra de un mal sueño y no quedase eternamente impreso como muestra de poco respeto á la representación del país.

\*\*\*

Pocas noticias, y aun esas pocas desprovistas de interés, aporta hoy el extranjero á esta Revista general.

Los rumores que últimamente habian acogido la mayor parte de los periódicos de Europa sobre abandono de Gladstone del Gabinete inglés, se han desmentido, por más que los periódicos que de esos rumores se hicieron eco no estuvieron del todo equivocados; tratábase de aliviar un poco el inmenso trabajo que sobre el gran estadista pesaba, atendido á que su avanzada edad empieza á requerir menos fatiga y más cuidado si ha de conservarse largo tiempo vida tan útil á la prosperidad de la nación británica. Tal es la causa que reconoce la modificación ministerial acordada há poco en un consejo presidido por la reina Victoria, que se celebró en el castillo de Windsor, y llevada á cabo á los tres días. Lord Derby entra en el Ministerio con el cargo de secretario de Estado de las Colonias, y Gladstone abandona la cartera de Hacienda, conservando solo la presidencia del Consejo.

Grande es la trascendencia de este hecho, si se considera el ingreso en un Ministerio liberal de un hombre que, como lord Derby, ha venido hasta ahora figurando como uno de los más valiosos defensores de la política conservadora encarnada en lord Beaconsfield, pero nada tiene de particular en aquel país en que la ley del progreso parece dirigir las evoluciones de los hombres públicos, impulsándoles siempre hacia adelante, no dejándoles nunca volver sobre sus pasos para retrasar de una vez el camino en muchos años recorrido.

Muchos ejemplos de estos tenemos en España, y escasos de los primeros. Aquí la evolución es siempre retrógrada. Se empieza por ser liberal y se concluye siendo conservador, y conservador más reaccionario que los conservadores de abolengo. Quizá por esto nosotros tenemos muchos hombres políticos, y pocos, muy pocos caracteres.

En Inglaterra el hecho es común, y por lo tanto no sorprende á nadie. En tal concepto, la entrada de lord Derby en el Ministerio es un triunfo para la política de Gladstone, y un triunfo importante, porque el nuevo ministro será una garantía para la parte ménos liberal del Gabinete. Esto sin contar con la gran representación general de lord Derby, su crédito en toda Europa y el inmenso talento de que siempre ha dado pruebas en el servicio de su país. La opinión espera mucho de su concurso para el total arreglo de la cuestión irlandesa.

Continúa esta desdichada cuestión en el mismo ser y estado en que la dejó nuestra última Revista. Con pretexto de la ejecución de tres reos culpables de asesinato, nuevamente ha estado para turbarse el orden en Dublin. La policía tuvo que ir custodiando al verdugo hasta el vapor que le transportó á Inglaterra, pues los ánimos estaban tan excitados, que querían saciarse en aquel infeliz, ejecutor ciego de una sentencia no dictada por sus labios, y tal vez opuesta á los sentimientos de su corazón. ¿Qué quiere Irlanda? ¿Hasta cuándo vá á seguir siendo una rémora de progreso para la política inglesa? ¿Por ventura pretende vencer ella sola, desamparada como se encuentra, á la nación que hoy por hoy no tiene rival en el mundo, en cuanto á fuerza y poder? Mal piensa, si estos son sus pensamientos, y concedora ya de las buenas disposiciones que hacia ella abriga Mr. Gladstone debia mostrarse más confiada en el espíritu francamente liberal que dirige todos los actos de éste. Persistir en la actitud que hasta hace poco tenía y que ahora parece quiere tomar de nuevo, es un suicidio—há dicho hace poco un ilustre escritor—y el suicidio puede dar el descanso de la muerte á los individuos desesperados, pero no á las naciones inmortales.

Estos últimos días el pueblo inglés ha celebrado con grandes fiestas el quincuagésimo aniversario del ingreso de Mr. Gladstone en la vida pública. Cincuenta años hace que el notable hombre de Estado puso al servicio de su patria toda la fuerza de su talento y de su actividad; cincuenta años que contribuye incesantemente al engrandecimiento de su país. Al festejar los ingleses este aniversario, han querido, sin duda, hacerle patente su reconocimiento y su gratitud. Dignos son de ello tantos años de trabajo, tantos años de lucha, tantos años de sacrificio.

Limítanse las noticias de Egipto á dar cuenta de nuevas sentencias de muerte dictadas contra partidarios de Arabi, y que son inmediatamente seguidas de decretos de indulto, firmados por el Jedive. Con arreglo á los deseos de Inglaterra, los

principales jefes de la rebelión han sido desterrados, y es probable que á estas horas se encuentren ya camino de la isla de Ceilan, que les ha sido señalada como punto de residencia. En esto, como en todo, la voluntad omnímoda de la Gran Bretaña es quien ha dictado la ley; el Jedive no ha hecho más que sancionarla.

Debido según unos á la indulgencia forzada del Jedive, y según otros á las dificultades que se le ofrecen para condescender á todas las imposiciones de Inglaterra, el Ministerio egipcio ha presentado su dimisión, sin que hasta ahora haya terminado su reorganización. Lo cierto es que la cuestión egipcia, aunque aparentemente resuelta, no lleva trazas de arreglarse en el fondo. Buena prueba de ello la noticia que en la última semana ha corrido por los alambres del telégrafo referente al propósito que tiene el jedive de abdicar en su hijo y retirarse del trono en que le han repuesto las bayonetas de lord Wolseley y los cañones de lord Seymour. Dicen que el sultan ha escrito á Tewfik, para hacerle cambiar de parecer, y se añade que á pesar de sus cartas, el Jedive insiste en abandonar la sombra de poder que han querido dejarle sus aliados. ¡Pobre sultan y pobre Tewfik, haciéndose ilusiones uno y otro sobre su soberanía en Egipto! ¡Como si desde el momento en que las naves inglesas aparecieron frente á Alejandría no hubieran dejado de ser uno y otro dueños del vireinato!

Pocas noticias del Sudan. Djose há mucho que el falso profeta, al frente de 200 000 sectarios, había sufrido una gran derrota, de la que solo pudo salvarse huyendo con 30 000 de sus soldados; pero desde entonces, ni telegramas, ni cartas han vuelto á decir nada sobre el asunto, ni se tienen detalles de la batalla, ni apreciaciones sobre sus consecuencias probables, ni noticias de esos 30 000 fanáticos, que siendo hombres de carne y hueso, y hombres fanatizados por una idea religiosa, no es de creer se hayan desvanecido como las sombras de una pesadilla. No habrá sido muy definitivo el triunfo, cuando los corresponsales ingleses no lo han publicado á voz en grito para que se enterase todo el mundo. Hay, pues, que esperar á que el tiempo quiera decirnos la verdad de tales rumores y hay que mostrarse parco en recogerlos.

HOB.

## AMÉRICA.

América es la esperanza, el orgullo, los amores de la madre patria. Fértil, hermosa y alumbrada por un sol más radiante y espléndido que el que alumbrá á las demás partes del mundo, esta es la encantadora y joven América; este es el nuevo mundo.

Nadie podrá disputar á España el descubrimiento, y por decirlo así, *l'enfentement* de América. Porque el genio de Colon no bastaba para la empresa, se necesitaba á Pinzon y demás compañeros españoles para tripular en el puerto de Palos la famosa carabela que los había de conducir por ignotos y procelosos mares á tocar la tierra virgen del Nuevo Mundo el 11 de Octubre de 1492, que hizo exclamar á Colon al divisarla: «¡Tierra!» «¡Tierra!...» palabras para siempre memorables. Ya era tiempo, porque solo españoles, no obstante haber comprendido á este hombre iluminado y despedido de todas las naciones de Europa, habrían podido soportar en medio del Océano y conducidos en nave frágil y pequeña, las duras tribulaciones de la navegación, en la que se jugaban la vida. Había más que hacer, había que tener blindado el corazón, para no ceder á la duda al ver deslizarse día tras día sin descubrir en el horizonte señal alguna de la tierra prometida. Este es el valor y el mérito que la raza española ostentará siempre en la historia del antiguo y del nuevo mundo.

Pueden enorgullecerse de ello nuestros hijos americanos, porque la honra ganada por este hecho, es superior á todo lo que la trompa épica de la antigüedad ha cantado por boca de Homero y de Virgilio. La magnitud del descubrimiento de América, se puede medir por sus efectos. No es sólo el atravesar ignotos mares, ni el ensanchar el espacio en que se mueve la humanidad en la tierra, ni el romper en girones el lema que ostentaban las columnas de Hércules, el: *Non plus ultra*. Es más grande; es completo, porque al derribar, por decirlo así, esta enseña, no se descubrió sólo el Nuevo Mundo, sino también la verdad científica, geográfica y astronómica de la redondez de la tierra y de su movimiento de traslación y rotación al rededor del sol, fijo, inmóvil, y de todas las trascendentales consecuencias que se deducen; en una palabra: la renovación completa de la ciencia. En efecto, el sistema de Tolomeo, que desde el siglo II era el *non plus ultra* de la ciencia, basado en la planicie de la tierra y en las paralelas, cedió á la forma elíptica del globo terráqueo. La fijeza é inmovilidad del globo y la movilidad del sol que salía y se trasponía, ha sido reemplazado por la teoría contraria: por la de rotación y traslación de la tierra al rededor de un sol fijo é inmóvil. Este es el sistema que Copérnico había sospechado leyendo y estudiando los antiguos, y especialmente á Filolao; pero que no había podido afirmar sin el descubrimiento de América, que vino á echar por tierra la deducción más atrevida del de Tolomeo, á saber: el *non plus ultra*. Por último, á este hecho trascen-

dental se debe también la firmeza con que Galileo, torturado por la Inquisición, exclamaba: *E pur si muove*. Todo lo ha renovado, pues, el descubrimiento de América por los españoles, proporcionando así a la humanidad que vuela por encima de los mares, se abraza, se estreche y dé la vuelta al rededor del mundo por el Océano.

Trás nosotros lanzáronse después los portugueses y los ingleses, y á estos últimos les toca la gloria de haber descubierto á Australia, y á los primeros el camino de la India, que ha inmortalizado Camoens en *Os Luisiadas*.

Nosotros no escaseamos á estas dos naciones la gloria inmarcesible que con tan grandes hechos han alcanzado; porque no toca á la grandeza de la nuestra envidiar á las demás. Juntas hemos así contribuido á unir á los mares y á los mundos. Los descubrimientos de América y de Australia y el del camino marítimo de la India, al doblar el Cabo de Buena Esperanza, que puso en comunicación á Europa con la India, con la China y con la Oceanía, por un lado, los del vapor y de la electricidad por otro, han hecho de las cinco partes del mundo una red con mallas tan estrechamente unidas y tan elásticas, que unas á otras se comunican, se auxilian y se estrechan con la velocidad del rayo. Pero, para que esta malla no se pueda romper, es preciso que el equilibrio entre los puntos que la forman no se rompa, y á esto es á lo que debemos estar solícitos.

Pues bien, este equilibrio está á punto de romperse aquende y allende de los mares: en Europa y en América.

Siempre hemos mirado con solícito afán á nuestros hijos en América, y siempre nos han preocupado las guerras intestinas que las repúblicas hispano-americanas parecen condenadas á sufrir. Estas guerras, ora pronunciamientos, ora luchas de república contra república, son siempre fratricidas: mejor dicho, son suicidas. Hoy parece disfrutar América de un punto de reposo, después de la guerra sostenida por Chile contra Perú. ¡Ojalá pueda ser la última que veamos en aquel hermoso suelo, poblado por nuestra raza, y en donde se escucha la armoniosa lengua de Cervantes! Hay otra consideración más trascendental que tener en cuenta, á saber: el peligro que es para la raza hispano-americana el estar en lucha continua, que ha mermado en mucho su población, como lo prueba el Paraguay, que, de 1.350.000 almas, ha bajado á 400.000, debido á las guerras que ha sostenido. Esto no puede continuar, es preciso que concluya de una vez, por que si no es probable que, ora los Estados-Unidos, ora cualquier otra nación europea, pueda poner en peligro la independencia de la América del Sur. Mientras la raza hispano-americana no llega hoy á 30 millones, la anglo-sajona cuenta 60; 50 los yankees y 40 los ingleses del Canadá. Los primeros forman una sola nación, la de los Estados-Unidos; los segundos, la colonia que le resta á Inglaterra en América, pero que, apoyados por la madre patria, representan el poder inmenso de la Gran Bretaña unido al suyo. Cualquiera de las dos naciones que forman la raza anglo-sajona en América, puede un día cualquiera subyugar á nuestra raza, á la hispano-americana. Para evitar esto, pues, es preciso concluir con la lucha fratricida que hasta ahora han empleado las repúblicas sud-americanas. Deben, pues, cesar en guerras, fortalecerse en la paz, coligarse para el caso de que fuesen un día atacadas por cualquier otra raza ó nación. Sólo así se podrá conservar el equilibrio americano, que, como el europeo, es necesario en el mundo.

España debe también unirse con las que fueron sus colonias y hoy son repúblicas americanas. Esta unión debe ser, no solo para las relaciones íntimas que se van reanudando, gracias á la política de atracción que se ha inaugurado entre ellas, sino que debe extenderse al auxilio que deben prestarse mutuamente en caso de ser atacadas por otra raza, por otras naciones. Todavía queda en el mundo mucho que hacer y nuestra raza está llamada á ejercer en el antiguo y en el nuevo continente un grande influjo y seguir cumpliendo con los deberes que Dios ha impuesto á las razas que ha dotado de cualidades propias para extender la civilización. En América queda todavía por descubrir y poblar, y civilizar el Norte, cuyos límites no se conocen y cuya estension se ignora. En África, Marruecos y su interior, nos llaman á los españoles, además de la defensa de nuestras costas del Mediterráneo que siempre fueron invadidas por el estrecho de Gibraltar y por los que poseyeron el África, á llevar la civilización allí donde impera la barbarie. Todavía queda por explorar la región ártica, y á esa empresa está llamada América, si la raza hispano-americana se engrandece y olvida las guerras intestinas, á ella podrá tocar también unir el Asia y la América que lo exigen por la cercanía en que las ha colocado el estrecho de Behring, que es tan estrecho que al viajero se le figura á la simple vista que la continuidad entre los dos continentes no se interrumpe por el mar.

No es presunción nuestra, sino esperanza fundada del renacimiento de nuestra raza la que nos guía en predicar unión y concordia entre todas las naciones que hoy forman la gran familia española aquende y allende los mares. Para detener la marcha majestuosa del león español ha sido preciso que todas las naciones de Europa le juraran odio y venganza, y que la Providencia permitiera dejar vacante el trono español á la muerte de Car-

los II, para que franceses, ingleses, holandeses y austriacos, después de sembrar la zizaña en la Península ibérica, la mancillasen con la presencia de sus guerreros que nunca antes se atrevieron siquiera á mirar cara á cara y que jamás hubieran conseguido sino auxiliados por nosotros mismos que los introdujimos, los partidarios de Felipe de Anjou, para que nos ayudasen contra los del archiduque Carlos y los del archiduque Carlos contra Felipe de Anjou.

## II

Que la guerra entre Chile y el Perú la ha causado la política yankee, así como está impidiendo se haga la paz para amenguar y destruir á las dos Repúblicas, no lo diremos nosotros, pero escuchémoslos nuestros hermanos de allende de los mares de boca de Francia.

Le *Journal des Debats* del 6 del actual dice, hablando del Mensaje del presidente Arthaur:

«Il semblerait que la diplomatie américaine, n'ayant à traiter avec l'Europe que des questions de peu d'importance, aurait dû réserver toute son activité pour mettre fin à l'inutile et désastreuse guerre engagée depuis plusieurs années entre les Républiques du Sud. On sait que, faute d'avoir su observer la stricte impartialité dont un Etat chargé du rôle de médiateur ne doit jamais s'écarter, le président Garfield et son ministre, M. Blaine, n'ont pas peu contribué à pousser le Pérou à une résistance sans espoir et à obliger le Chili à prolonger indéfiniment une occupation dont il ne retire aucun profit. M. Arthaur a essayé d'imprimer une direction plus impartiale à la politique américaine, et il manifeste une assez grande confiance dans le succès des négociations engagées par M. Logan, récemment nommé ministre des Etats Unis à Santiago.

Le président s'est également efforcé de réparer une autre erreur non moins grave que sans précédent avait commise en voulant organiser à Washington un Congrès où tous les Etats des deux Amériques auraient été représentés. A peine arrivé au pouvoir, M. Arthaur a compris ce qu'une pareille conception avait de chimérique et il a retiré les lettres de convocation qui avaient été déjà adressées, par M. Blaine, à tous les gouvernements du Nouveau Monde. Mais, tout en renonçant à une entreprise impossible à réaliser, le président couvre sa retraite par quelques déclarations retentissantes en faveur de la politique humanitaire et de l'arbitrage international.»

Nada más elocuente que este juicio del periódico más importante en estas materias que hay en Europa.

Si á esto se agregan los recelos que Méjico abriga de ser absorbido por completo por los Estados-Unidos, como ya ha comenzado á traslucirse con motivo del tratado de comercio que entre los dos países está en vías de negociación, y los aprestos guerreros que oficialmente ha anunciado el presidente Arthaur en su Mensaje á las Cámaras, pidiendo aumento en las fuerzas de mar y tierra, no hay que dudar un momento del peligro inminente que corren los Estados del Sur en no concertarse para el caso próximo de que fuese atacado cualquiera de ellos.

Ya presenciaron los americanos del Sur la cuestión de Colombia con motivo de la pretensión de los Estados Unidos á fortificarse á la entrada del canal de Panamá, que comienza en las costas colombianas, atraviesa el territorio de esta República y desagua en el Pacífico, para unir así los dos mares.

Ante esta pretensión alzáronse los ingleses, que apoyados en el tratado de Clayton-Bulwer, no podían consentir que nadie se apropiase una vía marítima internacional, como será la que se abrirá el día que esté concluido el canal del Panamá. El Gobierno español, como potencia americana, se opuso también, quedando por ahora así la cosa, que ha venido á complicar la cuestión de Egipto, en que está envuelta la del canal de Suez. Es claro que hasta que no se resuelva esta cuestión, no podrá resolverse la del Panamá. Porque si los ingleses se quedan dueños del canal de Suez, procediendo en sentido inverso del que siguieron en el del Canadá, los Estados-Unidos se apoderarán de este último, y á Dios libertad de navegación en los mares. Los mundos no podrán consentir en que de este modo la raza anglo-sajona venga á ser la dueña absoluta de las demás razas, que para comerciar y comunicarse con sus colonias tenga que pasar por las horcas caudinas, levantadas en contra de ellas en el canal de Suez y en el de Panamá que es hoy el camino más directo entre el Mediterráneo, el mar Rojo, el Indo-Chino, el Océano Atlántico y el Pacífico.

La mano de los Estados-Unidos se percibe también en la zizaña que la prensa yankee trata de introducir entre la República Argentina y el Brasil, con motivo de la cuestión que en estos dos Estados del Sur de América traen entre manos, relativa á los límites de sus respectivas fronteras, que lleva el nombre de Misiones, porque es en este terreno en donde radica la disputa. Cuestión compleja, difícil de un arreglo definitivo y que data desde el siglo XVII. Entonces los españoles y los portugueses sostuvieron ruidos conflictos sobre esta materia, y como las Misiones las constituyen el territorio americano sometido á los españoles y portugueses por los misioneros cristianos, es muy difícil el fijar sus límites. Emancipada ahora la América del Sur y el Brasil de la madre patria continúan defendiendo cada una lo que cree su respectivo derecho. Pues bien; los yankees han esparcido en sus periódicos las noticias más absurdas, excitando las pasiones y anunciando propósitos hostiles

y guerreros de parte del Brasil, hasta el extremo de causar temor en la opinión pública en América y en Europa, y obligado al embajador brasileño en Washington á llamar la atención á todos los directores de la prensa de los Estados-Unidos sobre el particular y encargándoles deshagan el error en que han inducido al público de que la guerra es inevitable. Nosotros vimos desde luego claro en el asunto, porque confiábamos en la firme resolución del general Roca de no dejarse arrastrar á la guerra y nos constaba también la ayuda eficaz que le prestaba el celoso é ilustrado cónsul general de la República Argentina en Madrid, Sr. Varela, que inmediatamente se trasladó á Sevilla á buscar antecedentes de la cuestión de las Misiones, que se conservan allí en el archivo de Indias, así como los documentos que encierran los ministerios de Estado de España y Portugal, y en particular de este último, en donde ha encontrado el mapa levantado en el siglo pasado cuando se devolvió á España el Paraguay y á Portugal se le restituyó el Sacramento fue marcan los límites de las Misiones respectivamente.

Otra cuestión en la que no anda lejos la mano oculta de los Estados-Unidos, es la que ha surgido entre Venezuela y Colombia, también por cuestión de límites y se halla sometido al arbitraje de S. M. el rey de España. En vías de solución sólo diremos una sola palabra. Que Dios dé acierto á nuestro monarca para sentar para siempre la paz y la concordia entre estas dos repúblicas hispano-americanas.

Por último, Méjico nos preocupa mucho en estos instantes. Han llegado á nuestras noticias los temores de la tierra que ennoblecó el gran Cortés llevándole la civilización y la gloria político-militar de la nación española. Estos temores son justos, porque los Estados-Unidos, que ya le arrebataron parte de su territorio, aspiran á dominarlo por entero. El Gobierno mejicano, que lo ha advertido, se resiste á autorizar las concesiones de ferrocarriles que le piden los yankees, así como á firmar el tratado de comercio con los Estados-Unidos. La prensa mejicana nos ha revelado todo esto, y la de los Estados-Unidos también se ocupa en ello, y en particular *The American Correspondant*, de New-York.

## III

Siempre que hemos asistido en la catedral de Toledo á la novena con que la Iglesia conmemora el triunfo de Lepanto, nuestro pensamiento se ha elevado á la altura que entonces alcanzó el nombre español. Permanecer cerca de siete siglos en lucha abierta con los moros que amenazaban el Occidente de Europa; vencerlos y arrojarlos del lado allá del estrecho con la conquista de Granada. Descubrir á América y salvar por segunda vez á Europa y al Mediterráneo, de la media luna que los turcos por Oriente, después de la conquista de Constantinopla por Mahomet II, amenazaban. Vencer en Pavia, en Otumba y en San Quintín. Vencer en Cerinola, que nos dió el reino de Nápoles, y por último, tremolar nuestra bandera victoriosa en Oran y en Túnez. Todo este grandioso espectáculo, que en el siglo XVI ostentaba nuestra querida patria, se agolpaba á nuestros ojos. ¿Por qué se ha detenido el vuelo de nuestra raza? ¿Por qué África no es ya española? Pues porque hemos vuelto nuestra espada invencible contra nuestros pechos, aquende y allende los mares. Algo ha contribuido el que España estableciese la corte en Madrid, en donde no hay recuerdo alguno de la gloria patria. Lo confesamos, después de asistir á la novena de Lepanto en la catedral de Toledo, nos hemos sentido más amantes de nuestra España. Allí hemos sentido y visto por nuestros propios ojos, que donde no se conmemora á su Dios y á sus mayores, no hay patria.

Conservemos la paz interior, unámonos con nuestros hermanos de allende los mares, y el génio español no tardará en proseguir el vuelo majestuoso que emprendió desde el puerto de Palos, atravesando el Océano y posándose en la cima de los Andes; desde allí nuestros hijos de América del Sur podrán emprender su vuelo á los mares glaciales, al polo ártico, única region que queda en el globo terráqueo por explorar. Una vez encontrada allí la causa del movimiento del eje de nuestro globo, cuyos extremos son los polos, se habrá descubierto el secreto del equilibrio y del movimiento de los soles y de los mundos á través de la inmensidad del espacio y del tiempo. Y nosotros, en el antiguo continente, proseguiremos nuestro camino en África, donde antiguas glorias y modernas necesidades de la patria lo exigen. Así, entrelazados nuestros hermanos hispano-americanos con nosotros, podrán defender con éxito y con gloria inmarcesible la libertad de los mares, si, como se teme, se ve amenazada por los ingleses en el Canal de Suez, y por los yankees en el de Panamá. La Providencia parece avisarnos de que en el poder de nuestra raza está el realizarlo; porque la llave del Pacífico estará en manos de la República colombiana, una vez concluido el Canal del Panamá, y en el de España la del Canal de Suez, porque poseemos la entrada occidental, que es el estrecho de Gibraltar.

## IV

Confiamos en que nuestras esperanzas no tardarán en tener fiel cumplimiento, porque se fundan en el número excepcional de personas influyentes en

América y en España, que tienden á realizarlas. En Bolivia tenemos al ilustre Arce, que desde su triunfo último en la elección de la presidencia de las Cámaras de su país, ha adquirido una influencia decisiva, á tal punto, que le ha servido para ajustar la tregua con Chile, separándose así del Perú con quien se había coligado. Arce es amigo de la paz, y estamos seguros que acabará su obra, contribuyendo á la pacificación definitiva entre Perú y Chile. El general Roca, presidente de la República Argentina, es un agente eficazísimo de nuestra política de paz y concordia entre las Repúblicas hispano-americanas; es por excelencia amigo de la paz, mejor dicho, enemigo de la guerra, hasta tal grado, que no ha sido bastante cuanto los Estados Unidos han hecho para arrastrarlo á una guerra con el Brasil. Contamos los amigos de la paz con dos auxiliares eficazísimos para ajustarla entre Chile y Perú. Es el primero de ellos, el ilustre general Lynch, general en jefe de las fuerzas chilenas de ocupación en el Perú. A su valor y pericia en la guerra, su privilegiada naturaleza, reúne un don más preciado, como es su ardiente deseo por la paz; si hace la guerra es como para conseguir la paz. A nadie, pues, se le puede aplicar mejor el aforismo latino: *vis pacem para bellum*. Su noble actitud y pronta aceptación en permitir que los restos mortales de nuestros héroes marinos muertos en el Callao, y enterrados en la isla de San Lorenzo, fuesen trasladados á Lima, le ha enaltecido, si cabe, más y más con su presencia y la de sus soldados en esta tenebrosa ceremonia. No es ménos valiosa la cooperación que da lugar á esperar el acto reciente del presidente de Chile que se apresuró por telégrafo á confirmar la conducta del general Lynch. ¡Loor á tan preclaros varones!

Por fortuna en España, la opinión pública se ha manifestado unánime en este particular. La prensa en especial no disiente un ápice en el deseo de paz, unión y concordia de las Repúblicas hispano-americanas entre sí y con la madre patria. Y, séanos permitido felicitarla, porque de algún tiempo á esta parte ha emprendido una marcha patriótica que la engrandece. La de excluir del molde estrecho de partido las cuestiones de política exterior.

Nuestros hombres de Estado siguen también este camino, en el que tan buenos resultados está recogiendo el marqués de la Vega de Armijo con la política de atracción que ha adoptado en América. Contamos también con un auxiliar muy eficaz y activo, con la del ilustrado publicista é importante hombre de Estado, ministro de la Gobernación y Hacienda en Buenos-Aires que ha sido, y cónsul general de su país en Madrid que es hoy, Sr. D. Héctor Varela. No olvidaremos al joven chileno Sr. Cardozo, ex-diputado y agente oficioso de su país entre nosotros y que con tanto celo procura la paz con España.

Concluiremos, enviando un cariñoso saludo á la joven y hermosa América, orgullo de España, deseándole felicidades sin cuento como cumple hacer á su madre patria; y en el entretanto nos quedamos rogando á Dios le conceda al menos igualar las antiguas glorias de España y le infunda, al mismo tiempo que el respeto debido al derecho de la fuerza, como apelación á la defensa propia, culto religioso á la política basada en la amistad con las demás naciones, de amor al hogar doméstico, á la patria, á la raza, á la humanidad; porque esta forma una cadena, cuyos anillos deben estar unidos fuertemente, pero sin olvidar que cada uno de ellos estén también fuertemente contruidos. No olviden este deseo de la madre patria los americanos; porque es preciso tener muy en cuenta que la política basada en la amistad y el amor es la más grata al corazón humano, porque ella sola constituye la poesía, el encanto de la vida; suprimid la buena amistad entre las naciones; suprimid el amor al hogar doméstico, á la patria, á la raza y á la humanidad, y el mundo convertirá en algo peor que un valle de lágrimas; se convertirá en un lugar de desolación y de muerte.

ENRIQUE TAVIEL DE ANDRADE.

#### NUESTRA POLITICA.

Vamos á entrar en el año vigésimo cuarto de nuestra publicación. La América se fundó por nuestro queridísimo hermano en 1857, después de su regreso de Chile, en cuya República representó al Gobierno español regido á la sazón por el veterano de la libertad, por el moderno Cincinnato, por el honrado, íntegro é ilustre duque de la Victoria, D. Baldomero Espartero.

Ya había sido nombrado nuestro inolvidable Eduardo para ejercer igual cargo diplomático en Venezuela cuando cayó del poder el invicto duque, el vencedor en tantos combates, merced á las malas artes de los ambiciosos que explotaron su popularidad, cuando la necesitaron con el fin manifiesto y maquiavélico de asaltar las encumbradas esferas de la gobernación del Estado, y apenas posesionados de ellas, haciendo predominar sus instintos absolutistas, y sus cábales insidiosas y pérfidas asechanzas lograron realizar el anhelado y bastardo móvil que los impulsaba, que no era otro que el de la dominación omnívota y exclusiva en los negocios públicos, y derribaron al confiado y virtuoso

ciudadano, cuya noble alma, agena al dolo, no podía concebir que cupiese tanta doblez y tanta felonía en los que se ostentaban poco tiempo antes, de un modo público y solemne, sus amigos entusiastas, y decididos admiradores de sus virtudes cívicas, y le tendían una mano en apariencia fraternal, para clavar más fácilmente el alevoso puñal en su corazón sincero, leal y franco.

La historia imparcial, justa y severa dictará algún día su fallo terrible sobre los hombres que intervinieron en tan nefandos sucesos, por más que la conciencia pública los ha juzgado ya como merecen.

El génio siniestro del mal alcanzó un triunfo efímero sobre un verdadero hombre de bien, porque al derribarle de su poder material y transitorio, no pudo destruir el inquebrantable pedestal de su probidad acrisolada, de su abnegación sublime, de su gloria imperecedera é inmortal.

Nuestro hermano del alma, en vez de ir directamente de Chile á Venezuela, hizo un viaje de cuatro mil leguas, viniendo á Madrid, para gozar el placer veheméntísimo de dar un estrecho y cariñoso abrazo á nuestra madre idolatrada y al hermano que recordará mientras viva, su adorable memoria; el generoso é intrépido Eduardo, que se disponía para partir á Caracas, apenas supo la caída de Espartero, ofreció inmediatamente su dimisión. Fué la primera presentada en el Ministerio de Estado.

En la tarde anterior de un día tan aciago para la libertad de España, nuestro hermano tenía el honor de ver que el valeroso duque, en el jardín de la casa que habitaba, hacia el ensayo, la prueba de unas pistolas que Eduardo había comprado en los Estados Unidos, destinadas, como un humilde tributo de respeto y de cariño, para el ilustre general, que tuvo la magnanimidad de aceptarle.

Podía referir algunos detalles, no escasos de interés y de algún riesgo, en que intervinimos mi hermano, el eminente orador Cristino Márton, y el relator de estos recuerdos, grabados profundamente en el fondo de mi alma.

Nos limitaremos hoy á designar la aparición de LA AMÉRICA, á los pocos meses de haber transcurrido tan graves acontecimientos.

Nos honraron y favorecieron, desde el principio, los distinguidos literatos y publicistas que van al frente de nuestra Revista, fundada especialmente para estrechar los lazos fraternales entre España, nuestras provincias de Ultramar y las Repúblicas hispano-americanas.

LA AMÉRICA ha sido y continuará siendo un palenque abierto á todas las ideas, á todos los sistemas en el orden filosófico, moral, político, literario, histórico y social que se debaten por la inteligencia humana.

Nuestros esclarecidos y eminentes colaboradores, han sido siempre los únicos responsables, moralmente, de sus apreciaciones científicas ó literarias.

Sólo el fundador de LA AMÉRICA, como el que hoy la dirige, han impreso en sus modestos trabajos el sello perenne de sus antiguas y perseverantes convicciones políticas, á favor del progreso y de la democracia.

LA AMÉRICA proclamó hace ya veintiseis años las reformas económicas, políticas y sociales realizadas en la Isla de Cuba y Puerto-Rico, cuando eran combatidas enérgicamente por los Gobiernos reaccionarios y por sus órganos en la prensa, nosotros las defendíamos con vigor, con entusiasmo y con perseverancia; el tiempo ha coronado nuestros esfuerzos y continuaremos la obra emprendida con tan buen éxito, hasta que conquistemos todas las mejoras y adelantos que reclaman imperiosamente nuestras queridas provincias de Ultramar.

Queremos un presupuesto mucho más reducido que el que actualmente rige. la abolición completa de la esclavitud, que se consagren los ingresos del Tesoro, en gran parte, á difundir los beneficios de la enseñanza popular, de la instrucción pública, á construir vías de comunicación, caminos vecinales, carreteras, que apenas existen, entre ciudades y poblaciones importantes; y esta incurriría vituperable acusa la pésima administración de las autoridades supremas que han gobernado aquel país como un pueblo conquistado, sin atender sus justas quejas, ni satisfacer sus más apremiantes necesidades.

Insistiremos un día y otro día en que cese esa inercia, ese abandono de los intereses más vitales, haciendo despertar de esa especie de marasmo inveterado á los encargados de dirigir la gestión de los negocios ultramarinos, que, con rarísimas excepciones, solo piensan en hacer una rápida fortuna, en constituir su futuro engrandecimiento, sin dejar otros recuerdos en los pueblos sometidos á su dominación, que las arbitrariedades, injusticias, los vicios administrativos, las corruptelas desmoralizadoras, el lucro, la ganancia y la sed del oro.

Nuestros hermanos de Ultramar, de Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, pueden contar siempre con nuestra cooperación activa, constante, eficaz en todo lo que tienda á mejorar su condición material, moral, intelectual, á desarraigar ajenos, tradicionales abusos, á ser celosos defensores de sus derechos ultrajados, porque nos guía el espíritu de rectitud, de justicia y de afecto á provincias tan desgraciadas, que después de haber sufrido tantas catástrofes; producidas por las tempestades de la naturaleza, padecen otras no ménos desola-

doras y funestas, que son excitadas por la incapacidad política, administrativa y social, por la indolencia habitual, ó por la indiferencia censurable de los que tienen el deber de velar por tan respetables intereses, de promover obras de utilidad reconocida, de contribuir, en fin, por todos los medios poderosos que están en sus atribuciones, á desarrollar los gérmenes de su futura prosperidad, los elementos de civilización que engrandecen á los pueblos, para que disfruten los bienes fecundos de la libertad y del progreso.

Las repúblicas hispano-americanas han sido y son también el objeto preferente de nuestra predilección.

En los veinticuatro años, que dentro de dos días, al fin de este mes, lleva de existencia LA AMÉRICA, por haber sido interrumpida durante dos años á causa de la guerra fratricida que envió á la reina de las Antillas, en este largo período hemos dedicado nuestra especial atención á conocer, apreciar y enaltecer lo mucho que encontramos digno de aplauso en los Estados que hablan nuestro idioma, que pertenecen á nuestra raza y que profesan el dogma sacrosanto, el ideal sublime de nuestras aspiraciones.

Hemos admirado, muchísimos años antes de su reciente desastre, la historia grandiosa del pueblo glorioso de los incas, adoradores del sol, en la misma época mereció nuestro entusiasmo la pujante y floreciente Chile, hicimos un largo estudio del país poético y encantador de los antiguos aztecas. Centro-América, Nueva Granada; todas estas repúblicas exaltaron nuestra juvenil fantasía, y á todas ellas consagramos entonces muchos artículos en LA AMÉRICA, modestos trabajos, por ser nuestros, pero que revelaban la particular afición el culto cariñoso que nos inspiraban aquellos pueblos, ligados á nuestra patria por vínculos fraternales.

Por nuestra iniciativa se dedicó un recuerdo afectuoso á las repúblicas hermanas en el Manifiesto que el antiguo partido del progreso dirigió á la nación en el año de 1864.

Son antiguos los estrechos lazos que nos unen á aquellos Estados, y en tiempos más modernos y muy recientes, hemos rendido nuestro homenaje constante, reiterado, á Méjico, Venezuela, San Salvador, Honduras, Colombia, la República Argentina, Santo Domingo, el Uruguay, Chile, el Perú, etc., complaciéndonos en extremo, al referir y publicar en nuestras columnas, hasta en sus más levísimos detalles, el impulso vigoroso de su agricultura, de su industria, de su comercio, de sus vías férreas, de sus telégrafos, cables submarinos, de sus líneas de vapores, que las ponen en comunicación rápida entre todos los Estados americanos, con la Europa, y aun con el mundo entero.

Sin desatender ningún factor importante de su creciente progreso, se ha honrado LA AMÉRICA en propagar la merecida fama, el justo renombre de ilustres publicistas, de poetas insignes, de hombres de Estado eminentes, de sabios profundos en todas las ciencias humanas, que resplandecen é iluminan, como los astros más espléndidos de su brillante cielo, el Nuevo Mundo descubierto por el génio de Colon.

Sentimos un placer inmenso en transmitir á España las glorias de América, y las glorias de España á América.

¡Cómo no, si son comunes, si son hermanas, sus glorias y sus grandezas!

Nuestro espíritu atraviesa la inmensidad del Océano: para identificarse con el espíritu libre americano.

Respecto de la América hispano-republicana, nos proponemos insistir en la necesidad urgentísima de que las cuestiones trascendentales que afectan á aquellos Estados, sean resueltas por árbitros inteligentes, ilustrados y patriotas que brillan por fortuna en la América latina, en vez de permitir ingerencias extrañas en sus negocios interiores, que han de ser en menoscabo de su dignidad y de su independencia. Es el pensamiento salvador, que debe ser meditado profundamente por sus ilustres hombres de Estado.

No nos cansaremos de repetir que el móvil constante de los Estados Unidos no es otro que el de absorber, allende los mares, las nacionalidades que no tengan la prudencia y el vigor indispensables para no caer en sus insidiosos lazos.

Solo el interés sincero y vehemente que nos inspiran las Repúblicas que son nuestras hermanas, nos impulsa á perseverar en esta idea, proclamada por el génio de Bolívar.

Solo en lo que se relaciona con el régimen interno, para dirimir sus contiendas y evitar conflictos lamentables entre los pueblos de un mismo origen, hemos combatido y combatiremos siempre la propensión marcada de los anglo-americanos á intervenir, por todos los medios poderosos que les sugiere su desmedida ambición, en los destinos de una raza que, por su historia, por su temperamento, por su idioma, por sus costumbres, ofrece contrastes y antagonismos que no pueden armonizarse.

Admiradores de los Estados Unidos, les hemos rendido en nuestra Revista justísimos homenajes, al estudiar sus sabias instituciones, su riqueza pública, su inmenso progreso material, su tolerancia á todas las opiniones, su desconfianza de la centralización del poder, su amor á las libertades municipales, y su gloriosa lucha por la independencia, inmortalizada por el sublime Washington.

Magnífica fué la victoria que alcanzó el Norte contra el Sur, que produjo la emancipación de la raza negra.

Decíamos en un artículo de LA AMÉRICA, á raíz de aquella lucha gigantesca:

«Inglaterra emancipó en plena paz un millón de negros, y América, en medio de una guerra civil, ha emancipado cuatro ó cinco millones.»

«Los grandes testimonios de clemencia que han seguido inmediatamente á la terminación de la guerra, han honrado á los Estados Unidos y han prestado inmenso servicio á la causa general del gobierno democrático en el mundo.»

Somos entusiastas encomiadores de las virtudes cívicas que atesora aquel gran pueblo; pero amamos más á las Repúblicas hispano-americanas, queremos que conserven incólume su libertad, y rechazamos con energía la aspiración, que atribuimos á la política de aquel país, de ejercer su supremacía absoluta sobre los pueblos hispano-americanos.—La *union ibérica* es uno de nuestros antiguos ideales.

Hemos expuesto la historia de esta idea en varios artículos publicados en LA AMÉRICA.

La proclamaron ilustres patricios durante su emigración en el vecino reino de Portugal, entre ellos el querido autor de nuestra existencia, en Gibraltar mis respetabilísimos amigos D. Francisco Díaz Morales, el decano ilustre de la prensa, D. Andrés Borrego, y en Londres D. Juan Alvarez Mendizabal.

La defendimos en los primeros albores de la juventud, en *El Peninsular*, que apareció en el palenque de la discusión en el año de 1842.

La hemos patrocinado con mi adorable y difunto hermano, desde la aparición de LA AMÉRICA, en 1857.

Y la defenderemos sin cesar, porque ya lo hemos dicho, y lo repetimos ahora. Examinado el mapa de España y de Portugal, se observa que representa una extensión de tierra cerrada por el mar en cinco partes de su circunferencia, y la sexta parte está formada por la cadena de los Pirineos que la separa de la Francia.

Los grandes ríos el Duero y el Tajo, así como el Miño y el Guadiana, tienen su curso por los dos pueblos; la línea que los divide es puramente artificial, porque España está colocada y dispuesta por la naturaleza para constituir un solo país.

Los libros del mundo civilizado, cuando hablan de esta parte de Europa, la designan con un nombre: *la Península*.

Si la geografía demuestra con innegable evidencia que España y Portugal no deben constituir más que una sola nación, ¿por qué la susceptibilidad de nuestros vecinos se excita hasta el extremo inconcebible de mirar con repugnancia y con hostilidad el proyecto grandioso de unir los dos pueblos?

Es el temor exagerado de perder su nacionalidad, y nosotros, respetamos los nobles sentimientos de independencia y de amor á la patria de que blasonan con justicia, porque dista mucho de nuestro ánimo levantado, el móvil mezquino de aspirar á que se establezca la union ibérica, que es nuestro deseo más vivo, y más perseverante, sin menoscabo de sus derechos sagrados, y de sus intereses legítimos.

«No queremos el sacrificio de su nacionalidad en ventaja de la nuestra; esto sería tan injusto como insensato; conocemos y apreciamos la digna altivez de una noble raza que ha sabido conquistar laureos gloriosos, inmortalizados por su brillante historia, y sólo nos limitamos hoy á enunciar el voto más ferviente y más sincero de que se realice, de comun acuerdo de las dos naciones, su *fraternal union* en los tiempos futuros.»

Uno de nuestros antiguos ideales es la misión civilizadora que España debe ejercer en Africa. Los Gobiernos españoles han mostrado una deplorable indiferencia por los intereses más respetables de la patria. La desorganización social de Marruecos es inmensa. La inmoralidad administrativa es un cáncer que corroee las entrañas de ese cuerpo moribundo.

Insistimos en nuestros asertos anteriores. España no puede consentir que otra potencia impere en un territorio regado con la sangre de sus hijos, campo de batalla de romanos y de árabes, portugueses y españoles, teatro de nuestras antiguas glorias. El Mediterráneo, convertido en un lago inglés, arruinaría nuestros intereses comerciales, y Tánger es muy importante como puerto marítimo y como baluarte militar. Harta afrenta sufre España al ver el peñón de Gibraltar.

En Marruecos se nos abren luminosos horizontes y la civilización nos reclama el cumplimiento de grandiosos destinos.

América, Portugal, Africa, son los recuerdos gloriosos del pasado y los ideales espléndidos del porvenir.

Pertenece á la raza latina, y nos interesamos por todo lo que tienda á engrandecerla. Francia, Portugal, Italia, las Repúblicas de origen latino y nuestra patria deben marchar de consuno, porque todos somos de una misma familia y debemos estrechar nuestros lazos fraternales.

Grecia nos inspira además profunda simpatía. Ha sido la cuna de la civilización, del arte y de la libertad; la patria de los grandes ciudadanos, Aristides, Focion, Epaminondas, Trasíbulo, Temístocles, Leónidas y otros ciento; de los genios de la

literatura dramática Esquilo, Sófocles, Eurípides, y en la comedia, Aristófanes; de historiadores, filósofos, artistas y oradores inmortales, Herodoto, Platon, Aristóteles, Fidias, Apeles, Demóstenes.

La libertad del pensamiento, de la ciencia, fué el carácter del genio griego en todos los tiempos.

Así hemos enaltecido á este pueblo heroico, en nuestras investigaciones históricas, publicadas en LA AMÉRICA, y defenderemos sin cesar sus futuros engrandecimientos, hasta la emancipación completa de la nación helénica del yugo afrentoso de la bárbara Turquía, refractaria á todo verdadero progreso.

Respecto de nuestra política interior, hemos de mantenernos fieles al espíritu democrático, progresivo, simbolizado actualmente en la tendencia iniciada por el ilustre vencedor de Alcolea, al proclamar el restablecimiento de la Constitución de 1869.

Un filósofo tan profundo, un orador tanelocuente como nuestro respetabilísimo amigo el señor Salmeron, ha dado saludables consejos á los más intransigentes de sus amigos políticos, para que no hostilien la formación de la izquierda.

La oposición sistemática ministerial á esta idea salvadora del progreso y de la democracia, debe abrir los ojos, aún á los más obcecados, para percibir la realidad de la situación á que vivimos sometidos.

La Constitución de 1869 abrirá un campo de legalidad comun á todas las opiniones, aceptado por el ilustre repúblico, nuestro antiguo amigo, el firme y consecuente adalid de la democracia, su jefe autorizadísimo, el Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, que vendrá á sostener sus convicciones vehementes y profundas, amaestrado por las dolorosas y amargas lecciones de la experiencia, lejos de su adorada patria.

¿Qué les importa á los ministeriales más ó menos exépticos é indiferentes, que muera en el ostracismo (un hombre de dignidad, que no cabe en los moldes estrechos del régimen vigente)?

Pero interesa á los sinceros amantes de la libertad y del progreso humano que vuelva al seno de la patria tan eminente patriota, y que ilustren la cátedra y el Parlamento inteligencias tan elevadas como las de los oradores elocuentísimos Zorrilla, Salmeron, Pedregal y otros muchos de gran valía, como nuestros antiguos y queridos amigos D. Francisco de Montemar, Eduardo Chao, Llano y Persi, Azcárate, Cervera, Estanislao García Montfort, Facundo Ruiz Portilla, Figuerola y Gabriel Rodríguez, y esa pléyade de jóvenes, ricos de inteligencia, de fé, de entusiasmo que encarnan en sus almas generosas los ideales del *Porvenir*.

Esta es la idea fecunda, noble y gloriosa del bravo caudillo de la guerra civil y de Alcolea, la de cerrar la era de las revoluciones, abriendo el templo augusto de la discusión á todas las teorías y á todos los problemas políticos y sociales que corresponde resolver al espíritu inmortal del siglo XIX.

EUSEBIO ASQUERINO.

### EL CONDE DE EGMONT.

A los catorce dias ambos cautivos fueron trasladados al castillo de Gante, cuyas llaves hizo entregar Egmont. Iban delante dos compañías de arcabuceros montados; en el centro, Egmont,—que ocupaba una litera tirada por mulas, así como Horn su carruaje,—y un regimiento de infantería; detrás, tres compañías de caballos.

Si en Madrid y Roma causó regocijo la prision referida, acrecentó en los Países Bajos la emigración. En breve alcanzó ésta proporciones enormes con el ilegal establecimiento del infame tribunal llamado primeramente de S. E.; después, de los *Tumultos*; y por último, de *Sangre*, y únicamente comparable con la Inquisición, el *Tribunal Revolucionario* de Francia y los que para colorear sus matanzas instituyeron Lebon, Collot d' Herbois, Carrier y otros monstruos de iniquidad.

—Tuvo estos dos fines: inocular víctimas al demonio del fanatismo y llenar con el producto de las confiscaciones las exhaustas arcas del Estado. Si la herejía y el desafecto á Felipe II eran entonces crímenes en los Países Bajos, no lo era menos la riqueza. Doce jueces formaron al principio el tribunal de Sangre, que presidía el duque de Alba; pero, á consecuencia de renuncias provocadas por un resto de corazon y honor, y adviértase que entre aquellas se contó la del feroz Noircarmes, quedaron reducidos á Hessels, el doctor Del Rio y,—el peor de todos,—Juan Vargas, sobre quien pesaban en España dos causas criminales. Había despojado de su patrimonio á una huérfana, deshonrando así su tutoría. Con reconvenções devolvía á sus colegas los autos de todo proceso que no pasase en pena de muerte y exigía que lo empezasen de nuevo. Dia hubo en que noventa y cinco personas fueron, en masa, condenadas á la horca, la decapitación ó la hoguera: como se ve, evitaba la monotonía el satánico Tribunal. Otra vez, condenó simultáneamente al último suplicio á unos quinientos individuos presos en la noche del mártir de Carnaval: ¡todos perecieron inmediatamente! Mil ochocientos ejecuciones tuvieron lugar en menos de tres meses. Esas y otras inmolaciones de vidas inocentes y valiosas trocaron en luto, mise-

ria y desesperación, la felicidad de muchísimos hogares; pero vigorizaron la resolución de sacudir abominable yugo; con el prestigio del martirio santificaron nobilísima causa.

Por mala fé de empleados y por gastos de administración, no sacó Felipe II de las confiscaciones flamencas los 500 000 ducados anuales que, con la satisfacción de hábil corredor, anunciando pingüe negocio á usurero judío, le había prometido el duque de Alba: no solamente no los sacó, sino que en el sangriento abismo de los Países Bajos sepultó tesoros y más tesoros de la despojada América, vidas y más vidas de españoles, y por último su dominación execrable. ¿Por qué ha sido inútil lección tan grande?

En noviembre de 1567, una comisión compuesta de Vargas, Del Rio y el secretario Praets, entabló los procedimientos jurídicos contra Egmont, sujetándole á un embrollado y capcioso interrogatorio, sin permitirle auxilio de abogados ni documentos. El 10 de enero de 1568 entregaron al preso la acusación fiscal, para que en el plazo de cinco dias, y sin consulta ni cooperación alguna, la devolviese contestada. Hecho así, le concedieron abogados; pero contadas fueron las entrevistas con él, y siempre ante delegados del duque de Alba. También le autorizaron á buscar testimonios y documentos justificativos; pero arrestando el tiempo de modo que resultase ilusorio el permiso.

Oficialmente declaróse, á 1.º de junio, que el proceso quedaba concluido y se remitieron sus voluminosos autos al duque. El mismo dia ajusticiaron en Bruselas á diez y ocho personas principales, negándose sepultura á siete y arrojando los cadáveres de los restantes en una fosa no consagrada. El 4 de junio condenó el duque á Egmont, á ser decapitado y ante Dios y los hombres declaraba solemnemente que a fondo había examinado el proceso: ¡en tres dias tan solo!—Préviamente habían sido confiscados los bienes del conde, el cual tenia una renta de 63 000 florines, un palacio en Bruselas y residencias en Mechlin, Gante, Bruselas, Arras y el Haya, Sabina de Baviera, virtuosísima consorte de Egmont, y sus once hijos, todos menores, cayeron en la más horrorosa indigencia.

Como se vé, Felipe II y el duque asesinaban artísticamente, con cierta etiqueta, como los *bravi* de Venecia á las personas de alto rango. ¡Y un rey, un gobernador, que jugaban tan escandalosa, tan vilmente, con la justicia, osaban llamarse campeones de la Religión! ¿Es posible amar á Dios, perfección suprema, sin moralidad ni justicia? En vano había recusado Egmont al tribunal de Sangre, cuya existencia no era legal, por haberse establecido contra todas las leyes y fueros del país, meramente porque así placía al duque; en vano, como ciudadano noble del Brabante, había reclamado el amparo de la constitución llamada *Joyeuse Entrée*, constitución jurada sin restricciones por Felipe mismo; en vano había pedido, como caballero del Toison, que le juzgaran sus pares; en vano Mansfeld, de cuya lealtad no dudaba el rey, y Hoogstraten, condecorado con el Toison, rogaron al soberano que no conculcase los privilegios de una orden á cuya cabeza estaba. En su inagotable mala fé, envió Felipe á su digno agente una cédula con falsa fecha, atrasada unos nueve meses, autorizándole á prescindir de las franquicias del Toison en asuntos relacionados con los Países Bajos.

Egmont era inocente, según afirman Lothrop, Motley y Prescott, respetables como hombres, é ilustres como historiadores, después de haber examinado cuantos datos pudieran apertecerse. Hasta en el tribunal de Sangre hubo quien así lo declarase. En efecto, Pedro Arsens, uno de sus miembros, dirigió una larga Memoria al duque de Alba, tachando las ilegalidades cometidas en el proceso de Egmont y sosteniendo que éste, lejos de merecer pena, debía ser premiado muy señaladamente. En realidad, quien condenó al conde, aun antes de salir Alba de Madrid, fué Felipe II, el cual pertenecía á la temible raza de los que radicalmente olvidan los más insignes favores, apenas recibidos, y con el más implacable rigor se vengan del más leve agravio, engrandecido por el microscopio de su soberbia. ¿Qué le importaban las glorias de San Quintín y Gravelinas, ni que por servirle á él, tirano extranjero, hubiese derramado Egmont sangre de sus compatriotas, herido el materno seno de la patria, si algunas veces había llorado los males de ésta y censurado á su opresor? Además, quería Felipe aterrar al país con el suplicio de uno de sus más encumbrados hijos. Robespierre y otros políticos de igual estofa podían considerar colega al rey de España é Indias.

Desde el dia 2 de junio Egmont había sido trasladado á Bruselas con una escolta de tres mil hombres y encerrado en una lóbrega y pequeña pieza del edificio denominado Brodhuys. ¡Creía el optimista conde que le llevaban á la capital para ponerle en libertad!

En la tarde del 4, mandó el duque de Alba llamar á Martin Rithovius, obispo de Ipres, para encargarle de comunicar al preso su sentencia,—la cual habria de cumplirse el 5,—y prestarle los auxilios espirituales. De rodillas, bañado en lágrimas, imploró el prelado el perdón de la víctima, ó si no era posible, un plazo más largo para la ejecución. Despidióle severamente el duque con estas palabras: «Señor obispo, no os he llamado para oír vuestros consejos, sino para preparar cristianamente al reo.»

Poco después llegó Sabina de Baviera, quien olvidando que era descendiente de emperadores, se postró á las plantas del duque, bañándolas con su llanto y rogó con las más sentidas frases por su amado esposo, por sus once tiernos hijos.—«Retiraos tranquila, señora,—contestó el gobernador; mañana el conde quedará libre.» ¡Con equívoco tan horrible, con burla tan villana, engañó á una dama doblemente respetable por sus virtudes é inaudita desventura!

## IV

## EL ÚLTIMO DÍA DE EGMONT.

Era como media noche cuando entró el obispo de Ipres en el cuarto del conde. Dormía éste, soñando tal vez que había recobrado su libertad; que había vuelto al hogar doméstico y de nuevo le sonreían sus hijos, su bellísima y fiel Sabina. Despertó con la entrada del obispo y vio á éste que, muy conmovido, le presentó la sentencia. Súbito comprendió su situación y poniéndose extremadamente pálido, exclamó: ¡Este fallo es horroroso y no lo merezco, no! ¡Morir mañana, Dios mío! ¡Oh! ¡No me espanta la muerte, necesidad ineludible, universal; pero morir en un cadalso, como un traidor, como un foragido! ¡Morir en la ignominia quien siempre tuvo por norte el honor, quien lidió como valiente en Africa, delante de Metz, en San Quintín y Gravelinas! ¡Así se pagan mis servicios! ¡Ah, el príncipe de Orange tenía razón! ¡Yo he sido culpable, no con el rey, sino con mi patria, con mi pobre patria, hoy arruinada, escarnecida, torturada, por ese verdugo disfrazado de duque! ¡Qué no hubieran podido mi espada, mi prestigio! Libre este país, tan digno de serlo, libre por mi esfuerzo, yo quizá... ¡Ay! ¡es tarde, tarde!... Pero, señor obispo, yo no creo posible que osen ejecutarme; sin duda se me reserva un indulto...

—No os forjéis ilusiones, señor conde. Inútilmente he suplicado y llorado por vos á los pies del duque, primero para alcanzar perdón; después por una próroga siquiera.

—¡Gracias, gracias!... ¿Y mis hijos, mi noble Sabina, qué será de ellos?... ¡Con que es preciso morir mañana, cuando tantos lazos me atan aún á la vida!... ¡Sea! Me someto resignado: téngalo en cuenta el rey y no deje sin recursos á los que más quiero.

Ignoraba el infeliz que, apenas preso, habían cometido contra él ese robo jurídico llamado confiscación.

—Y no podré ver á mi familia,—siguió diciendo Egmont,—estrecerla en mis brazos? Hace nueve meses que únicamente veo á centinelas y carceleros; hace nueve meses que estoy hundido en la lobreguez, la soledad y el silencio de un sepulcro; nueve meses sin ver el sol, sin respirar aire puro, sin la palabra de un amigo, de mi excelente esposa, de mis hijos! Me han tratado peor que á los más sanguinarios criminales. ¡Señor obispo, deseo ver á mi familia, lo pido en el umbral de la eternidad!

—Es inútil solicitarlo.

—El duque es un tigre.

—Ya que debéis comparecer en breve ante Dios, serenad vuestra alma, desprendedla del mundo. Recordad á nuestro Divino Maestro, si rico en pacimientos, inagotable en el perdón más sincero.

—Las fuerzas de un Dios serían menester para apurar este cáliz. ¡Ay, mis hijos, mis hijos!... ¡Cúmplase la voluntad del Omnipotente! Hacedme el favor de escuchar mi confesión, señor obispo.

Confesóse, en efecto, el conde, y celebrada después una misa, comulgó devotamente. Preguntó luego cuál era la oración más adecuada, y habiéndole respondido el prelado que el *Padre Nuestro*, se puso á rezarlo, pero interrumpiéndolo á cada paso con frases como estas: «¡Hijos de mi corazón!... ¡Adorada Sabina!... ¡Ciega lealtad la mía!...»

—Señor conde, el rezar de esta manera ofende á Dios y nada os aprovecha. Además, dejándoos avasallar por emociones que respeto, pero que ya solo sirven para atormentaros, temo que el último trance os encuentre en una situación de ánimo impropia de tan ilustre capitán.

—Egmont sabrá morir como corresponde á su estirpe y á su gloria. ¡Esposa mía, hijos, adiós para siempre! ¡Adiós, grandeza mía! Ya solo debo y quiero pensar en el Criador. Recemos, señor obispo.

Completamente sereno al fin, escribió á Felipe II, á su verdugo implacable, la siguiente pasmosa carta:

«Señor: esta noche he sabido la sentencia que plugo á V. M. pronunciar contra mí. Aunque yo nunca haya tenido ningún pensamiento, ni crea haber cometido acción alguna que pudiese tender al perjuicio de la persona ó del servicio de V. M., ó al de nuestra verdadera y antigua religión católica, recibo con paciencia lo que Dios quiere enviarme. Si durante los disturbios de los Países-Bajos, he hecho ó permitido algo que en apariencia tuviese otro sentido, no he obrado sino con la buena y leal intención de servir á Dios y á V. M., según las necesidades de los tiempos. Por eso ruego á V. M. que me perdone y se compadezca de mi pobre mujer, mis hijos y mis servidores, en consideración á mis merecimientos de otros días. Con esperanza me entrego á la misericordia del Señor.»

Infructuosa fué esta deplorable humillación, si con ella se propuso el desgraciado Egmont pro-

porcionar amparo á su viuda y á sus hijos. Nada hizo por ellos Felipe II, aunque llegó á ser tanta su miseria, que infundió lástima al duque de Alba mismo, quien más de una vez, aunque en vano, escribió á su devoto rey para que les concediese algún socorro.

Habiendo manifestado Egmont al obispo su intención de dirigir la palabra á los espectadores de su ejecución, díjole el prelado: «Os ruego que no lo hagáis. Quién sabe qué lamentable violencia podríais acarrear con eso á vos mismo ó á otros nobles que se hallan en vuestro caso. Gracias á vuestro rango, os habeis librado de la precaución usada ahora con personas de inferior categoría, para evitar exhortaciones ó discursos en el cadalso: se les introduce la lengua en un anillo de metal y quemando el extremo de aquella, se produce una inflamación que impide proferir palabra alguna.»

—¡Invento de caribes! ¿Se figura el duque de Alba que no hay Dios ni historia?

—Si arengais al concurso, y éste se exalta, como es muy fácil, en vista de vuestro inmenso prestigio, no solamente puede haber una estéril efusión de sangre, sino que se empleen terribles precauciones con el conde de Horn, vuestro compañero de infortunio.

—¿Qué decís, vá á ser ejecutado el de Horn?

—Hoy mismo.

—¡Qué horror, tan leal caballero, tan buen servidor de Carlos V y Felipe! También él peleó con bizarría en San Quintín. ¡Y yo he contribuido á traerle al matadero, yo, imbécil! ¡He sido, sin sospecharlo, instrumento del duque de Alba! ¡Ah, maldito...

—No, señor conde, no acabeis. Esta es hora de perdon. Elevemos á Jesús el alma.

—O obedezco, padre mío.

Entre tanto, iba adelantando el día, y todo estaba listo para el suplicio en la plaza del Mercado, famosa por su casa de ayuntamiento, por muchas ejecuciones políticas y religiosas y por brillantes torneos, en más de uno de los cuales había lucido Egmont su destreza y vigor, conquistando corazones femeniles, así como los vitoriosos de apiñado gentío.

En medio de la plaza habían erigido el cadalso, cubierto de paño negro, encima del cual había una mesita con un crucifijo de plata, dos cojines forrados de terciopelo negro y, en dos ángulos, otras tantas picas. Fuertes destacamentos de arcabuceros ocupaban todas las avenidas; 3 000 soldados formaban el cuadro. Debajo del patíbulo se escondía tras los paños el verdugo, lacayo de Egmont en otro tiempo; al pie, estaba á caballo y con su roja vara en la diestra el gran preboste Spel, muy ajeno á que pronto le mandaría ahorcar el duque de Alba, gran segador de vidas. En todos los huecos que dejaban las tropas, en ventanas y tejados, se agolpaban espectadores. Suspendiéronse trabajos y negocios; se cerraron las tiendas y continuamente clamorearon las campanas de todas las iglesias; parecía que sollozaba Bruselas por su afrenta y por la ilustre sangre que tan inicuamente iba á verter el despotismo.

Como á las once de la mañana se presentaron en busca de Egmont el maestro de campo Julian de Romero y el capitán Salinas con una escolta. Prometiéndole el preso no hacer resistencia alguna, consiguió que no le atasen las manos. Para que no le tocara el ejecutor, había cortado él mismo el cuello de su camisa y el de su justillo. Hallábase su prision en la plaza misma, en frente de la soberbia casa consistorial. Siniestro, inexorable, como la fatalidad, aguardaba en una de sus ventanas el duque de Alba.

Llevando á su lado al obispo de Ipres, leyendo en alta voz el salmo 60, con el cual imploraba á Dios por sí mismo y... ¡por el rey! atravesó Egmont el espacio que le separaba del cadalso, arrojando lágrimas á los soldados españoles, dolidos de que tan preclaro y simpático general se viera en situación semejante. Subió con firmeza las gradas del patíbulo y en este se lamentó de morir allí y no combatiendo por su patria y... por su soberano! Preguntó á Romero si era irrevocable la sentencia, si no cabía esperar indulto: ¡obcecación verdaderamente maravillosa! Desengañado al fin, mostró con un crujido de dientes su despecho. En seguida se puso en cuerpo, quitóse el collar del Toison (con que le habían investido el mismo día que al duque de Alba), se arrodilló y recitó el *Padre nuestro*, acompañándole muy conmovido y en igual actitud el obispo, quien le dió á besar un crucifijo, bendiciéndole después. Calóse Egmont un gorro de seda sobre los ojos y exclamó: «¡Señor, en tus manos entrego mi alma!» Súbito apareció el verdugo, produciendo sepulcral silencio; levantó la cuchilla... Un clamor inmenso, empapado en lágrimas, encendido en indignación, subió al Eterno: ¡ya no existía Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre, gobernador de Flandes y Artois! Cubrieron el cadáver con un paño negro y clavaron en una pica, entre dos cirios, la cabeza. Embalsamada esta después, fué remitida á Madrid para desquitar á Felipe II del espectáculo en que se había recreado el duque de Alba. Lo propio se hizo con la del conde de Horn, decapitado á medio día. Sabido es que los califas se hacían llevar alcanforadas las cabezas de los walfes rebeldes.

Desentrenado el huracán, se lanza por fértiles y placenteras comarcas, destrozando con igual ceguera el árbol vigoroso, rico de sombra y frutos, que la frágil caña y la primorosa flor; pero no lo-

gran sus furores penetrar en el seno de aquellas tierras, extinguir su vitalidad, que se revela en nueva y lozana vegetación. Así el duque de Alba sembró de horrores los Países-Bajos; inmoló en el cadalso á 18.600 víctimas, ya jóvenes, ya ancianos, obreros lo mismo que magnates; hizo arrasar ciudades y degollar á todos, todos sus habitantes; pero no consiguió matar el indómito y robusto amor á la libertad política y religiosa, divino amor que brilló al fin triunfante, como sol que, arrollando nubes, derrama sus vivificantes esplendores. Desprestigiado con su rey, burlando vergonzosamente á sus acreedores con artificio de estafador, el duque de Alba se alejó de los Países Bajos, donde cada piedra, cada poro del suelo exhalaba contra él una maldición. La justiciera posteridad le ha señalado puesto principal en la llamada feliz y enérgicamente por Víctor Hugo *Casa de fieras de la historia*.

EMILIO BLANCHET.

## ESPAÑA Y AMÉRICA.

Uno de los hombres más importantes de Francia por su talento, la influencia que en la política ejerce y el porvenir que tiene á los ojos, al que hace años Castelar conoció en mi casa de París, me acaba de escribir una carta, de la que deseo publicar algunos párrafos que se relacionan con la cuestión que de continuo me preocupa en España: *Su alianza íntima y cordial con las Repúblicas americanas*.

Son estos:

«He leído con placer el artículo que Vd. me ha remitido encomiando la política española en América, es decir, lo que debemos llamar la *nueva política* iniciada por el actual ministro de Negocios Extranjeros del rey Don Alfonso. Yo también he seguido y estudiado esa política. Si España la hubiese hecho valer (*fait valoir*) hace veinte años, se hallaría hoy, de hecho, á la cabeza de aquellas jóvenes naciones, contribuyendo á ligarlas entre sí, para hallarse preparadas á las eventualidades del porvenir, no contra nosotros los europeos, sino contra la arrogancia del coloso que pretende hacer de la doctrina de Monroe ley autoritativa para intervenir en todas las cuestiones del Sud América, peligro que no há mucho señaló su compatriota de usted, el reputado Sr. Torres Caicedo en tres artículos que leí con verdadero interés.

«Creo como usted que los americanos, tan impacientes como sus padres, deben agradecer en alto grado la política del marqués de la Vega de Armijo, que tiende á inspirarles confianza, facilitando soluciones, que llamaré *paternales*, en conflictos ó diferencias que no se zanjaron nunca con guerras como las del Pacífico; y creo también que ustedes, á su vez, no deben perder ocasión de inspirar confianza á España, con actos, no con palabras.»

La alta autoridad de quien tales palabras ha escrito, me hace reproducirlas, no solo por el legítimo placer que me produce el aplauso tributado á mis juicios sobre la política del marqués de la Vega de Armijo en las cuestiones americanas, sino para recordar al amigo que me lo tributa, que América ha hecho y está haciendo ya lo que dice, para inspirar confianza á la madre patria.

¿Qué otra cosa significa, si no, la elección hecha por dos Repúblicas americanas, de la persona del rey, para que les sirva de árbitro, en una cuestión de límites, largo tiempo debatida entre ellas?

Al hacer esta elección, Venezuela y Colombia, no es cierto—como alguien lo dijo maliciosamente—que solo han querido elegir al soberano en cuyo territorio existen los archivos que encierran los documentos, que han de establecer el derecho por parte de quien lo tenga.»

No. Esta no es la verdad.

La elección hecha por los Gobiernos de aquellas Repúblicas responde á sentimientos más elevados, á consideraciones de un orden superior al deseo de dar los *gajes de confianza á España*, de que habla el notable hombre público francés, cuya carta copio antes, y al natural deseo de que sea la madre patria la que resuelva las cuestiones que, por desgracia, puedan surgir entre los que el rey llamaba no há mucho en Mazcuerras, *los hijos de España*; y porque, como dice el presidente Guzmán Blanco en su mensaje al Congreso venezolano, «ha de inspirarle la justicia que le piden, sin ningún otro sentimiento de interés ó de transitoria actualidad.»

Y por qué se manifiestan hoy estos sentimientos de fraternidad en toda la América, antes recelosa para con la política española?

Primero: porque les inspira confianza la liberalidad del rey Don Alfonso y porque los americanos tienen fe en las palabras por él pronunciadas en el Congreso de los *americanistas*, y en las muy expresivas y elocuentes que me contestó á un discurso que le dirigí en un banquete que le fué ofrecido en el punto antes citado; palabras que he tenido el cuidado de hacer conocer en toda la América, que las ha recibido como gaje feliz de la fraternidad que hoy liga á sus Repúblicas con la vieja y gloriosa España.

En segundo lugar, la simpatía que en este momento manifiestan aquellas hacia esta, se funda también en la política iniciada por el marqués de

la Vega de Armijo, y de la que tuvo ocasión de hablar en un artículo anterior, tributándole el elogio que se merece, por los grandes resultados que está llamada á producir, no solo en el presente, sino en el porvenir de todos los pueblos que llevan en sus venas sangre española; política que también enaltece el hombre de Estado francés á que me he referido antes, y que ha merecido un artículo especial de *L'Indicateur General*, importante periódico de Niza, dirigido por un sobrino del inmortal Víctor Hugo, y que acabará por ligar perdurablemente aquellos pueblos con esta nación.

Y prueba, no ya de la confianza que en América se tiene en la política española, sino de las grandes y profundas simpatías que los españoles le inspiran, la tenemos en un hecho reciente, al parecer pequeño, pero que en realidad no lo es, por el significado que ha tenido.

Me refiero á las verdaderas ovaciones, al entusiasmo general con que ha sido saludada en el Plata y en el Pacífico, la bandera española, que han llevado allí los vapores del marqués de Campo.

A los puertos del Plata llegan mensualmente más de cien vapores de Ultramar que llevan en los mástiles las banderas de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Esos vapores conducen allí incesantemente millares de emigrantes que aumentan la población, y contribuyen al engrandecimiento de la patria argentina, y sin embargo, ninguno de ellos ha sido recibido con las aclamaciones que han saludado al del opulento armador valenciano.

¿Por qué? Porque en aquellas Repúblicas se ha querido dar un testimonio público, ruidoso, entusiasta, de las simpatías que por España tienen sus hijos, demostrando con esos homenajes tributados á la bandera de Lepanto y Sagunto, que allí ya nadie piensa en los pasados hechos, trabajando todos, sincera y honradamente, por fortalecer los lazos de amistad y comercio que hoy liga en fraternal alianza á españoles y americanos.

Pero, donde la recepción hecha á los vapores del marqués de Campo, tiene un significado más trascendental y de mayores consecuencias, es en Chile.

La guerra última, y sobre todo el bombardeo de Valparaíso, habían dejado allí huellas profundas, mucho más sin duda que la guerra primitiva de la independencia, y sin embargo, ha bastado en Chile que se supiese que las *Navas de Tolosa* iba al mismo puerto á saludar el pabellón chileno, en cumplimiento de una de las bases estipuladas para llegar á la celebración del tratado entre España y aquella República, para que los chilenos se hayan entregado á toda clase de expansiones, en presencia del pabellón español que flotaba á la popa del vapor del marqués de Campo, saludándolo como al pabellón de una nación amiga, hermana, con la que desea vivir en dulce fraternidad, é íntima amistad.

Estos son hechos, pues, producidos por la nueva política de España en América, política llevada á la práctica por el tino, la inteligencia y elevación de proceder del Ministro de Estado, que ha comprendido que España no debe jamás hacer en América lo que Francia hizo en Méjico, que no cuadra ciertamente á la antigua hidalguía del pueblo que equipó las caravelas del atrevido Genovés, hacer alarde de arrogancia con los que llevan su misma sangre, hablan el mismo majestuoso idioma y hacen también gloria propia la gloria de la gran nación que llevó á los altares de la humanidad, á la *Virgen del Mundo*, como llamó Quintana á nuestra América querida, faro de eterna luz que se levanta en medio de los espacios alumbrando á las generaciones del porvenir.

HÉCTOR F. VARELA.

EL DR. D. FRANCISCO SANCHEZ Y FLORES.

Cuenta un autor anónimo, en el semanario ilustrado *El Museo de las familias*, que este sábio escritor fué conocido en sus tiempos por el sobrenombre de *El Brocense*, por haber nacido en *Brocas*, pequeño pueblo de la provincia de Cáceres (1), en 16 de Marzo de 1523, y cuyo nombre,

(1) Hemos pedido al alcalde y al párroco de este pueblo copia de la partida bautismal del *Brocense*, y nos contesta el primero participándonos que los libros parroquiales del siglo XVI han desaparecido del archivo de la iglesia. Es el cuento de todas partes donde se piden datos á las parroquias. No hace aún tres años que acudimos á la parroquia de Fregenal de la Sierra para saber la fecha de otra partida, y supimos entonces, con gran sorpresa, que había desaparecido poco antes del archivo parroquial de Santa Catalina el libro donde se hallaba la partida de bautismo del sapientísimo Dr. Benito Arias Montano, ilustre y esclarecido hijo de la citada ciudad.

La pérdida es dolorosa en alto grado, y bien merece la pena de que se trate de remediar por quien tiene el deber de hacerlo, antes de que estos escandalosos saqueos en los archivos parroquiales produzcan el clamoreo de los eruditos y gentes de letras. Por de pronto, en Fregenal se publica un periódico titulado *El Eco*, que, celoso por las glorias de la localidad, denunció el suceso que se nos comunicaba, de la desaparición del libro de partidas bautismales de la parroquia de Santa Catalina, y nuevamente ha dicho lo siguiente: «Dijimos en nuestro primer número, es decir, há muy cerca de dos meses, que, según nuestras noticias, la partida de bautismo del preclaro y sapientísimo Dr. Benito

como él mismo refiere en su testamento, declaraba en sí la patria del ilustre escritor extremeño, y servía á la vez para diferenciarle de otro de su mismo nombre y circunstancias, que vivía en su tiempo, en Salamanca, la antigua Atenas española.

Sanchez Flores fué el hombre de talento más extraordinario que floreció en el siglo XVI. Estudió letras humanas con el célebre Leon de Castro, redactor y delator de sábios y piadosos varones de su tiempo, pero de quien dice su discípulo, en la dedicatoria de las *Silvas* de Angel Policiano en 1554, que era apoyo de las buenas letras, y que además de poseer el latín y el griego, era excelente en filosofía y teología. Aprendió él también estas dos ciencias después de estar perfectamente impuesto en los dos idiomas indicados, mas como su pasión fuese por las humanidades, se entregó al cabo de todo á su estudio y enseñanza. En 1551, aprobados unánimemente sus estudios y ejercicios, recibió en la Universidad de Valladolid el grado de Bachiller en artes libres, que después incorporó, con la mera exhibición de su título, en la de Salamanca, á donde había venido en 1545, según se infiere de la dedicatoria de la impresión que hizo de su *Minerva*, en 1587. En 1554 obtuvo por oposición, ó partido, como dice en su testamento, la cátedra de retórica de esta última Universidad, y comenzó á enseñar por gusto, y solo en obsequio de la juventud estudiosa, allí mismo el griego. El día 17 de Diciembre de 1572 principió á poseer en propiedad la cátedra de retórica, disfrutando en este día el honorario correspondiente. Con el fin de hacerse licenciado en artes liberales, disertó conforme á los estatutos de la Universidad, sobre un punto que le había tocado en suerte, en la capilla de Santa Bárbara; y respondió con toda lucidez á los argumentos que le propusieron dos doctores en medicina y otros dos en artes, siendo incorporado al gremio de ellos, por todos los votos del claustro, en 4 de Enero de 1574, en la catedral vieja, en la capilla de Santa Catalina, hoy llamada del Canto. El mismo año, el 21 de Febrero, recibió en la forma acostumbrada el grado de maestro en artes, y por fin el grado é insignias del doctorado, en la capilla de Santa María Magdalena, en la catedral nueva.

El 19 de Junio de 1593 obtuvo la jubilación de su cátedra de retórica, á los cuarenta años de haberla alcanzado por oposición y veinte de servirla en propiedad; pero no cansado jamás de enseñar, prosiguió, aún hasta los 61 años de edad, instruyendo con sus obras con el mismo infatigable ardor que lo había hecho en su cátedra y lecciones privadas, en las que enseñó la filosofía y la música, mientras que en la Universidad explicaba la gramática latina y la griega, la retórica y la dialéctica, como consta en la dedicatoria de su *Sphera Mundi*, de la primera edición hecha en 1579, cuya obra debía escribir entonces. Antes y después de su jubilación, escribió mucho. Cuando solo era bachiller en artes, en 1549, ya escribía. El mismo cuenta de todo esto en su testamento 18 tomos impresos sobre varios asuntos, muchos manuscritos que conservaba en su librería tocantes á versiones de lenguas y materias políticas, sobre que había sido consultado de dentro y fuera del reino, las cartas que escribió al obispo fray Melchor Cano, al cardenal Espinosa, á los grandes hombres Justo Lipsio y Martín Azpilcueta y al papa Pío V; el libro que compuso en alabanza de este pontífice, su amigo, y las notas que había puesto en el Plutarco. Don Gregorio Mayans, en la edición que hizo de todas sus obras, en 1766 en Génova, nota la sobrada modestia del escritor extremeño, que no hace mención más que de los tomos impresos y no de las obras que éstas contienen, que son muchas más de 18, ó al menos de las impresiones que ya se habían hecho de ellos; y por su parte, en la edición referida, coloca todas las siguientes, donde todavía no se encuentran las cartas ni los manuscritos citados, ni las *Etimologías españolas*, que él dice vió en la librería del Escorial, y que igualmente existen en los colegios de Cuenca y de Salamanca, ni las *Lecciones varias de Teología*, y lo que es más, ni la *Minerva*, que, según él mismo, había sido once veces impresa hasta 1762. Hé aquí estas obras:

- 1.<sup>a</sup> *Verbe brevesque Grammaticales latine institutiones*.—Salamanca, 1587.
- 2.<sup>a</sup> *Responsio ad quedam objecta*.
- 3.<sup>a</sup> *Arte para en breve saber latin*.—Salamanca, 1595.
- 4.<sup>a</sup> *De grammaticae partibus libellus*.—Salamanca, 1592.
- 5.<sup>a</sup> *Gramática greca*.—Ibid, 1592.
- 6.<sup>a</sup> *De arte dicendi liber unus*.—Ibid, 1566, et Antuerpiæ, 1592.

» Arias Montano había desaparecido del libro registro de la parroquia de Santa Catalina, expresando nuestro vivo deseo de que se recuperara partida bautismal de tanta honra para nosotros los hijos de esta ciudad; pero hasta la fecha, ni nadie ha hecho el menor caso, ni nadie tampoco se ha querido dar por entendido. Lo repetimos, pues, en la misma forma que lo hicieramos entonces.

» Lo oír á ilustísimo señor obispo?

» Con este objeto remitimos á S. S. I. un número de *El Eco*.

» Otro día diremos más, si nada se hace.

» Queremos que parezca la partida de bautismo de Arias Montano.

*El Eco de Fregenal* se quedará con el noble deseo que sustenta por que parezca el libro en cuestion.

7.<sup>a</sup> *Artificiose memoriae ars*.

8.<sup>a</sup> *Organum dialecticum et Rethoricum*.—Antuerpiæ, 1582.

9.<sup>a</sup> *Topica Ciceronis*.

10. *Pentecoutarchon*.—Publicado con el nombre de Lorenzo Ramirez de Prado.

11. *De sacrificiis in Cathedra petitione praelectica*.

12. *Paradoxa*.—Antuerpiæ, 1582.

13. *De autoribus interpretandis sive de exercitatione praecepta*.—Antuerpiæ, 1582 y 1592.

14. *In artem poeticam Horatii annotationes*.—Ibid, 1591.

15. *In Virgilio Maronis Bucolica seriò emendata*.—Salmanticae, 1591.

16. *In Ovidii et in ternarum Aussonii Gallii annotationes*.

17. *Auli Persi Falcei opera notæ*.—Salamanca, 1591.

18. *Angeli Politiani silvæ*.—Salmanticae, 1554.

19. *Pomponium Melam á se castigatum*.

20. *Commentaria in Andr. Altiali emblemata*.—Lugduni, 1593.

21. *Sphera mundi ex variis auctoribus cinnata*.

22. *Obras del poeta Garcilaso de la Vega, con anotaciones y enmiendas del maestro Francisco Sanchez*.—Salamanca, 1574 y 1582.

23. *Declaracion y uso del reloj español*.—Salamanca, 1540.

24. *Epistole*.

25. *Enchiridion del estóico filósofo Epicteto*.

26. *Santii opera poetica latina et hispánica*.

27. *Obras del poeta Juan de Mena, corregidas y declaradas por el maestro Francisco Sanchez*.—Salamanca, 1574.

28. *Gramática poética*.

29. *Minerva*.—Salmanticae, 1587. (Se han repartido hasta trece ediciones de esta obra.)

30. *De partibus orationis*.—Salmanticae, sin año. (¿Será de 1550?)

31. *De nonnullis Porphyrii aliorumque in dialectica erroribus schola dialectica*.—Salmanticae, 1588 y 1597.

32. *Doctrina del estóico filósofo Epicteto*.—Salamanca, 1600, in. 8.º; Barcelona, 1612; Pamplona, 1612; in. 16.º y Madrid, 1612.

Tales fueron las obras por nosotros conocidas, del ilustre genio extremeño, que tanta gloria dió á España en el siglo XVI, y que tan estimado fué también fuera de ella, por los sábios extranjeros.

Ya se ve que versan sobre diversas materias estas obras, y que por esto sólo, además del número de ellas suponen en su autor una capacidad y aplicación muy vastas, y más, si se advierte que escribía mayormente mientras en lecciones públicas y privadas enseñaba á la vez una multitud de cosas, bastantes cada una á ocupar un gran talento. Escribiendo, no dejó de ocultar su ciega pasión á las humanidades, y así es que consagró á ellas, como la mayor parte de sus explicaciones, el mayor número de sus escritos. El arte, ó lo que enseña á bien producirse ó hablar, esto es, la retórica y la dialéctica, con las lenguas latina y griega, fueron siempre el objeto predilecto de sus tareas. No le fué extraño el idioma pátrio, como lo acreditan sus traducciones de *Epicteto* y del *Reloj español*, sus trabajos sobre las obras de Garcilaso y Mena, y las composiciones en verso castellano, que obligaron al inmortal Cervantes de Saavedra, á alabarle en el libro de la *Galatea*, en el canto de Caliope, cuando dice:

« Aunque el ingenio y la elocuencia vuestra,  
Francisco Sanchez, se me concediera,  
por torpe me juzgara y poco diestra  
si á querer alabaros me pusiera,  
Lengua del cielo única y maestra  
tiene de ser la que por la carrera  
de vuestras alabanzas se dilate;  
que hacerlo humana lengua es disparate. »

Pero en el idioma latino era peritísimo. Lo había cultivado con indecible esmero, por afición particular, ya porque creyó que tocaba á él aprenderlo y explicarlo, y por que en realidad le correspondía completar la obra del gran Nebrija, en establecer el estudio de la pura latinidad y de las buenas letras en España. Así lo manifestó en 1585 en la dedicatoria de su *Minerva*, donde refiere haber oído muchas veces á su padre, que D. Antonio Nebrija, estando en Brozas en casa de su hijo D. Marcelo, caballero de la Orden de Alcántara, gravemente enfermo de calenturas, cuando escribía allí su Diccionario y Gramática, se lastimaba amargamente de no dejar concluidas estas dos obras, que llenarían sus grandes intentos, y desde la cama exclamaba á menudo, al modo de Dido en la Eneida:

*Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor  
qui face Barbatos, ferroque sequare Perotos.*

Su gran celebridad, debida no á su nacimiento, riquezas ni destino, sino á sus obras, prueba su raro mérito, así como el sumo aprecio que han hecho de ellas todos los sábios extranjeros y del reino de los tiempos que le han sucedido, y lo que es más aún, del suyo propio. Al frente de ellas se encuentran los elogios que debieron á algunos de éstos, y en los escritos de otros muchos expresiones á cada nada, que no le favorecen menos. Fué como un oráculo, consultado de dentro y de fuera del reino, sobre versiones de lenguas y asuntos de política. El sapientísimo Melchor Cano remitía á su ciencia varias cosas, al tiempo que el rey comu-

nicaba con él, materias muy áridas. El cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla é Inquisidor general, lo propuso á Felipe II para maestro del príncipe D. Carlos, cuando dejó de serlo el celeberrimo Juan Honorato, y le escribió sobre ello, aunque no tuvo efecto, por ser ya S. A. de edad muy crecida. Felipe II le hizo en 1583, á su vuelta de Portugal, gran honra y piedad, y le dió doscientos escudos para que se curase de la gota. El papa Pío V le llamó á Roma por tres veces; y aunque no fué, por no dejar de enseñar en España, obtuvo de Su Santidad rentas eclesiásticas pura alguno de su linaje.

Tan agradecido como sábio, escribió un libro con el título *De pietatis et fidei*, en siete capítulos, en alabanza á este pontífice; otra que no acabó, en diez y nueve capítulos, *De génio régio sobre la virtud y ciencia de gobernar de Don Felipe II*, y dedicó á sus favorecedores algunos otros libros.

Muchos de estos también los dedicó á sus hijos en general, y algunos de ellos en particular; pues aunque había al principio pensado permanecer célibe, y por eso estudió teología, mudó de dictámen cuando comenzó á enseñar, y contrajo matrimonio con doña Ana Ruiz de Vargas, en la que tuvo tres hijos: Fernando, que murió de cuatro años; Leonor, que falleció de uno, y Mateo, que vivía en Enero de 1601, al testar su padre, en Brozas, casado con la señora doña María Robles, y de quien tenía entonces una hija; y ocupado en alguna cosa que no sería de letras, cuando su padre dice en su testamento que deja á su yerno Baltasar Céspedes sus papeles todos, que á su hijo Mateo, que no va por esta profesión, poco le importa. Viudo después de no mucho tiempo, casó segunda vez con doña Antonia del Peso Muñiz, de la que en 1566 tenía á sus hijos Francisco y Lorenzo, pues así como á Mateo, les dedica en este año una edición de su obra titulada *Verbe brevesque gramatique latine institutiones*; y en 1576 á Diego, José y Cristóbal, á quienes en él les dedica la quinta edición que hizo de estas instituciones. De la misma doña Antonia consta en el testamento que tenía á Antonia, Isabel, Petronila y Ana del Peso y Muñiz, únicos hijos de este matrimonio, además de José, de quienes allí habla, sin duda porque los otros habían muerto antes. De todos estos, solo dice en dicho documento, que estuviese casada Antonia, que tenía por esposo á Baltasar de Céspedes, sucesor en la enseñanza de la retórica y elocuencia de su suegro, y autor de algunas obras de humanidades, según refiere Nicolás Antonio.

Habiendo enseñado tantos años, tantas cosas, y con tanto éxito, no es de extrañar que contase innumerables discípulos. Entre ellos merecen particular mención su yerno, Juan Bautista Mungida, segoviano, Luis Morales Cabrera, broicense, Juan Guzman, Sebastian de Monte, colegial de Cuenca, Gaspar Ribero y Gonzalo Correa, príncipe de la gramática latina en España, con don Antonio Nebrija, Pedro Simon Abril y su maestro Francisco Sanchez. La acerbidad de su génio, fruto sin duda de su constante aplicacion y estudio, y que manifestó sobramente en el juicio que pronunció de algunos autores, con especialidad de los gramáticos que le habían antecedido, incluso Quintiliano, en el prefacio de su *Arte para en breve saber latin*, no le privó gustar de las dulzuras de la amistad. La tuvo particularísima con Alfonso Sanchez Ballesta, de Talavera, Juan Mellara, de Sevilla, Alfonso Nunio, de Milena, Rodrigo Dosma y Delgado, de Badajoz, Guillermo Foquel, impresor, el doctor Juan Crial, canónigo de Calahorra, y el mismo Pedro Simon Abril, sin contar á su hermano Fernando, á quien en el emblema veinticinco llama su compañero en estas tareas literarias, y aquellos á quienes dedica algunos de sus libros, y que él llama sus grandes amigos.

Con tanto enseñar y escribir, tantos discípulos, amigos y favorecedores y de tal magnitud, y sobre todo, cuando no hizo caso del partido que le ofreció, por tres veces, el Papa, cualquiera creerá que había juntado y gozaba en España de una considerable fortuna. Pues bien al contrario, ya porque su inclinacion no le llevase á reunir riquezas, ya porque su embebecimiento y asidua aplicacion á las letras no le permitiesen pensar en ella, lo cierto es, que el año de 1583 recibió 200 escudos de Felipe II, en su enfermedad de gota, y en 20 de Julio de 1600, dice en la dedicatoria de la traduccion de Epicteto «que hacia siete años que tenía comenzada la impresion de dicha obra, y que por falta, bien de papel, bien de operarios, bien de dinero, no la había concluido, hasta que Dios quiso traer á Salamanca á don Alvaro de Carbajal, capellan y limosnero de S. M. y abad de Santa Leocadia, para que noticioso del pobre estado de Epicteto y su traductor socorriese á este con una limosna (1) y pudiese al cabo aquella ver la luz pública.» Pero hay más; en su testamento declara que nada había gastado por malicia ni

por malo, si no en libros, imprestones y en sustentar á todos sus hijos con decencia, y que sin embargo, nada más tenía que sus libros, sus manuscritos, alguna alhajilla, y una corta hacienda de casas y tierras que le dejaron sus padres en Brozas, y que él dejaba á su hijo Mateo, á quien ni podía completar la legítima materna.

Segun Manuel Bernardo de Ribera, trinitario, doctor teólogo de Salamanca, que halló y dió al público su testamento, siempre se signaba con la figura de un mochuelo rodeado de este letrero: «Sine fortuna.» El 2 de Enero de 1601 estando enfermo en cama otorgó testamento, capaz por sí solo de acreditar sus raras virtud y ciencia. El 15 de aquel propio mes y año moria pobre y casi olvidado de los poderosos, el que en vida había sido la admiracion de Europa, siendo su cuerpo sepultado, como él había dispuesto, en el convento de San Francisco, extramuros de Salamanca.

Ningun rasgo cierto conocemos de su larga descendencia, y solo leemos en Mayans lo siguiente, aunque no sabemos en qué datos los funda, ni quiénes sean los descendientes de este D. Diego de la Serna: *Cur igitur non credemus sanctii esse opus? presentim in asserente ejus pronepote Didaco de la Serna in vindictis Catholicis Granatensibus excuis Lugduni anno 1706, et ab Inquisitione violata fidei proscriptis. Tertia parte, cap. II, página XIII ubi aliorum testimonia ignorans ad marginem ait: magnun Hispanice ornamentum proavis meus Brocensis sub togata larba latens (ut et alii delixis D. Nicolaus Antonius in Francisco Sanctio Brocensi) in Pentacoritarcho, cap. II.* Se dice que en el extranjero es más conocido que en nuestra patria, y en cualquier provincia española más que en las extremeñas, cuando tanto las honra con su nacimiento, y tanto teson puso en ilustrar á España: si así fuera, es mengua nuestra que nosotros todos deberemos borrar completamente. La virtud, su saber, su celo por la ilustracion de España tan fino y desinteresado que se conforma con lo poco que en ella gana y rehusa grandes conveniencias fuera de ella para no privarla de la luz de su enseñanza, merecen á la verdad que procurásemos conocer más sus escritos y todas sus obras, por gratitud siquiera, ya que no por nuestra honra y utilidad propias.

Pero, hemos citado el testamento de este ilustre extremeño, dado á luz por Fray Manuel Bernardo de Ribera, y desconocido tal vez para la mayoría de los españoles, y parecemos que no huelga aquí este notable documento que tan á las claras retrata la vida de su autor. Hélo aquí literalmente:

«In dei nomine Amen. Sepan cuantos esta carta de testamento y última voluntad vieren, cómo yo, el maestro Francisco Sanchez, llamado el Brocense, por mi patria, renombre que, sin merecerlo, he debido á los escritores, catedráticos de retórica y griego, por partido de esta Universidad; estando enfermo en la cama de la enfermedad que Dios Nuestro Señor fué servido de me dar, y sano de mi juicio y entendimiento natural, creyendo, como firmemente creo, en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en todo aquello que tiene y cree la Santa Madre Iglesia de Roma, y con esto protesto vivir y morir, y tomando por mi señora y abogada á la Virgen María y al Angel de mi guarda; queriendo estar aparejado para cuando la voluntad de Dios Nuestro Señor fuere de llevarme á su gloria, hago y ordeno este mi testamento, en la forma y manera siguiente:

Primeramente encomiendo mi alma á Dios Nuestro Señor, que la compró y redimió por su preciosa sangre, y mando el cuerpo á la tierra, para donde fué formado.

Item. Mando que cuando la voluntad de Dios fuere de llevarme de esta vida, mi cuerpo sea enterrado en el convento del Señor San Francisco, intramuros de esta ciudad, en la parte y lugar que pareciere á mis testamentarios, y se pague lo acostumbrado.

Item. Quiero que de lo mejor de mis bienes se venda para decirme 500 misas, donde las quisieren repartir mis testamentarios, dejando lo que toque á la parroquia.

Item. Mando á las obras pías y acostumbradas, ocho maravedises, con que las aparto de mis bienes.

Item. Declaro que cuando casé de primer matrimonio con Ana Ruiz de Vargas, de quien tuve por hijos á Fernando, que murió de cuatro años; á Leonor, que murió de uno, y á Mateo, que vive en Brozas, me dieron de dote 415 000 maravedises, y algunas alajas de casa, que no sé lo que baldrian, y de todo esto, si no es el Crucifijo de mi cama y una sabilla, no me ha quedado cosa conocida, porque se gastó en libros é impresiones, y en sustentarles con decencia, y bien sabe Dios que de malicia ni por vano he gastado nada; y ruego á mi hijo Mateo que no ponga pleito por esta legítima de su madre, fuera de que sabe le largué lo más de la hacienda de casas y tierras que me dejaron en Brozas mis señores padres Francisco Sanchez y María Flores Lizaur, que aunque corta cumplieron darle la que tenía, y debe estimarla por la nobleza y bien que he visto á sus ascendientes, y así le vuelvo á rogar no tenga pleito con doña Ana del Peso Muñiz, mi segunda esposa, ni con Antonia del Peso Muñiz, mi hija y de la susodicha, casada con el señor Baltasar de Céspedes, ni con los demás sus hermanos, por que aunque hay nada, y lo que hay lo gastaron en pleitos, y les quedará solo la pena de no haber se-

guido mi consejo; y si viniese antes Mateo yo se lo diré, y si no léalo aquí, y persuádelo mis testamentarios porque mucho lo deseo.

Item. Digo, que fuera de diez y ocho tomillos sobre varios asuntos, que andan impresos, tengo en mi librería muchos manuscritos de casos que me preguntaban, así en las ciudades del reino como de los extranjeros, tocantes á versiones de lenguas y cosas políticas, particularmente las que escribía al señor obispo, fray Melchor Cano, con quien S. M. comunicaba cosas graves, y otras al señor cardenal Espinosa, que todas están separadas en la mesa de nogal de mi estudio, atadas con un orillo; y en el mismo están algunas cartas y su respuesta sobre cosas eruditas á los grandes varones Justo Lipsio y Martin Azpilcueta á Roma.

Item. En este legajo abajo está la carta que me mandó enviar el Papa Pío V, de gloriosa memoria, exortándome á que fuese á Roma, y ni yo por estas ni otras ocasiones, quise dejar mi instituto de enseñar; pero siempre veneré y serví á S. S. en todo aquello que me mandaron de su orden y me honró en dar rentas eclesiásticas á alguno de mi linaje: Dios se lo pague, que sí habrá hecho.

Item. Se hallará haber hecho un librito en su alabanza con siete capítulos, que intitulaba *Pietatis et fidei*, y yo le dejé por parecer ambicion y introducion alabar sin necesidad sus virtudes. Allí se halla en el mismo cajon. Estos papeles mando se entreguen á mi yerno el Sr. Baltasar, que á mi hijo Mateo, que no vá por esta profesion poco le importa; y en caso que lo repugne, le hago donacion de ellos. También digo que entre otros manuscritos hay uno de varia erudicion sagrada y profana y algunas leyes que dan luz á lugares difíciles de la escritura y jurisprudencia, y aunque hé procurado imprimirlo, no ha sido posible por que há menester láminas y medallas y no las saben hacer acá. Y aun si tuviese medios mi yerno lo puede imprimir. También hay otros diez y nueve capítulos de otro librito no acabado. *De génio régio, sobre la virtud y ciencia de gobernar del señor Don Felipe II*, por que á S. M. le debí mucho de honor y piedad, pues me dió 200 (!) escudos, cuando la vuelta del reino de Portugal, estando ya malo de la gota.

Item. Digo que si mi yerno quisiera la mi librería, que vale muy bien, fuera de los manuscritos que le llevo legados, haya de ser tasándola por libres nombrados por mi hijo Mateo, si hubiere venido de Brozas, y si no aviselo para que lo recomiende, y la mitad del precio entregúeselo mi yerno.

Item. Mando á Antonia, mi nieta, hija de Mateo y de la señora María de Robles, niña de pecho, el milignum crucis, con su cristalico y las seis esmeraldas de que está cerrado, que me dió el señor obispo fray Melchor Cano, y guárdesele su madre para cuando sea grande tenga memoria de mí.

Item. Mando á José Sanchez, mi hijo, y de dicha doña Antonia, la mi salvilla con sus cuatro basillos.

Item. Mando á la dicha doña Antonia, mi mujer, los paños de la pared y la cama colgada, fuera de la que le toqué de su dote.

Item. A las demás mis hijas les darán mis testamentarios alguna alhijilla á cada una para que tengan memoria de mí.

Item. Mando á Sebastian Sanchez, mi sobrino, vecino de Brozas, el mi crucifijo de la cabecera que es muy devoto, por las muchas atenciones que le he debido, y que me encomiende á Dios.

Item. Mando al señor obispo de esta ciudad las mis obras de Plutarco, con sus notas manuscritas y papeles pegados por haberlas apreciado Su Ilustrísima mucho por honrarme y haberle debido muchas buenas obras, y díchome muchas veces que ha venido á consolarme desde que caí en cama, que quedaba por padre de mis hijos, y que me haria decir misas, y que pagaria, si las tuviese, algunas deudas; Dios se lo pague, que lo digo para que sea notoria á todos su gran caridad. Encargo sobre todo á mis hijos que se conserven en el santo temor de Dios, que fuera del galardón divino, es único antídoto para vivir quietos, sean cortesos. Amen. Y hagan bien á todos por agrandar á Dios, y no por ambicion, que así nada se logra. Vivan contentos en su estado sin penarse de no ser más ricos, que quien todo lo ha de dejar, más desembarazado está en no tener mucho. Y habiendo nacidos hijos de la Providencia, no sería justo que cuando con ella vivan contentas las hormigas, hayan de estar descontentos los racionales, y mucho antes nos pensó la Naturaleza que nos hiciese. Y si les conviene Dios les dará. Y aunque no les dejó bienes quedan muchos amigos y patronos, y cumpliendo con su obligacion espero que ha de premiarles el rey nuestro señor, pues serví como vasallo y por natural inclinacion á Don Felipe II, mi señor y mi padre, y merecí la honra de por haber querido escusarme por algunos motivos Honorato Juan de ser maestro del señor príncipe Don Carlos, pudiese los ojos en mi incapacidad, sobre lo que también hallarán una carta del señor cardenal Espinosa en mis papeles, y no tuvo efecto por estar ya S. A. en edad muy crecida. Y fuera de eso he servido á S. M. en enseñar por muy largos años en esta Universidad. Y cuando no sea, no está en ser dichosos nuestra fortuna, si no en ser buenos. Y esto les ruego y encargo como padre y amigo. Y si así lo hicieren, Dios les echará su bendicion y yo la mia, y si no harta pena tendrán en la Divina justicia. Y para cumplir este mi testamento, mandas y legados en él contenidos,

(1) Los adoradores del régimen absoluto, como los adoradores de los poderosos celebran á Felipe II por su proteccion á las letras y á las artes y su liberalidad para con autores y artistas. Jamás han atravesado unos y otros situación más triste en España. Luis de Morales (*El Divino*) podía limosna, como la pediría el mismo Sanchez Flores. Otros artistas y escritores menos afortunados morian en algun hospital, teniendo que ocultar su nombre para que su patria no se avergonzara algun día de tal iniquidad.

nombro por mis testamentarios al Sr. D. Roque de Bargas, arcediano de Monleon, canónico doctoral y catedrático de cánones, y á los dichos Baltasar de Céspedes, mi yerno, y á Mateo Sanchez mi hijo, y á doña Antonia del Peso mi mujer, para que hagan cumplir dicho mi testamento en las misas y mandas que toque al bien de ánima. Y lo mismo suplico al señor obispo como S. Ilma. me tiene indicado. Y pagado y cumplido este mi testamento, mandas y legados, en el remanente de mis bienes y derechos, dejo y nombro por mis universales herederos á los dichos Mateo Sanchez y Antonia, Isabel, Petronila y Ana del Peso Muñiz mis hijas, y de dicha doña Antonia del Peso. Y si el dicho Mateo pusiere pleito por la legítima de su madre Ana Ruiz, mejoro en todo lo que pueda en derecho á los otros mis hijos; pero lo hará como lo tengo pedido sin reñir. Y por este mi testamento que al presente hago y otorgo, reboco y anulo otros cualesquiera testamentos ó codicilos que por escrito ó de palabra haya hecho y otorgado, y solo quiero que valga este por mi única y deliberada voluntad. Y así lo otorgo ante el presente escribano, párroco y testigos que fué hecho y otorgado en esta ciudad de Salamanca á 2 de Enero de 1601 años, siendo testigos para ellos llamados y rogados el señor don Juan de Pereira, catedrático de decretos, y don Bartolomé Sanchez, opositor á cátedras de humanidad, el licenciado Francisco Ponte, catedrático de cirugía, todos vecinos de esta ciudad, estantes en ella, y el dicho señor otorgante, á quien yo el escribano doy té conozco, lo firmo Maestro Francisco Sanchez, el Broicense.—Pasó ante mí.—Cosme Alderete.—No recibí derechos.—Alderete.»

Trece días despues de redactar esta su última voluntad, dejó de existir este ilustre génio, digno siempre por sus obras, ya que no lo fuese tambien por su fama de sábio, del respeto unánime de los hombres pensadores. Ni un recuerdo le ha dedicado su patria que indique el aprecio en que tiene al más sábio de los hijos que Extremadura tuvo al terminar el siglo XVI. ¡Pecados son estos que no purgan jamás los pueblos y que, á la corta ó á la larga, les sale á la frente, como estigma vergonzoso que les acusa del grande delito de la ingratitude!

Cuando en Mayo de 1879, visitábamos la monumental Salamanca, quisimos contemplar el sepulcro de este génio; pero nos encontramos burlados. El convento de San Francisco, ó donde fuera sepultado, está hoy convertido en talleres, casas de baños y particulares. Cuando se enagenó el antiguo convento nadie pensó, ni aún los profesores del Claustro Universitario, en salvar de la profanación las cenizas del Broicense, que, como las de Camoens y las de Cervantes, corrió igual desgraciada suerte. Pero, apartándonos de las consideraciones que podríamos hacer aquí, á propósito de estas coincidencias, hemos de reproducir el recuerdo que dedica el autor de la *Historia de la ciudad de Salamanca*, D. Fernando Dorado, á Sanchez Flores. En la página 567 dice así:

«... es una de las grandes figuras de la Universidad de Salamanca, tanto por sus muchos años que explicó en ella gramática latina y griega, retórica y humanidades, como por las interesantes obras que escribió, entre las cuales resalta la que lleva el título de *Minerva* ó de *causis lingue latine*. Muchos escritores antiguos y modernos han hecho el panegírico de este maestro. Scioippo decía que fué el Broicense un varón admirable por su instrucción en todas las ciencias divinas y humanas. El Sr. D. Félix Perez Martín, en su erudito tratado de literatura, dice que con el libro *Minerva* hizo un importante servicio á las letras humanas, abriendo el primero una nueva senda para la enseñanza de la Gramática por un método filosófico, y el señor Marqués de Morante ha publicado su biografía razonada, con vista del expediente que se le siguió en la Inquisición y otros datos curiosísimos. En la época de la decadencia de nuestra Universidad, que hemos reseñado á las páginas 348 y 368, corrió el Broicense la misma suerte que tantos otros profesores de mérito, que tenían que huir de aquí ó los encerraban en la Inquisición por envidia.

»En el año de 1568 jubiló en la cátedra de Griego el maestro Leon de Castro, relator de Fray Luis de Leon, y aquella cátedra correspondía al Broicense por antigüedad, sin que otro alguno pudiera servirla tan dignamente. El Claustro se dividió en opiniones: unos querían presentarla al Broicense por sus antecedentes, y otros deseaban sacarla á oposición. En tal alternativa se acudió al Consejo, cuyo respetable cuerpo libró una real provision mandando se encargase de ella el Broicense con el salario de veinte y cinco mil maravedís. Aquel fué el origen de sus padecimientos y de su muerte. Comenzaron á trabajar la envidia y no cesaron sus émulos hasta que lo encausaron como hereje. En aquel tiempo se proveían las cátedras por votos de estudiantes, dando ocasion á injusticias notorias, como dice muy bien el marqués de Morante. Casi en todas las provisiones de cátedra salia agraciado el que más habilidad y recursos tenia para ganar á los estudiantes, y al efecto se valian de grandes comilonas y refrescos que les daban en los Colegios Mayores y en los conventos, á lo cual llamaban *Chupandinas*, apodo que tenia un cocinero de San Estéban, donde más se frecuentaban aquellos convites. El Broicense siguió explicando su cátedra y otras varias por comision y sustitucion hasta el año de 1584, que lo delató á la Inquisición el Presbítero D. Juan

Fernandez, discípulo suyo. Entre los muchos abusos y extravagancias que se introdujeron en España durante su decadencia en la dinastía de los austriacos, fué una de ellas el representar comedias en las iglesias, y una especie de sainetes que se llamaban *Autos Sacramentales*, porque estaba manifiesto el Santísimo Sacramento durante la función. Aquellos especáculos indignaron muchas veces á personas piadosas, y despues de largo tiempo y rarísimos incidentes se prohibieron por acuerdo del consejo en el año de 1641; pero hizo poco efecto la prohibicion, y los autos Sacramentales siguieron con más fuerza hasta que concluyó la dinastía austriaca. El día primero de Enero de 1584 se representó en la Catedral de Salamanca un auto Sacramental, titulado *La Circuncision del Señor*, en que salió á la escena la Virgen Santísima vestida de gitana poniendo en su boca expresiones contrarias á las máximas evangélicas (así consta de los autos en el expediente de la Inquisición.)

»El Broicense, que se hallaba presente, manifestó su indignacion, calificando de poco dignas aquellas expresiones, y de irreverentes los trajes. Sus envidiosos enemigos, que le escuchaban y acechaban, volviendo la oracion por pasiva y poniendo en juego el fanatismo dominante, se valieron del clérigo Fernandez, que lo delató como blasfemo y hereje el día siguiente del mismo mes de Enero, y desde luego comenzó el proceso. En 29 de Agosto se le hizo comparecer ante la Inquisición de Valladolid. Pasamos por alto las actuaciones que obran en el expediente, para no comunicar á nuestros lectores la indignacion que ofrece su contenido. El Broicense murió en 3 de Diciembre de 1601 á los 63 años de edad: al fin del expediente inquisitorial hay una nota que dice: *fué enterrado sin pompi é con licencia*. Al año siguiente se sacó á oposicion en esta Universidad la cátedra de Prima de Gramática, y la obtuvo por votos de estudiantes el Dr. Francisco Perez Ortiz, pasante que habia sido del Broicense.»

Hasta aquí el historiador de Salamanca. Aquellos de nuestros lectores que quieran más antecedentes sobre el Broicense, pueden acudir al tomo II de los *Documentos inéditos para la Historia de España*, donde encontrará:

- 1.º El proceso que la Inquisición de Valladolid formó al ilustre profesor.
- 2.º Noticias biográficas del mismo.
- 3.º Obras del mismo de que hay noticia en el proceso, las más sin acabar.

Y tambien pueden ver la obra que escribió el marqués de Morante, titulada *Biografía del Broicense*.

A nuestro objeto, basta con lo expuesto para que el lector sepa quién era el eminente profesor extremeño que en el siglo XVI prestó tanta influencia á las letras patrias.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

#### MUJERES CÉLEBRES AMERICANAS.

EDUARDA MANSILLA DE GARCÍA.

Si no ha caído del todo, va cayendo poco á poco la especie de muralla china que separaba el pensamiento español del pensamiento americano, y que nos hacia ignorar el movimiento intelectual del Nuevo Mundo, y desconocer las producciones de aquellos talentos, á que prestan luz, encanto y belleza, aquella naturaleza y aquellos trópicos.

Las relaciones comerciales al irse ensanchando entre ambos Mundos, han ido contribuyendo poderosamente á ponernos en contacto con los pueblos, á irnos acercando, y á comunicarnos con esa franqueza que la fraternidad inspira, y que una tradicion comun debe fortalecer, tratándose de americanos y españoles.

Así se explica—por este movimiento de aproximacion—que hayamos podido conocer últimamente á los grandes poetas argentinos, Andrade, Guido Spano, Gutierrez, Varela y otros, y admirar las concepciones de Julio Calcaño, Yepes, Guardia, Arévalo, venezolanos que honran la patria del inmortal Bolívar.

Y así tambien podemos hoy, merced á la grata comunicacion que se va estableciendo, conocer á una de las dos más notables literatas argentinas, la señora Eduarda Mansilla de García, que á un talento *d'élite*, reúne los encantos de la belleza, y la atraccion simpática de los espíritus superiores.

La escritora argentina es hija del general Mansilla, uno de los hombres que más activa parte tomaron en la política de su patria, y de Agustina Rosas, reputada como la más hermosa de las mujeres de aquel país, célebre ciertamente por el encanto de las de su sexo, y esposa del Sr. D. Manuel R. García—nombre ilustre en la historia americana—actualmente ministro plenipotenciario de la Argentina, en Londres.

Educada con todos los desvelos y cuidados á que le daban derecho su cuna, y la brillante posicion de sus padres, Eduarda, desde muy temprano, reveló los destellos de una imaginacion brillante, una viveza extraordinaria de carácter, marcada vocacion por la lectura, y esa impaciencia febril, que segun el inolvidable Julio Janin, *todo lo improvisa en los hijos del Mundo de Colon*.

Pero aquel talento, aquella viveza y aquella vocacion, ¡llegarian á dar fruto, ó se malgastarian entre el ruido de los salones y los halagos que de-

bian cortejar á la sobrina del hombre omnipotente que por espacio de veinte años fué dueño y señor de la República Argentina?

Era lógico suponerlo, ó cuando ménos temerlo, dada la posicion de su familia durante la dominacion de D. Juan M. Rosas, que tenia una verdadera corte, frecuentada por todos los personajes extranjeros que á la sazón llegaban al Plata.

En ella Eduarda, muy niña aún, no podia ménos de llamar la atencion, brindando tentaciones que, halagando su vanidad femenil, debian distraerla del estudio, para solo consagrar su tiempo á ciertas *coqueterías*, naturales en su sexo y á su edad.

Cuando más desplegaba sus gracias en la aurora de una juventud brillante y en momentos en que cien adoradores se disputaban la soberania de aquella mujer seductora bajo más de un concepto, se presentó ante sus ojos la figura gallarda de Manuel R. García, que, á su vez, todo lo tenia para impresionar á una mujer superior: talento, un nombre histórico y una personalidad tan hermosa de hombre como alguna de las que nos pinta Walter-Scott en su *Ivanhoe*, y consiguiendo la palma en el amoroso torneo, fué el esposo de Eduarda Mansilla.

A partir de ese momento dejó de ser la niña galanteada de los salones, la alegre mariposa que jugueteaba de flor en flor, para ser la esposa reposada y tranquila, llamada á formar el hogar y la familia.

Dueña de sí misma, Eduarda se sintió dominada por el imperio de su vocacion, á él se sometió sin resistencia, y dando expansion á su pensamiento, á las ideas que hervian en una imaginacion verdaderamente tropical. *se lanzó audazmente*,—como alguien ha dicho de los primeros ensayos de Madame de Récamier,—y empezó á escribir...

No tengo á mano todas sus obras, ni ménos la certeza de cuál de ellas fuese la primera; pero creo no equivocarme al decir que fué *Lucía Miranda*, novela histórica que habria bastado por sí sola para dar á su autora carta de ciudadanía en el mundo de las letras.

En ella revela Eduarda el arte difícil de las descripciones, el gusto delicado para trazar los cuadros de la naturaleza, si no con la pompa y majestad de Chateaubriand y Flammarión, y la poesia arrebatadora de Castelar y Alarcon, al ménos con los tintes y la luz que muchas veces sólo puede producir en la paleta la sensibilidad exquisita de la mujer, sobre todo cuando esa mujer tiene el hermoso talento de la señora de García, y un talento eminentemente descriptivo.

Hablando de su libro el famoso publicista norteamericano Cushing—autor de los *Recuerdos de España*, obra en que ha revelado un conocimiento profundo de nuestra historia y de nuestra literatura—decía á Eduarda en carta particular:

«Estoy muy agradecido á Vd. por el préstamo de *Lucía*, que he leído con gran placer. Se ve que la obras de un autor joven, pero que posee cualidades de invencion y de imaginacion, unidas á ese gran vigor de concepcion y de descripcion gráfica, que en tan alto grado distingue la más madura obra de *Pablo*.

»*Lucía* sufre más por negligencia en la edicion, que por defecto de composicion. Déjemela Vd. dos ó tres días más, permitiéndome sugerirle la idea de hacer una edicion en la forma tan cuidada como la de su *Pablo*.»

Esta es otra de sus novelas, y *El Médico de San Luis* es otra, y otras y otras que no tengo á la mano, y que le han valido juicios entusiastas de hombres tan importantes como Arséne Houssaye, seducidos todos por la facilidad y galanura de su estilo, por la belleza del lenguaje, y por las verdaderas dotes de novelista que Eduarda revela en todas sus producciones.

Incansable para el trabajo, tanto en los Estados- Unidos como en Francia, donde ha residido varios años, ha publicado en los diarios centenares de artículos, escribiéndolos en francés é inglés con la misma facilidad que el español, pues tanto esos dos idiomas como el italiano, los posee á la perfeccion.

No hay para qué decir que entre los primeros trabajos literarios de la escritora argentina, digna compañera de su compatriota Juana Manuela Gorriti, producidos en Buenos-Aires, y las páginas escritas años despues en Europa, hay la diferencia notable que existe siempre entre los ensayos inocentes de la primera juventud, en que todo aparece sacrificado á las impacencias de la inexperiencia, y las producciones reflexivas que el estudio analiza y la calma pulimenta.

Como *Specimen* del estilo de la reputada escritora—puesto que al hablar de ella en este artículo no he pretendido hacer una crítica de sus obras, que son muchas y muy buenas, tarea que para más tarde me reservo—copiaré aquí las palabras que pone al frente de sus *Cuentos*, precioso libro publicado el año anterior. Dicen así:

«Diré, como el buen Lafontaine:  
«Todo siente y habla en mis cuentos, hasta una inerte jaulita dorada.»

Andersen, el maestro en materia de cuentos, ha narrado magistralmente las aventuras de «Un intrépido soldado de plomo.»

Siguiendo sus huellas, he contado yo las de «Una jaulita dorada.»

Si lo hice bien ó mal, no incumbe á mí decirlo; solo he intentado producir en español lo que creo no existe aun

original en ese idioma, es decir, el género literario de Andersen.

¿Cuál ha sido mi objeto al componer estos cuentos? Debo confesarlo, aun cuando la pretensión parezca superior á mis fuerzas. Vivir en la memoria de los niños argentinos! Penetrar en el hogar por la puerta mágica de la fantasía, y que las madres encuentren en mis cuentos con que reemplazar esos hoy olvidados, que en mi infancia contaba yo á mi anciana abuelita. El tiempo ha ido borrando los contornos de *La Hormigueta*, del *Caballito de siete colores*, de *Juan sin miedo*, que hacían las delicias de otras generaciones infantiles. Feliz yo si mis narraciones llegasen á popularizarse, reemplazando hasta cierto punto las ya olvidadas.

¿Puede acaso aspirarse á mayor gloria que á cautivar la atención de los niños, críticos perfectos, de un gusto exquisito, seguro; haciéndoles olvidar sus penas fugaces, secando sus lágrimas pronto enjugadas, como dice Víctor Hugo, y despertando esa fantasía que dormita entre nubes sonrosadas, que el menor destello luminoso aviva? No. Y por mi parte esa gloria me bastaría.

La acogida benévola que obtuvo *Chinbrú*, publicado en folletín, acentuó en mí la idea que desde Europa me atormentaba tiempo há, cuando mis hijitos que adoran á Andersen, devoraban ávidos las obras de la condesa de Ségur, tan popular en Francia. Casi con envidia veía el entusiasmo con que esas inteligencias, esos corazones que eran míos, se asimilaban sentimientos é ideas que yo no les sugería; y más de una vez traté de cautivar á mi vez con mis narraciones, al grupo infantil.

Puedo asegurar que la emoción que se pintaba en sus semblantes transparentes, sus aplausos y hasta su crítica, halagaban dulcemente mi corazón de madre y lisonjaban mi vanidad de artista.

Cada uno de mis cuentos, que no he querido denominar ni como mi amigo Mr. Laboulaye de azules, ni como la condesa de Ségur de rosados, lleva al frente el nombre del niño á que va dedicado. Es la imagen protectora que ha de servir de salvaguardia y aun de inspiración á mi pobre ingenio.

He tratado de familiarizar á mis jóvenes lectores, por medio de apólogos sencillos, con la idea delicada y profunda, que en la naturaleza todo vive, todo siente; y que el sufrimiento no se cuenta solo por la cantidad sino por la calidad, mostrándoles que la virtud debe ser amada porque es bella. Similitud me ha estraviado, voy en grata compañía.

Reproduzco «*La Pascua*» y dos de mis cuentos, accediendo al pedido de una distinguida dama extranjera de sumo gusto, á quien me es grato complacer.

¿Qué acogida hallará mi libro? Mi intención es buena; tengo fe en esa pléyade entusiasta, generosa, que va á leerme. Ella me ha inspirado, en ella fio...»

Hé ahí cómo escribe Eduarda Mansilla de García.

Los *Cuentos* de que habla son deliciosos; respiran atmósfera de candor, de pureza, de pristina inocencia, revelando en la escritora la madre sensible á todos los encantos de la maternidad.

De regreso á Buenos Aires, donde los ha publicado y donde en la actualidad reside—teniendo un salon como el de madame Adam en París y el de la princesa Dora d'Istria en Florencia, verdaderos centros de reunión de los literatos y poetas—Eduarda Mansilla ha querido ensanchar la esfera de sus facultades ensayándose en el género dramático, y al efecto ha escrito *La Condesa de Attamira*.

El éxito extraordinario que ha tenido la representación de la pieza ante un público inteligente y delicado, es el mejor elogio que de ella podría hacer.

Prescindiendo de los defectos naturales en una primera producción dramática, su autora revela un estudio profundo de los misterios de la escena, y una vocación que, cultivada, puede proporcionar grandes victorias en el teatro.

El talento de Eduarda Mansilla es tan vario, tan general, tan brillante, tan adaptable á todas las manifestaciones de la inteligencia humana, que nada me sorprendería verla uno de estos días pulsando la lira, ensayando hacérselo coronar también como Carolina Coronado, ó Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Rica su patria—la República Argentina—en talentos sobresalientes, está orgullosa, con justo título, de contar entre ellos á la hermosa mujer á quien consagro estas líneas como ligero preámbulo á un estudio que más tarde consagraré á todas sus producciones.

P. DE NAVARRETE.

## LAS GRANDES CACERÍAS.

EL LEÓN.

Un día, un árabe llamado El-Mockh-Tar, me trajo un tercer león, desde mi llegada á Tenied El Rad. Propúsele ir con él para ver si yo también podía matar uno. Esta proposición no fué bien acogida al principio. Temía que pudiera acontecerme alguna desgracia, y consideraba como una fuerte responsabilidad llevarme á donde tuviera que habérmelas con tan temible adversario.

Sin embargo, habiendo insistido yo, y bien convencido, como decía, de que era yo dueño de mí bala, acabó por ceder á mis instancias.

Precisamente aquel día había tenido noticias de otro león, quizá hermano del que había matado la víspera, y que desde hacía una semana iba todas las noches á llevarse los corderos de un aduar no muy distante del suyo.

Era probable que el animal repitiera su visita

aquella noche ó la siguiente; así es que podríamos seguir sus huellas, pues el terreno estaba flojo y húmedo á causa de las lluvias, y matarlo en su madriguera misma, si Alhá lo había dispuesto así.

Quedó convenido entre El-Mockh-Tar y yo, que al día siguiente, por la mañana, nos reuniríamos cerca de su casa, poniéndonos en camino desde luego, si se realizaban sus previsiones.

Mi intención era ir solo con él para aquel ensayo; pero se había hecho pública la noticia de mi proyecto, y se habían presentado auxiliares de buena voluntad para acompañarnos en aquella expedición.

En primer lugar, mi ayudante en el departamento árabe, el teniente Seriziat; después dos oficiales del segundo batallón de Africa, uno de Spahis, mi *Chaouch*, El Mebrouck, y cinco ó seis ginetes indígenas que deseaban darme pruebas de su celo en aquellas circunstancias:

Mal habría hecho seguramente no consintiendo en que asistieran á la proyectada batida. Partimos, pues, al día siguiente por la mañana, en número de unos doce tiradores y algunos ginetes para cuidar de nuestros caballos.

Encontramos á El-Mockh-Tar en el lugar de la cita, acompañado de otros árabes que también querían tomar parte en la cacería. Nos dió la buena nueva de que el león, según su costumbre, había ido al aduar, llevándose un cordero, que era el impuesto que había fijado cada ocho días. El aduar no distaba mucho.

\*\*

Había nevado la noche anterior. Las patas del león aparecían fuertemente impresas sobre el terreno; median una mano grande, abierta, lo cual indicaba que el animal era corpulento, dándonos la seguridad de poder seguir su rastro.

El-Mockh-Tar habría preferido que hubiera menos gente para aquella expedición; sabía por experiencia que, mientras menos gente hay, mayores probabilidades se tienen de un buen éxito, y que los accidentes son menos numerosos.

Nos hizo ver, á unos 1.500 metros, en una pendiente del Djebel-Kilass, á dos de sus parientes que seguían lentamente las huellas, y que esperaban nuestra llegada.

Nos reunimos con ellos, y pudimos proporcionarnos el gusto anticipado de imaginarnos lo que era la fiera, contemplando las marcas de sus enormes patas que había dejado sobre la nieve. Nos dijeron que el león había penetrado en medio de las tiendas á eso de las dos de la mañana, saltando por encima de unos palos y ramas, cerca de los cuales estaban dichas tiendas.

Había tenido que saltar, cuando menos, unos tres metros de altura, sobre diez de longitud, para poder penetrar á donde estaban los rebaños, y cayendo como un rayo sobre las ovejas, se había llevado una de las más gordas, salvando con ligereza suma la cerea.

No habiendo sido molestado en su retirada, se había ido á comer su presa á unos 200 metros más allá, dejando tan solo algunas motas de lana.

El Mockh-Tar, muy al corriente de las costumbres de los leones que frecuentan aquella comarca, fué consultado sobre las disposiciones que debían tomarse.

Segun la dirección de las huellas, nos dijo, y de hora á que se comió la oveja, debe haberse ido á hacer la digestión á esa espesura de sauces, ó por el lado de la roca del Cuervo. Voy á adelantarme un poco, porque ustedes hacen mucho ruido con sus caballos; fijaré la pista con cuidado, y una vez que haya adquirido la certidumbre de que el león se encuentra en alguno de los matorrales, haré una señal con mi albornoz para que todos echen pié á tierra, vayan á reunirse conmigo sin hacer el menor ruido. Después, ya veremos lo que lo que se hace.

Una vez convenido esto, dejamos que El-Mockh-Tar se adelantara, y en seguida continuamos nuestra marcha.

Nuestro explorador se dirigió hacia los sauces, por donde se perdían las huellas, dió la vuelta con precaución, y habiéndolas encontrado de nuevo al otro lado de la espesura, continuó su camino de una manera lenta y silenciosa, siguiéndole nosotros á cierta distancia.

Nos dirigíamos entonces hacia Kef-el-Rorab, que estaba á unos dos kilómetros distante de nosotros. En cosa de media hora llegamos al pié de una gran colina llena de encinos verdes, en medio de la cual se levantaba una enorme roca en forma de plataforma: era el Kef-el-Rorab (la roca del cuervo.) Vimos á poco salir á El-Mockh-Tar, por la cima de la roca, y no tardó en hacernos la señal convenida para que echáramos pié á tierra y fuéramos á reunirnos con él.

Dejamos nuestros caballos encomendados á los ginetes, y nos dirigimos al encuentro de nuestro explorador, quien, por su parte, vino hacia nosotros, diciéndonos en voz baja:

—Ahí está el león, en ese espeso matorral que está al pié de la roca, acabo de oírlo lanzar un ligero rugido; creo que le ha hecho daño la carne de la oveja. Es preciso no hacer ruido; sigan todos Vds. mis pasos; así iremos á colocarnos encima de la roca y desde allí si es posible lo mataremos.

Habíamos cargado nuestras armas con sumo cuidado.

En cuanto á mí, tenía yo una carabina de cazadores, de grueso calibre; era de una precisión sufi-

ciente, y me proponía no servir me de ella sino en el momento oportuno.

El-Mockh-Tar, después de habernos hecho dar un rodeo para no despertar las sospechas del animal, nos llevó hasta la cima de la roca, que estaba á pico y se levantaba á una altura de más de 15 metros sobre el matorral, dentro del cual se ocultaba el león; pero los arbustos y hierbas eran tan tupidos y espesos, que á pesar de los esfuerzos que hacia nuestra vista nada podíamos descubrir.

A medida que íbamos llegando á lo alto de la roca, nos íbamos formando en hilera unos junto á otros, con nuestras armas preparadas y listos para apuntar. Ya habían tomado posición las dos terceras partes de nuestra tropa, sin hacer el menor ruido, cuando uno de los últimos árabes, al trepar por la pendiente de la roca, se resbaló y soltó su fusil, que al caer sobre la piedra produjo bastante ruido.

En aquel momento el león, que seguramente nos había estado viendo maniobrar y que no esperaba más que un pretexto para levantarse, respondió á aquel ruido, que tomó por un rompimiento de hostilidades, con un rugido formidable, que hizo que se erizaran todos los vellos de nuestro cuerpo. Al mismo tiempo lanzóse sobre nosotros de un brinco desde una espesura de encinos tiernos, gruesos como el brazo de un hombre, doliéndolos con su impulso como si fueran cañaverales. Entonces comprendimos, como nos convencimos más tarde, qué bien habíamos hecho en colocarnos á bastante elevación para estar fuera del alcance de sus primeros saltos. Seguramente que nos habría hecho pasar un malísimo rato, á pesar de algunas balas que recibió de una descarga casi general, que no produjeron otro resultado que ponerlo más furioso.

Era demasiado grande la altura de nuestra roca para que la fiera pudiera salvarla; no obstante, lo intentó en varias ocasiones, dando saltos verdaderamente prodigiosos y lanzando unos rugidos terribles, que no es posible comprender sin haberlos oído alguna vez.

Yo había reservado mi carabina, y lo mismo lo había hecho El-Mockh-Tar; y esto nos permitió, después que la fiera había hecho aquellos esfuerzos por llegar al lugar en que estábamos, apuntarle bien y dispararle en el momento en que se preparaba para un nuevo asalto.

La bala de El-Mockh-Tar le entró por el pecho, siguió por las costillas, debajo de la espaldilla derecha, y salió por el flanco, no causándole por decirlo así, sino una especie de cedal. La mia que le había sido disparada de frente, debido á uno de sus bruscos movimientos de cabeza, le penetró por la boca, rompiéndole uno de los dientes de abajo, y le salió por un carrillo destrozándole la mandíbula inferior.

Estas dos nuevas heridas hicieron subir de punto su exasperación; con su cola que silbaba en el aire—tal era la violencia con que la agitaba—se azotaba los ijares con verdadera rabia; sus patas delanteras arrancaban las raíces de los árboles y las piedras, haciéndolas volar hacia atrás con la misma fuerza que si fueran lanzadas por una honda.

\*\*

Aquel principio de acción no había durado todavía dos minutos, cuando viendo que no podía alcanzarnos, pareció que el león había tomado su partido, y comenzó á huir por nuestra derecha. Al menos así lo creímos, y así lo dije á El-Mockh-Tar. Pero éste que conocía mejor que nosotros á los leones, me respondió:—desengañese Vd.; no huye; va á flanquear nuestra posición, y no tardaremos en tenerlo á nuestra retaguardia. Aconsejo á todos ustedes que se suban á los árboles. El león está herido, pero está muy fuerte todavía, y quiere despachar á alguno antes de morir.

El consejo era bueno, y á toda prisa escogimos los encinos más cercanos para encaramarnos.

Más nos estimuló á nuestra ascension lo que los ginetes que habíamos dejado cuidando los caballos, nos gritaron desde una eminencia en que estaban, á unos 150 metros de nosotros, al ver que el león daba la vuelta.

—¡Eh! ¡Allá arriba!

—¡Pronto á los árboles!

—Allá va sobre Vds. el león, por la derecha.

Y efectivamente; apenas habíamos trepado á los árboles, los que poco elevados en su mayor parte se doblegaban bajo nuestro peso, cuando lo vimos aparecer, buscándonos con los ojos.

Su aspecto era espantoso; su boca, á cada contracción, lanzaba una espuma sangrienta, y sus ojos, inyectados, parecían lanzar relámpagos. Su larga y espesa melena negra, erizada y cayéndole sobre la frente, lo hacía aparecer enorme, y su cola, agitándose furiosa en torno suyo, desgajaba las ramas de los árboles.

Era uno de los mayores leones que se han visto, y en la acción nos pareció desmesuradamente largo y grande.

Bien habría podido cogernos en nuestros árboles, como quien corta manzanas maduras, á haberlo querido. Con solo levantarse sobre sus patas traseras, podía alcanzar al que más alto se encontraba de nosotros; pero el león no trepa á los árboles como la pantera.

Contentóse con correr de un árbol á otro, en la dirección de los disparos y de los gritos que los acompañaban.

Habíamos llegado á embriagarnos con el ruido de las detonaciones, con el olor de la pólvora y con los ruidos de nuestro valiente adversario.

Todos lo interpelábamos, y Dios sabe con qué clase de adjetivos, sobre todo, cuando se precipitaba contra alguno de los árboles en que había alguno de los nuestros. Entonces redoblaban los gritos de los demás, con el fin de llamarle la atención por otro lado; haciendo otro tanto cada vez que pretendía dirigirse hácia el lugar donde estaban los caballos, que se encabritaban, relinchando llenos de pavor.

\*.\*

Así duró el combate durante un cuarto de hora, disparando nosotros sobre el león cada vez que quedaba descubierto entre los árboles, y corriendo él en todas direcciones, según de donde partían nuestros disparos que, de momento en momento, le causaban nuevas heridas.

Por fin, habiéndose acercado á mí, descubriéndome el flanco izquierdo, le disparé mi tercera bala, que fué derecha al corazón. Cayó como herido de un rayo, y aquel tiro fué aclamado por mis compañeros con estrepitosos y entusiastas hurras.

Creyéndolo muerto, bajamos precipitadamente de nuestros árboles para ir á contemplarlo de cerca, sin esperar, como nos aconsejaba El-Mockh-Tar, á que su sangre se hubiera coagulado.

Apenas habíamos dado unos cuantos pasos para acercarnos á él, cuando en un supremo esfuerzo de su violenta agonía, púsose en pié y dió dos ó tres pasos pretendiendo lanzarse sobre nosotros.

Todas nuestras armas estaban descargadas, y una lucha cuerpo á cuerpo no era lo que más nos temaba en aquel momento.

Instintivamente le volvimos los talones y de nuevo corrimos hácia nuestros árboles tutelares. Nueva emoción como es fácil figurarse. Pero, el que más lo experimentó en aquel momento, fué mi ayudante el teniente Seriziat.

Llevaba una gran faja de lana, que se le había soltado en la carrera; en el momento en que agarraba las manos para subirse enredó la faja en un pequeño matorral y lo estiró hácia atrás. El buen teniente creyó que era el león que había hecho presa en los faldones de su paletot; se figuró verse devorado por el terrible animal...

Aquella sensación duraría escasamente un segundo; pero el teniente nos ha confesado que le fué sobremanera desagradable.

Fué aquel el último esfuerzo del león; volvió á caer casi al momento, exhalando su postrer aliento con un último, sordo y prolongado rujido.

Entonces pudimos acercarnos y examinarlo á nuestro sabor. Había recibido 17 balas; la última que se le había disparado—fácil de reconocer por su calibre—había producido la muerte de la fiera, rompiéndole la quinta costilla y yendo á alojarse en su corazón.

Permanecemos largo tiempo saciando nuestra vista con el espectáculo de aquel magnífico animal, que yacía ante nosotros; no creo exagerar al decir que nos tenía completamente fascinados.

## EL OSO BLANCO.

Goza el oso blanco de una reputación de ferocidad, que en nada cede á la del oso pardo, y lo que vamos á referir, por cierto no contribuirá á rehabilitarlo.

Un buque que regresaba de la Nueva Zembla, habiendo anclado delante de una de las islas que se encuentran frente á la entrada del estrecho de Vaigatz, dos de los marineros que componían su tripulación, tuvieron curiosidad de bajar á tierra para conocer la isla.

Después de haberse paseado por ella durante algún tiempo, sentáronse á la orilla del mar, á la vista de su buque.

Platicaban tranquilamente, cuando repentinamente, uno de ellos se sintió agarrar fuertemente por el cuello.

Creyó al principio que se trataba de una de esas bromas pesadas que se permiten entre sí los marineros.

—¿Quién me está apretando así?—preguntó. Volvióse el otro y lanzó un grito de terror.

—¡Ah! ¡Dios mío! Es un oso que se escapa.

Era, efectivamente, un oso blanco enorme, muy flaco, que se había acercado calladito á los dos marineros, y que no tardó en hacer un cadáver del que había caído entre sus garras.

A los gritos desesperados del otro, la tripulación, armada de fusiles, se embarca en los botes precipitadamente, atraca á la orilla, desembarca, y se dirige sobre el oso, encarnizado con su presa.

El oso ve acercarse á los marineros sin alterarse, sin dejar de devorar su presa; y cuando están ya á tiro, se endereza y se precipita sobre ellos; agarra á uno por el medio del cuerpo, lo echa por tierra y lo arrastra á la vista de sus estupefactos compañeros, despedazándolo de una manera horrible.

A aquel espectáculo, el pánico cunde entre los marineros; echan á correr más deprisa que habían llegado, precipitándose á los botes, y, locos de terror, no paran hasta llegar á bordo del buque.

Una vez en lugar seguro, recobran su valor y se avergüenzan de su conducta; excítanse mútua-

mente, y se formula la proposición de volver en masa á tierra para atacar al feroz animal en donde quiera que lo encuentren.

Sin embargo, algunos protestaron, y su prudente discurso merece ser reproducido:

«Nuestros camaradas han muerto (decían); ya no podemos volverlos á la vida; ya no queda la menor esperanza de salvación. ¡Iremos al encuentro de esa fiera que los ha devorado, para presenciar sus miembros desparramados aquí y allí, y renovar nuestro dolor á la vista de sus huesos quebrados y despojados de carne! ¿Qué honor puede resultarnos de correr tras un triunfo sin gloria, que tendremos que comprar á costa de mil peligros?»

«¿Cuántos fueron los que no se sintieron conmovidos por este trozo de elocuencia? Solo tres.

Parten al momento, confiados en su valor, y con la plena seguridad de que nadie iría á auxiliarlos.

Echado sobre los cadáveres, ocupábase el vencedor en acabar de aprovecharse de su víctima. Los tres marineros se adelantan, y probablemente desde demasiado lejos disparan varios tiros sin lograr aprovechar ninguno. Entonces el más valiente de los tres se separa de sus compañeros, se acerca, apunta sin precipitación, y logra herir al oso encima del ojo con una bala que le atraviesa la cabeza.

Pero el oso no ha caído; ni siquiera ha soltado á su presa. Léjos de eso, levántase sujetando al cadáver por el cuello, y emprende la fuga llevándose. Sin embargo, apenas ha dado algunos pasos, se le ve tambalear, y los marineros lo atacan, tirándole sablazos. El terrible animal cae por fin, pero no suelta su presa. Le meten una bayoneta por la boca... Ese fué el golpe de gracia.

Entonces, aquellos valientes recogen los restos de sus desventurados camaradas; los entierran en la isla, á presencia de toda la tripulación, que ha desembarcado sin faltar á las reglas de la prudencia.

La piel del oso fué adjudicada al primero que hirió de muerte al animal; aquella piel media 13 pies de largo.

\*.\*

Otra historia que servirá para demostrar cuán dura vida tienen los osos blancos.

Estamos á bordo de un buque del capitán Jouge Kees. Es de noche; durante todo el día ha trabajado mucho la tripulación, despedazando una ballena; todos los marineros se han ido á acostar. Sobrécubierta no queda más que la guardia de costumbre.

El buque está amarrado á un banco de hielo, y sobre aquel banco distinguen los que se habían quedado de servicio un oso echado—tal vez dormido.

—Vamos á sorprenderlo,—se dijeron,—y marchemos con el mayor sigilo, para no despertar á nadie.

Pero no pudieron evitar el hacer algún ruido al desamarrar el bote.

El capitán, que estaba alerta, los oye.

Pensaba en ballenas: cree que acaban de descubrir una, se levanta, sube sobre cubierta, se informa de lo que ocurre, se cerciora por medio de su anteojo, juzga que el bote no basta para la expedición, hace alistar dos, y se embarca con sus marineros.

El oso vió acercarse aquel pequeño ejército, sin demostrar la menor inquietud; pero, cuando los botes estuvieron muy cerca del rancho, sin esperar más, abandonó el lugar en que estaba, y se arrojó al agua.

Siguenle á fuerza de remos, y lo alcanzan. El capitán tiene el honor de disparar el primer tiro, que hiere al animal en la barriga. Podrían haberle tirado otros, pero el temor de echar á perder la piel, hace que no le tiren más, y prefieren esperar á que muera de los resultados de la primera herida, lo que—creían—no podía tardar mucho.

Sin embargo, el animal, nadando siempre, llega cerca de un islote que sobresalía apenas unos cinco pies del agua; logra saltar, con gran sorpresa de los marineros, que nunca lo hubieran creído capaz de esfuerzo semejante. Una vez en tierra, se agazapó, poniendo el hocico sobre sus patas delanteras.

Entonces el capitán se impacienta. Hace gobernar los botes hacia el islote, desembarca y con una lanza de nueve brazos se prepara á atacar al animal. El oso, al que creía casi muerto, ruje, da un brinco gigantesco, cae sobre él, le pone una pata en el costado, la otra sobre el pecho, y le enseña dos hileras de dientes blancos y aguzados.

Permaneció en aquella postura, que un pintor hubiera pagado á buen precio, mirando al hombre, como si hubiera querido,—dice la relación,—darle tiempo para considerar todo el horror de su suplicio, y hacer durar su cruel venganza.

«La tripulación,—sigue diciendo la relación,—apenas vió el peligro inminente de su capitán se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones, pidiendo auxilio del buque.»

Pero un marinero, que no esperaba que el oso llevara su complacencia hasta esperar la llegada del auxilio, saltó sobre el islote, y, armado de un bichero, corrió á defender á su capitán, atacando al oso. Pero un bichero no era arma de lo más á propósito; por fortuna, á la vista de aquel nuevo adversario, el animal emprendió la fuga.

El capitán no había recibido ni un arañazo. Acercábase un refuerzo del buque, á todo remar, esperaron que llegara, y conferenciaron sobre lo que debía hacerse.

El oso no se había alejado mucho; se había ido á echar sobre el banco de hielo.

Atacado al principio á balazos, luego á lanzazos, sucumbió al fin; pero toda la tripulación tuvo que tomar parte en la batalla.

EL GENERAL MARGUERITE.

## CORREO DE AMÉRICA.

LA REPÚBLICA ARGENTINA Y SUS HOMBRES.

Si por desgracia las Repúblicas del Pacífico no han depuesto todavía las armas, prolongando una guerra cuyas consecuencias no solo son fatales en la actualidad, sino que pueden ser funestas para el porvenir de aquellos pueblos, de otras Repúblicas del vasto continente, nos llegan noticias que producen legítimo entusiasmo, al ver los grandes progresos y sorprendentes adelantos que algunas de ellas realizan á la sombra de la paz, y del progreso que ella fecunda.

Como se sabe, es la Argentina la que bajo todos conceptos marcha hoy á vanguardia de las demás hermanas, dándoles el ejemplo, de cuánto pueden hacer aquellos pueblos nuevos, sin más que cerrar el período de las revoluciones, garantizar la estabilidad social, y dejar libre expansión á los grandes elementos de riqueza y prosperidad, que cada una de esas Repúblicas guarda en las entrañas de sus fecundas tierras, y en el espíritu emprendedor de los hijos que en ellas viven.

Según las noticias que ayer nos trae el correo, el presidente Roca había salido de la capital con intención de hacer un viaje á los pueblos del interior de la República, no ya tan solo para estudiar sus necesidades, procurando los medios de ir las satisfaciendo, sino para inspeccionar las grandes obras de ferro carriles, y otras, materiales que se construyen en esas provincias.

Si no estuviese ya en la conciencia de propios y extraños que el Gobierno del general Roca es el más popular que ha tenido la República Argentina donde hace ya veinte años los Gobiernos constitucionales se vienen sucediendo con harta regularidad, dando en ello testimonio del arraigo que toman allí las instituciones, bastaría conocer la recepción que por doquier se ha hecho al presidente Roca, para comprender cuán grande y sólida es esa popularidad; cuán eficaz el apoyo que los pueblos prestan á su gobierno.

Y conviene advertir aquí lo que no debe, empero, ser una novedad para los que conozcan la índole y el modo de ser de las Repúblicas americanas: allí no se fabrica el entusiasmo, por la sencilla razón de que no hay elementos para fabricarlo, cuando no existe realmente en el corazón y en el espíritu de las masas.

Por eso cuando se habla de las ovaciones que un pueblo tributa allí á un gobernante, es porque son sinceros, verdaderos, espontáneos y populares, como ha sucedido con el general Roca en su paseo por el interior.

En el puerto de Buenos Aires se embarcó para ir al Rosario,—la más importante ciudad comercial que florece en las márgenes del magestuoso Paraná, capital de la riquísima provincia de Santa Fé, en que hay establecidas más de cuarenta colonias, todas prósperas y ricas—y cuya navegación dura poco más de veinte horas.

Desde que el ilustre viajero zarpó de la rada de Buenos Aires, empezaron las manifestaciones, saliendo á saludarle á la ribera, aún cuando fuese en altas horas de la noche, todas las poblaciones del tránsito, con bandas de música á la cabeza.

En el Rosario la recepción fué espléndida, agolpándose á recibir al primer magistrado, todo el Rosario, según la frase de los diarios. La colonia española, bastante numerosa allí, y, que como todos los demás está gozando los beneficios de la paz y del trabajo, se asoció con entusiasmo al recibimiento, contribuyendo así á lo imponente del acto.

Del Rosario la comitiva se dirigió á la ciudad de Córdoba, la más importante, rica, y docta por su célebre universidad, del interior de la República. El viaje se hace en diez horas por ferro-carril, atravesando valles materialmente sembrados de haciendas, y cuyo panorama deslumbra la vista al contemplar aquella naturaleza, ataviada con todos los encantos de una vegetación espléndida.

Uno solo de los infinitos despachos telegráficos que publican los diarios de Buenos Aires, dando cuenta del recibimiento hecho en Córdoba, dará una idea á nuestros lectores, de lo que fué el recibimiento hecho allí al General Roca.

Dice así:

«El presidente fué recibido anoche á las 9 m. p. de un modo verdaderamente entusiasta. Todas las calles que debía recorrer estaban cubiertas de arcos triunfales y profusamente iluminadas.

De un edificio á otro se extendían innumerables hilos, de los cuales pendían faroles chinoscos que hacían un efecto encantador. Se creía caminar bajo una bóveda de luz.

Toda la extensión de las calles San Gerónimo, General Paz, 9 de Julio, hasta la casa del señor presidente y la plaza principal, estaban materialmente atestadas de gente.

El carruaje en que iba el general Roca con el Dr. Juárez Celman, era seguido por seis cuadras de coches en dos filas.

paralelas, donde iban las personas invitadas especialmente por el Gobierno. Paso á paso se movían, porque una masa compacta del pueblo los rodeaba, victoreando incesantemente al presidente de la República y al gobernador de la provincia.

Jamás se ha visto reunida aquí concurrencia tan inmensa, ni se recuerda que á nadie se haya hecho manifestacion igual.

Conociendo, como conocemos, la historia de aquellos países, cumple á nuestra lealtad declarar, que jamás gobernante alguno argentino mereció antes, tantas, tan expansivas y entusiastas ovaciones.

¿Por qué?

Es precisamente lo que consuela en ellas: el significado que tienen;—porque jamás tampoco la República Argentina había tenido un gobernante, que, en menos espacio de tiempo, hubiese dado solución á cuestiones que de continuo amenazaban su tranquilidad, ni hecho tanto por la prosperidad y engrandecimiento del país, ni inspirado á sus hijos mayor confianza, ni le había dado esa suma de garantías que constituye el *bien estar* de una nacion.

¿Cómo no tributar homenaje sincero de entusiasta simpatía al gobernante que tal hace?

La antigua y enojosa cuestion de límites con Chile, había llegado á una situacion tal bajo el Gobierno de Avellaneda que la guerra se creía inevitable, contribuyendo á robustecer esta creencia los grandes preparativos que para ella se hacían.

Subió Roca al poder: estudió la cuestion, prescindió de las impacencias del quijotismo, y cuando ya se preparaba la pólvora, arregló la cuestion, y se firmó el tratado de paz con Chile.

¿Comprenden los lectores de LA AMÉRICA toda la importancia y trascendencia que el hecho ha tenido para esas dos Repúblicas, y sobre todo para la Argentina, que ha evitado una guerra que, en un año, le habría hecho perder las conquistas alcanzadas durante treinta de constantes trabajos y sacrificios?

La cuestion capital definitiva de la República, era otra siempre pendiente, preñada de peligros, y que, dejándose como hasta entonces, *sin resolver*, era causa constante de pretensiones, que podían producir guerras y conflictos.

El general Roca lo comprendió así, y sin miedo, ni vacilaciones, inspirándose en necesidades supremas, y bajo los auspicios de un patriotismo honrado, puso todo el peso de su influencia al servicio de la codiciada solucion, y el Congreso argentino la dió, declarando á Buenos-Aires *capital definitiva* de la República.

A partir de ese momento se había conjurado la gran tormenta, los espíritus inquietos recobraron su calma, desapareció el peligro, y la República entera supo que en adelante ya no podía surgir ningun conflicto entre las autoridades nacionales y provinciales, con motivo de la jurisdiccion que cada una pudiese reclamar para el ejercicio de sus funciones.

Los pueblos que comprenden la magnitud de esta solucion, que saben que en gran parte la deben al general Roca, al verle llegar á visitarlos en medio de la paz, ¿cómo no lo han de aclamar y victorear y festejar, haciéndole grandes é importantes manifestaciones?

Las ha ganado y las merece. Por eso se las tributan.

Esos pueblos necesitan ferro-carriles, vías de comunicacion para trasportar sus varios productos al litoral; escuelas para educar sus hijos, templos en que adorar al Dios de sus creencias; brazos y siempre brazos para cultivar la tierra, cuidar las haciendas, edificar, mover las máquinas y bajar felices á la sombra de la hermosa libertad.

Roca les ha dado y está dando todo eso: ¿cómo no le han de aplaudir?

Y leyendo los diarios que de continuo recibimos de la República Argentina; estudiando aquella vida, aquel movimiento, aquel progreso constante en todo; aquel deseo de engrandecerse que agita los espíritus; aquel aumento extraordinario de poblacion, acrecida cada mes por la entrada de siete y nueve mil emigrantes que á la Argentina van atraídos por tanta ventaja seductora; aquel aumento de las rentas y desarrollo del comercio; viendo todo esto, decíamos, estudiándolo, se comprende la justicia de las ovaciones que se están haciendo al presidente Roca en su viaje al interior de los pueblos argentinos.

Pero para dar cima á todas estas soluciones y realizar todos estos progresos, si bre todo en la parte que á la provincia de Buenos-Aires se refiere, el general Roca ha tenido un auxiliar tres veces poderoso, por la posicion que ocupa, el talento que tiene y el patriotismo que inspiran todos sus actos.

Este es el Dr. Dardo Rocha, gobernador de dicha provincia, el que, por una coincidencia preparada por circunstancias casuales, al mismo tiempo que el presidente recibía aquellas manifestaciones, recibía las más grandes ovaciones que mereciera jamás, á su vez, ningun otro de los hombres que habían ocupado el mismo puesto.

Y esto por las mismas razones: porque se ha hecho acreedor á ellas con sus trabajos, y en el día que los recibía, por realizar una obra en que muchos no tenían fé, creyendo que haría lo posible por ir la postergando, dominado por algun *arrière pensée*.

Nos explicaremos.

Declarada Buenos-Aires capital de la República, por las razones que antes dimos, se hacia necesario dar una nueva capital á la provincia, y con tal objeto se designó un punto ventajosamente situado á pocas leguas de la gran ciudad, bautizándole con el nombre de *La Plata*.

La inauguracion de los trabajos, ó mejor dicho, la colocacion de la piedra fundamental de la nueva capital, es la ceremonia que se acaba de verificar, con una pompa popular, de que hay pocos ejemplos en los fastos de las fiestas populares celebradas en América.

El alma de esa ceremonia ha sido el Dr. Rocha, que cumpliendo todas sus promesas como gobernador, ha venido tomando prudentemente las medidas necesarias para producir el hecho, esto es, *inaugurar la capital*.

Hablando de esta, dice un diario argentino:

«La Plata va á levantarse como surgida de las entrañas de la tierra por una conmocion extraña.

La Plata será el modelo más acabado que la ciencia de la planimetría haya ideado con relacion al trazado de nuevos pueblos. Puede decirse que el compás, consultando el gusto y la armonía, ha caído en iguales direcciones en todos rumbos.

La Plata será por esta circunstancia la ciudad más armónica é higiénica de Sud-América y aun de Europa mismo. Sus calles, anchas y ventiladas, están tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos, en cuanto á las direcciones en general. Partiendo desde el punto céntrico sobre un plano con declinaciones suaves en todo sentido, se encuentran equidistantes de aquel cuatro plazas que se destacan en los cuatro puntos cardinales, otros tantos mercados, parques y jardines. El frontispicio de los edificios corresponderá á un modelo uniforme, lo que ofrecerá una rareza armónica en arquitectura.

Mil millones de pesos moneda corriente van á convertirse como base en edificios públicos, plazas, paseos, fuentes, jardines, aguas corrientes, gas, adoquinado, tranvías y ferro-carriles.

La Plata futura está situada en la Ensenada. Tendrá un magnífico puerto para abrigo de buques de todo calado, y dista solamente de Buenos Aires de diez y media á once leguas.

Los solares de los terrenos para edificar son disputados con afán.

Pasan de cuatro mil las solicitudes hechas al Gobierno de la provincia bonaerense.

Los brazos que hoy mismo se necesitan para las obras representarían una importante base de poblacion. Más de doce mil obreros hacen falta; y doce mil obreros con familias una cuarta parte de ellos, representan veinte mil habitantes por lo menos.

Indudablemente La Plata será una obra prodigiosa; será un sueño ó una ilusion para los que conociendo los terrenos sobre que van á echarse sus bases, dentro de algunos años vuelvan á verlos sirviendo de cimiento á suntuosos edificios.

La Plata será un timbre honroso para la administracion que la vá á llevar á cabo.

El nombre del doctor Rocha representa el alma de esta empresa colosal, y va envuelto en la impetuosa corriente del trabajo que le va á dar vida y aliento.

La inauguracion de la nueva ciudad será un acontecimiento nacional, aunque la gloria corresponda indisputablemente á la provincia más rica y adelantada de la República.

Los Gobiernos que saben hacer ciudades, saben hacer la propia felicidad y la de sus gobernados.

Gobernar es poblar.

Hacer ciudades es hacer naciones grandes y poderosas; es hacer ciudadanos, es crear riqueza, es improvisar elementos de vida y de trabajo: es convertir la tierra en oro.»

Esto dice *La Capital*, el más importante de los diarios del interior de la República, sobre lo que será *La Plata*, debiendo observar nosotros que los mil millones de que en el artículo se habla equivalen á doscientos millones de pesetas.

Cuando un país está en condiciones de hacer un gasto de esta magnitud, ha llegado á una altura desde la que puede hablar con orgullo de sus progresos, adelantos y riqueza.

Y todo esto simbolizaba la gran fiesta, en la que el Gobernador Rocha fué objeto de tan ruidosa ovacion, no sólo por ser aquella *su obra*, sino por la elocuencia arrebatadora del discurso que pronunció para presentarla al pueblo.

Su extension nos impide publicarlo, lamentándolo muy de veras, pues habiendo hablado varias veces este periódico de las grandes cualidades intelectuales del Sr. Rocha, leyendo su discurso, habrían tenido ocasion de juzgarlas una vez más, gozando de los encantos que produce una palabra llena de inspiracion y de poesía á la vez que rica por la profundidad del estudio y la instruccion.

Haciendo *pendant* con su discurso, pronunció otro el doctor Victorino de la Plaza, Ministro de Relaciones Exteriores, que asistía á la ceremonia en representacion del Presidente Roca, padrino del acto, y, á la sazón ausente, como decíamos antes.

La oratoria de este señor, eminente hacendista, notable jurisconsulto, diplomático de verdad y no de intriga, literato y escritor galano, es de otro género; no abunda en relámpagos que fascinen y arrebatan, como los de Castelar y Moret, pero tiene la diccion galana, pura y castiza, que ha validado Martos ser llamado el príncipe de nuestros oradores contemporáneos.

Con tales condiciones, y una manera en extremo elegante en su decir, ya se comprenderá *el efecto* que produce siempre la palabra del Dr. Plaza. El de ese día fué inmenso. Leyendo su discurso, lo comprendemos. Es un modelo notable de

oratoria, con la que gustosos habríamos engalanado nuestras columnas, si la abundancia de materiales que no fuere causa á privarnos de esa satisfaccion.

Pero ¿qué significan estos hechos, de que venimos hablando así, al correr de la pluma, esas ciudades que se fundan, esos grandes discursos que se pronuncian?

¿Acaso son hechos aislados de una democracia turbulenta, producidos á la ventura, ó accidentes casuales surgidos de situaciones imprevistas en el torbellino de los acontecimientos?

¡No; nada de eso!

Esas ciudades que se fundan con madurez y estudio; esos progresos que se realizan con tanto entusiasmo; esos hombres que hablan con tanta elocuencia, revelando no sólo la potencia de hermosos talentos naturales, sino el fruto de estudios profundos é instruccion sólidas; todo esto simboliza la grande y fecunda elaboracion de una civilizacion que se va fundando en la jóven América, en nombre de los grandes y eternos principios de la libertad, que sirve de guardian al trabajo y á la paz.

Por eso los recogemos con atencion, y los presentamos como hermosas conquistas alcanzadas por aquellos pueblos, despues de las horas de infortunio que por tantos años sufrieron en el calvario construido por mano de sus verdugos!

¡La América se levanta!

La América se engrandece y glorifica; y en ese despertar risueño que se realiza en medio del ruido del trabajo, de la elocuencia de sus hombres, el canto de sus poetas, el ejercicio tranquilo de las instituciones, la fé en el progreso, el silbido de la locomotora que vá suprimiendo los desiertos, y las bendiciones de las madres que ven crecer á sus hijos llevando en la frente luz de redencion, la República Argentina ha tomado una iniciativa gloriosa ante la historia y la posteridad.

¡Felicitémosla por ello, y hagamos votos ardientes por que la *noble y gloriosa nacion* siga triunfante en la senda en que hoy se agita, alegre, feliz y rica, brindando sus inmensos territorios y abriendo los brazos á los millones de europeos, que, desheredados de la fortuna aquí, pueden ir á buscarla bajo aquel hermoso cielo, y en aquel bendito hogar, donde complacidos se confunden los hombres de todos los pueblos y de todas las zonas, bajo el triple amparo de Dios, de la libertad y del trabajo!

P. RUIZ ALBISTUR.

## LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA.

DANTON.

I

Ha llegado para el gran tribuno la hora de la reparacion y de la justicia. Ayer, nuestro historiador nacional Henri Martin, en una admirable conferencia dada en el Grande Oriente de Francia, vengaba al ilustre revolucionario de las calumnias tan frecuentemente repetidas contra él. Hace algunos meses, uno de los más sábios profesores de la facultad de letras de Poitiers, M. Anlard, demostraba en la revista *La revolucion francesa*, que los discursos de Danton habían sido falsificados por sus enemigos. Sobre el mismo tema y en la misma revista, probaba el doctor Robinet, con documentos, que Danton no había tomado parte, en manera alguna, en las odiosas matanzas de Setiembre. En cuanto á las acusaciones de traicion, de venalidad y de inmoralidad, no tienen tampoco fundamento ni merecen ya crédito. ¿Por qué se han mantenido estas acusaciones con tanta persistencia? Porque Danton, desdeñoso para todo lo que se refería á su persona, se había negado á refutarlas. «Obrar bien y dejar decir,» tal era su divisa. «¿Qué importa, exclamaba un día, que mi nombre sea escarnecido si la Francia es libre!» Este desprecio soberbio de la calumnia y de los calumniadores, tiene sus inconvenientes. Anima la cobardía de las agresiones, y dá consistencia y duracion á invenciones engañosas. El deber de los que aman la verdad y consideran como un patrimonio nacional el honor de los grandes hombres, es poner en evidencia la falsedad de los asertos de la envidia, del odio y de la baja; y esto es lo que acaba de hacer Henri Martin, al que damos las gracias en nombre de la Revolucion francesa.

II

Los tribunos y los hombres de Estado de la época revolucionaria, proceden todos de uno de los grandes filósofos del siglo XVIII Mirabeau es, bajo muchos aspectos, discípulo de Montesquieu; Robespierre fué educado en la escuela de J. J. Rousseau, y Danton es un hijo espiritual de Diderot. El filósofo Augusto Comte, ha dicho admirablemente: «¡De Diderot brotó Danton!» y Michelet ha desarrollado elocuentemente esta justa observacion. En efecto, lo mismo que Diderot, brilla Danton por la originalidad y la audacia y sale ordinariamente de los senderos trillados. Prescindiendo de toda retórica y no preocupándose más que de la verdad, no hace concesion alguna al mal gusto y á las debilidades de su época. Posee en un grado maravilloso la cualidad más esencial en los hombres de Estado: el desinterés. No se sirve del pueblo; sirve al pueblo. Mientras en torno suyo se olvida la patria y se disputa por cues-

tiones de preeminencia y de dominación. Danton no se preocupa más que de rechazar al extranjero que viene a invadir su territorio. No es girondino ni montañés; es republicano y patriota. La política de los grupos y de los sub-grupos le disgustaba, y en vez de maniobrar en los pasillos de la Asamblea, hablaba en los comités y en la tribuna. Su objetivo no era el ser ministro, pero aspiraba al título de *libertador de la patria*, y lo consiguió á fuerza de valor, de talento y de abnegación. Este supremo servicio le valió el cadalso y las calumnias, pero antes de morir tuvo el derecho de decir al verdugo: «*¡Enseñarás mi cabeza al pueblo, pues vale la pena de ello!*»

## III

Danton nació en Arcis-sur-Aube en 1759. Pertenecía á una familia de la clase media. Muy joven aún, era notable por su fuerza atlética y su valor. Un día que luchaba con un toro, fué arrojado á tierra, pisoteado y herido, conservando toda su vida una cicatriz en un labio. Este rasgo de audacia, esta lucha contra un toro, ha sido marcado por Henri Martin como un hecho simbólico; pero Danton fué no solamente herido por el toro popular, sino que fué muerto por él.

Terminados sus estudios, el joven de Arcis-sur-Aube compró y pagó en dinero contante, á pesar de lo que en contrario dicen sus detractores, una plaza de abogado en el Consejo de Estado, y era muy estimado y conocido, sino célebre, en el momento de la revolución de 1789. No parece que en un principio buscara con mucho afán las funciones electivas. Danton no formó parte de la Constituyente, prefiriendo sin duda concentrar toda su acción sobre los clubs, cuya importancia era entonces considerable. Realmente nadie estaba mejor preparado que él para desempeñar la misión de agitador popular. Su alta estatura, su voz estentórea, su cabeza de león iritado hacían de él un dominador de las muchedumbres.

En el club que presidió durante mucho tiempo, se profesaba á su persona un culto que llegaba al fanatismo. Señalaremos este rasgo de su carácter: Danton sabía hacerse amar. Royer-Collard nos ha dado la explicación de este hecho, cuando dice: «Danton tenía un alma magnánima.» Tal es el secreto del gran poder de este revolucionario. Ni el odio, ni los rencores, ni la envidia fundan nada ni consolidan nada. Para ser un servidor útil de la democracia, es preciso elevarse á la altura de los principios, y vivir en las sublimidades de la abnegación.

Sería indispensable recorrer toda la historia de la revolución francesa para relatar bien la vida de Danton.

Nadie ignora la parte importante que tomó en la jornada del 10 de Agosto. ¿Quién no sabe en Francia de memoria el fulminante discurso que pronunció el 2 de Setiembre de 1792 para llamar á los franceses á las armas? El país estaba invadido, circulaban por doquier rumores de traición y rumores de desesperación, y era preciso dar un alma valerosa á la nación aterrada.

En un minuto de inspiración incomparable hizo Danton resonar estas palabras: «El cañon que oís no es el cañon de alarma, es el paso de carga sobre los enemigos de la patria. ¿Qué es preciso para vencerlos y aterrarlos? ¡Audacia, audacia, siempre audacia, y la Francia se salva!»

Fué salvada, en efecto, y á Danton se le debe, por lo que bien merece el título de libertador del territorio.

## IV

La elocuencia de Danton es más célebre que conocida. Se cree generalmente que ha conquistado su reputación de poderoso orador por largos discursos y abundantes arengas, y nada hay más exacto. Las apariciones de Danton en la tribuna, eran frecuentes, pero rápidas. Exponía sus ideas en algunas frases cortas y decisivas, y los más largos discursos de este patriota no han durado más de media hora. «¡Tantas cosas en tan pocas palabras! ¡Hoy se podría decir, por el contrario, al escuchar á gran número de oradores: «¡Tantas palabras y tan pocas cosas!»»

En el cadalso fué Danton un verdadero héroe. Proudhon, que ciertamente no puede pasar por un entusiasta, ha escrito que la actitud de Danton ante la muerte, había sido lo más sublime del mundo. Bien conocida es su réplica al verdugo, que quería impedirle besar á Camilo Desmoulins, su compañero de suplicio: «Dentro de un instante no podrás impedir que nuestras dos cabezas se besen en el mismo cesto.» Antes había dado esta orgullosa respuesta al presidente del tribunal revolucionario, que le preguntaba su nombre: «¿Mi nombre?» ¡Lo hallará inscrito en el panteón de la historia!

La injusticia de sus contemporáneos ha condenado su cuerpo á las gemonías, excluyéndole del Pantheon; pero en cambio está Danton á punto de conquistar el Pantheon verdadero, el que reside en el reconocimiento popular. Lo ha merecido tanto como Washington y Lincoln. Como el primero, ha sido un fundador de la república y como el segundo ha libertado á su patria, no del azote de la esclavitud, sino del azote de la invasión extranjera.

Tales son los títulos de Danton á la inmortalidad.

ANATOLIO DE LA FORGE.

## HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

—Creo firmemente, continuó el sastre, que soy castigado con injusticia por este motivo; pero también estoy convencido de que por otros crímenes, merezco los más atroces tormentos y la muerte más cruel.

—Dios en su infinita sabiduría dispone siempre las cosas en beneficio de sus criaturas y de su salvación eterna.

—¿La ira! ¡El pecado mortal de la ira ha sido la causa de mi perdición! Cuando alguien me contradice, cuando el enojo me perturba, cuando la cólera me arrebata, cuando la soberbia me incita, yo no sé lo que me pasa, padre, porque una vanda de sangre se me pone delante de los ojos, pierdo el juicio y hago lo que luego después me pesa en el alma y lloro sin cesar día y noche. ¡Pobres hijas mías! Sin esta fatal pasión de la ira, ni vosotras hubierais muerto, ni yo hubiera cometido tantos crímenes, ni tampoco me habria condenado. ¿Por qué, Dios del cielo y de la tierra, por qué me habeis infundido esta ira funesta, que parece una fuerza, y es sin embargo mi debilidad?

—Contra los siete pecados, hay siete virtudes, y contra la ira, no hay mejor remedio que la paciencia.

—Sí, padre; eso se dice muy bien; pero aunque yo lo sé, luego, cuando llega el caso, me ciego, pierdo el sentido y no puedo contenerme.

—La penitencia puede borrar del alma todos los pecados hermano mio; respondió el supuesto cura con un tono de convicción tan profunda, como si las palabras que él dirigía al penitente, se las dirigiese á sí propio.

—Mucho me pesan y me duelen mis pecados, padre; pero por mucho arrepentimiento que yo tenga, ¿me perdonarán mis hijas? ¿Me perdonarán tantos como yo he perjudicado? ¿Me perdonará Dios, que es tan justo?

—No te perdonará el Dios justo; pero sí el misericordioso, que ha venido á salvar á los pecadores, para que se conviertan y vivan.

—Esas palabras, padre mio, me llenan de consuelo.

—No tenga duda, hermano mio, en que la salvación eterna se consigue con lágrimas de arrepentimiento. Si tiene el propósito firme de la enmienda, si llora de todas veras el haber ofendido á Dios con tan horribles crímenes, si persevera en su buen deseo de no volver á ofenderle, perjudicando al prójimo, bien puede estar seguro de que Dios y la Santísima Virgen se apiadarán de sus pecados, tendrán compasión de sus aflicciones y le guiarán por el camino de derecho de la vida, para que al fin alcance la felicidad y la gloria de los bienaventurados.

Y el confesor, en aquel momento, hablaba con verdad, con unción, con el más vivo entusiasmo, profundamente conmovido por el consolador pensamiento de la pequeñez repugnante del pecador y de la grandeza divina é inmensurable del Dios de las misericordias.

Electrizado el sastre por aquellas palabras, que le prometían vida eterna, con un místico arrebato y llorando de gozo, exclamó:

—¡Padre mio! Yo quisiera morir en el instante mismo de recibir la absolución de mis pecados, porque desconfío de mi flaqueza, porque temo que si Dios prolonga mi vida y no modifica y altera mis pasiones, mi cuerpo y mi alma, yo podré de nuevo manchar mi conciencia, y volver á ser pecador y criminal, cuando ahora, si me encuentra usted digno de darme su absolución, me considero puro y limpio como en la edad de la infancia, cuando somos tan inocentes como los ángeles del cielo. ¡Dios mio, dignaos hacer que yo muera en vuestra gracia!

Y el *Sastre Lechuga*, cruzadas las manos, postrado de hinojos, vertiendo lágrimas de verdadera contrición, repetía sin cesar y con indecible fervor la precedente plegaria.

El pobre criminal temía, que el contacto del mundo, de la naturaleza, de las pasiones, de las exigencias groseras de la vida, de las contradicciones de los hombres, de las injusticias de la sociedad, y sobre todo, de sus torcidos y aviesos instintos, le pusiesen de nuevo en la senda tenebrosa del pecado y del crimen. Aquel deseo de muerte tan sincero, tan leal, tan desinteresado en aquellos momentos, en aquel subterráneo y en aquel acto solemne, era la expresión más sublime del alma pecadora, arrepentida y purificada en el Santo Jordan de la penitencia.

Aquel entusiasmo por renunciar á la vida, aquel desprecio del mundo y aquella febril ansia de morir antes de pecar, infundían en el sastre un no sé qué de maravilloso, extraordinario, sublime y divino, que realizaba y ennoblecía sobremanera su figura moral, comunicando al supuesto confesor y á los ocultos bandidos el influjo sobrehumano de aquel estado singular, en que la conciencia del criminal penitente, transfigurada en el Tabor del arrepentimiento, se había elevado por ese impulso de lo divino, que habita siempre en el interior del alma del hombre, hasta la purísima, pulcra é inmaculada conciencia del justo y del santo.

En aquellos instantes solemnes, merced á este poderoso y soberano influjo, el fingido sacerdote, perturbada su conciencia, dilatados los horizontes de su espíritu y engrandecida su alma y su mente, se hallaba de todo punto arrepenido de su ligereza, de su travesura y de haberse prestado á la ejecución de aquella burlesca farsa que, contra todas sus previsiones, acababa de adquirir un carácter tan sério, trascendental y sublime, y á la vez tan gigantescas, místicas y espirituales proporciones.

Este mismo linaje de sentimientos se reflejó, como en un espejo y á pesar suyo, en la conciencia de todos y cada uno de los bandidos que presenciaban aquella imponente y conmovedora escena, supuesto que cada uno de ellos había sentido en sí propio la favorable repercusión de la culpa y del arrepentimiento en la conciencia conturbada del penitente.

En este sentido, bien puede asegurarse que cada uno de aquellos criminales sintió los mismos terrores, idénticas angustias, iguales tómentos, semejantes esperanzas y parecidos propósitos á los que había experimentado el arrepentido sastre; en una palabra, todos se habían confesado y reconocido su miseria y depravación, á la par que el conrito penitente.

Así, pues, hondamente conmovido el supuesto confesor, dijo:

—Repita, hermano, conmigo el acto de contrición.

El *Sordo Lechuga*, en voz alta y reverente, con fervorosa devoción y religioso enternecimiento, comenzó á repetir esta bella oración del pecador arrepentido, que se propone la enmienda, en que tan humildemente implora la gracia y misericordia divina, y que se llama *Acto de contrición*.

El *Maruso* y sus compañeros, por un impulso espontáneo é irresistible, comenzaron también á repetir en voz muy baja la hermosa plegaria, que en voz tonante recitaban el confesor y el penitente.

Aquel apartado antro en las entrañas de los montes, aquel subterráneo en que dominaban las más densas tinieblas, aquella madriguera de bandidos se había trocado en aquel instante, por el milagroso influjo del arrepentimiento y de la fé religiosa, en el templo más sagrado y respetable de la oración divina; pues que desde el fondo tenebroso de aquella oculta mansion, ascendía hasta el trono del Eterno el más preciado incienso, como lo es el perfume celestial de la oración, que brota de las almas pecadoras, pero arrepentidas ciegamente confiadas en la bondad del que creó el Espíritu y Naturaleza.

Terminado el acto de contrición, el confesor dirigiéndose al sastre, le amonestó discretamente para que persistiese en su buen propósito, reprendiendo su conducta, exhortándole á que reparase del mejor modo que pudiese los daños y perjuicios por él cometidos, y luego añadió:

—Hermano, todos sus pecados provienen de la ira y de la avaricia; pues bien, la penitencia que le impongo, es que se humille delante de todo el mundo, aunque sea un niño, y que además, satisfechos los gastos de su familia, todo el resto lo invierta en limosnas á los pobres. Jamás olvide estas palabras: contra ira, paciencia; y contra avaricia largueza.

—Pero, padre mio... ¿Y si no tengo tiempo, ni ocasión de cumplir lo que me manda?

—Entonces... Mientras le dure la vida, procure elevar todos los días su alma á Dios, por medio de la oración, cuanto más tiempo le sea posible, y Dios le perdonará sus culpas.

—Yo prometo hacerlo así.

—*Ego absolvo peccata tua in nomine Patris, Filii et Spiritus Sancti.* ¡Confianza en Dios y que él nos perdone á todos!

—*Amen*, repitieron como un eco todos los bandidos, á los cuales parecían encaminarse las últimas palabras del fingido sacerdote.

En seguida, el *Bisojo* se despidió muy afectuosamente del sastre, que le besó la mano con muestras del más religioso respeto.

Luego dió una voz, llamando para que le condujesen; pocos momentos después acudió el *Maruso* diciendo en alta:

—Déme usted la mano, padre, y aguarde á que le vende los ojos.

Fingida esta operación, el *Maruso* y el *Bisojo* salieron del subterráneo, siguiéndoles muy en breve los demás bandidos, que se deslizaron á lo largo del muro con gran silencio.

Cuando todos se reunieron arriba, tanto el *Maruso* como sus compañeros, estaban tan pálidos, desencajados y sombríos, que durante largo rato, ninguno se atrevió á proferir una palabra.

¡Tal y tan profundo había sido el efecto que en ellos produjo la formidable escena de la confesión de *Lechuga!*

## CAPITULO XL.

DEL SINGULAR CONTRASTE QUE OFRECEN LOS BANDIDOS.

La conciencia del hombre manifestada á la conciencia de otros, constituye siempre una profunda impresión, una provechosa enseñanza.

De aquí, sin duda, procede esa importancia que el hombre suele dar á la opinión de sus semejantes. Las afirmaciones de la conciencia individual, se consolidan más y más con el asentimiento de los demás hombres.

Algo parecido á esto se había verificado en el *Maruso* y sus compañeros, á consecuencia de la confesión del *Sastre Lechuga*.

La conciencia de aquel criminal, puesta de manifiesto ante los demás bandidos, había engendrado en ellos ideas y emociones de inexplicable terror y sincero arrepentimiento.

Las luchas y terrores del sastre, les habían recordado sus propias luchas y terrores.

Así, pues, lejos de pensar el *Maruso* en satisfacer su venganza en el sordo, estremecíase, por el contrario, á la sola idea de darle muerte.

En efecto; el robo, la calumnia y otras semejantes ofensas pueden tener fácil reparación; pero la muerte violenta que bruscamente corta el hilo de la vida, es de todo punto irreparable; y lo que no puede repararse, produce en la conciencia un remordimiento, eternamente roedor é inextinguible.

¡Lo irremediable! No es posible comprender á primera vista el fondo de amargura y desesperación sin límites, que esta palabra fatal encierra en su seno para una conciencia culpable. Lo que no tiene remedio ni reparación asoquible al poder y á la voluntad del hombre, es la desesperación sin consuelo, el remordimiento sin esperanza, el infierno en el corazón y en el entendimiento, en el espíritu que siente y en el espíritu que piensa.

En este sentido, el *Maruso* retrocedía con cierta especie de horror ante el propósito de dar muerte á *Lechuga*, como al principio había resuelto, porque recordaba con pavor indecible la confesión del mismo sastre, que no podía apartar de sus ojos, ni de día ni de noche, las sombras fatídicas de sus inocentes y desventuradas hijas.

Esta nueva determinación de su voluntad, gera un sentimiento de justicia, porque se había convencido de que *Lechuga*, en efecto, no sabía más de lo que había manifestado acerca del secuestro de su hijo? ¿Era un saludable escar-

miento de la confesion que habia presenciado? Sin duda ambos móviles le impulsaban para proceder así; pero además se añadia un sentimiento de interés personal, en que no dejaba de tener gran parte su amor paterno.

Efectivamente; por más que el *Maruso* se hallase muy convencido de que el *Sastre Lechuga* ignoraba el sitio en que *Miguelito* pudiera tener al niño Carrascoso, todavía, sin embargo, creía que el sordo pudiera prestarle algun servicio, mediando con el secuestrador de su hijo, del cual *Lechuga* era antiguo amigo.

Ahora bien; hallándose el *Maruso* bajo la impresion de este orden de ideas y sentimientos, rehusaba tenazmente el llevar á cima su primitivo propósito de dar muerte al *sastre*, despues de la confesion que éste habia hecho, la cual, por más que la hubiese verificado con un supuesto sacerdote, no por eso habia dejado de producir en él y en sus compañeros un efecto tan eficazmente moral, como si la ceremonia de aquel Sacramento se hubiera llenado de la manera más solemne con un verdadero cura de almas.

Excusado parece decir que los demás bandidos que habian presenciado la confesion, se hallaban tambien en una disposicion de ánimo seria, triste, benévola, compungida y semeiante á la en que se hallaba su jefe.

Durante largo rato, como ya he insinuado, los bandidos permanecieron adustos y silenciosos, pensando, cada cual á su manera, en las consecuencias del crimen, y en los espantosos sacudimientos, que su perpetracion produce en los abismos de la conciencia humana.

Tambien por su parte el *Bisojo*, de ordinario tan decidido y alegre, permanencia místico y meditabundo, á consecuencia de la solemne y sacrilega escena, en que habia desempeñado un papel tan repulsivo como importante.

La impresion aterradora de las inquietudes, angustias y tormentos del arrepentido *Lechuga*, habia sido en el *Bisojo* mucho más viva y profunda que en sus demás compañeros.

Así, pues, el vigía que estaba junto á la entrada del subterráneo, muy ajeno de lo que habia ocurrido, con aire risueño y burlesco, dijo:

—Parece que os han dado cañazo. ¿Qué pasa?

—Nada; respondió el *Maruso*.

—Como os veo así tan callados y alicados...

—Es que pasan en el mundo cosas muy serias.

—¿Y qué ha pasado?

—Ya lo sabrás.

El vigía, observando la displicencia de su jefe, guardó silencio; pero acosado por la curiosidad, dirigióse al *Bisojo*, preguntándole:

—Vamos á ver, padre cura; ¿qué ha dicho ese tunante?

—No me hables á mí de eso.

El vigía pareció tan sorprendido como contrariado por aquel laconismo y desvío que no acertaba á explicarse.

El *Maruso* en seguida, porque ya habia trascurrido el tiempo necesario, mandó que se relevasen los vigías. Cuando los relevados vinieron á incorporarse con sus camaradas, hallábanse muy ajenos de lo que habia ocurrido en el subterráneo, y por consiguiente, comenzaron á departir del asunto con tono zumbon y maligno, y como gente maleante, traviesa y burlesca.

Muy pronto, sin embargo, advirtieron el aire adusto, triste y meditabundo de sus compañeros, y entonces, con insistencia y curiosidad, les preguntaron lo que habia acaecido, á cuya pregunta cada uno de los bandidos que habian presenciado la escena, respondió á su modo, refiriendo, y aun exagerando de la manera más expresiva, los accidentes de la confesion y las extraordinarias y terroríficas emociones que aquel acto habia producido en ellos.

Los que habian estado de centinela no pudieron participar nunca de la impresion de sus compañeros, porque sabido es que las cosas vistas conmueven de muy diverso modo que las referidas, por lo cual hablaban del suceso con una ligereza y jovialidad que contrastaba muy singularmente con la seriedad y preocupacion de los demás bandidos.

Participaban unos de la opinion del *Maruso*, en cuanto á que *Lechuga* nada sabia del sitio en que tenian al niño *Antonio*; mientras que los otros, es decir, los que no habian presenciado la confesion, se obstinaban, por el contrario, en sostener que el *sastre* era un hipócrita, espía, marrullero y traidor, que sólo decia lo que le acomodaba, y que indudablemente habia sido causa de la prision del *Moreno* y de la persecucion de que ellos mismos habian sido víctimas y objeto, cuando la partida de *Seguridad* les acometió en las inmediaciones de *Benamejí*, pocos momentos despues de haberse apoderado del sordo.

Durante el coloquio que mantenian los bandidos, defendiendo cada cual su respectivo parecer, el *Maruso* permaneció silencioso y como abstraído en sus profundos pensamientos.

En efecto, el *Maruso* reflexionaba con inmenso dolor, que se le habia cerrado aquella puerta; que todas sus esperanzas resultaban fallidas, que habia perdido un tiempo precioso; que acaso en aquel instante su pobre hijo ya no existia; que era necesario apurar otros medios; y finalmente, que la resolucion más eficaz y acertada, sería buscar á *Chepilla* y á *Miguelito*, como el único medio de averiguar lo que hubiese de cierto, con relacion á la suerte de su amado hijo.

Tambien le preocupaba la idea de pasarse por el *Arahal*, á fin de avistarse con su mujer ó inquirir de ella, si sabia algo del paradero de su hijo, despues de haber saltado á *Enrique Rubio*, en lo cual habia complacido á su esposa, y de cuyo hecho esperaba el algun buen resultado, si en efecto la prision de su querido hijo tenia, de cerca ó de lejos, alguna relacion con el secuestro del hijo de *D. Manuel Rubio*.

En medio de este confuso y abrumador torbellino de ideas, sentimientos y propósitos, el *Maruso* recordaba tambien, no sin esa amargura punzante y enojosa, que la indecisa y atormentadora duda vierte en todos los pensamientos humanos, las pérdidas, malévolas, suspicaces y ofensivas insinuaciones que le habia hecho el *sastre*, respecto al carácter y conducta del *Chato*, negando la verdad de la prision

del *Moreno*, y dando á entender que aquél era un espía del gobernador de *Córdoba*.

El *Maruso*, lleno de aficcion y perdido en un mar de confusiones, oscilaba entre las halagüeñas esperanzas de sus propios deseos y las mortificantes indicaciones de *Lechuga*, indicaciones que en su ánimo adquirian cierta especie de confirmacion, no sólo porque el *Chato* no le habia escrito, sino tambien por el mal recaudo que el chaval que envió á *Córdoba*, le habia traído.

Preocupado, pues, el *Maruso* con tales, tantos y tan inquietos pensamientos, vacilaba entre diversos proyectos, no acertando por dónde habia de dar comienzo á sus nuevas investigaciones, hasta que, por último, ansioso de salir de aquella inaccion y de ganar tiempo, exclamó:

—¡A caballo, muchachos, subid á ese hombre, y conducidlo como lo trajimos!

Los que habian asistido á la confesion, absortos en sus varios pensamientos que resonaban en su conciencia, como otras tantas voces misteriosas que les advertia los peligros y malos resultados de su mala vida, permanecieron casi sordos á la voz de su jefe, mientras que los que habian estado de vigías, con su acostumbrada solitud, fueron á buscar inmediatamente los caballos, y despues de avisar á los que estaban á la sazón de atalaya, se apresuraron tambien á bajar por el *Sastre Lechuga*, á quien los otros ni siquiera querian ver, por no avivar en su mente los espantosos recuerdos que aún les perseguian.

Pocos momentos despues, toda la cuadrilla estaba á caballo y en tren de marcha, esperando sólo que su jefe la guiase.

En cuanto á *Lechuga*, le subieron en un caballo, atándole los piés fuertemente por debajo de la barriga del animal, que encolleraron con otro jaco, en donde cabalgaba un bandido; mientras que otros dos se colocaron á los flancos, departiendo entre sí acerca de la conveniencia de acabar con aquel mal bicho.

Es de advertir, que aquellos tres bandidos eran los que no habian asistido al acto de la confesion, y que por lo tanto, se habian burlado de la seriedad y aire compungido de sus compañeros.

Por lo demás, ellos se habian imaginado que el *Maruso*, con arreglo á sus manifestaciones anteriores, daría muerte al *sastre*, despues de haberlo confesado.

No obstante, al ver que así no lo hizo, atribuyeron esta determinacion al deseo de matar á *Lechuga* en otro punto distante del que les habia servido de guarida y refugio, durante aquellos dias.

De cualquier manera, es lo cierto, que los bandidos todos ignoraban la verdadera resolucion del *Maruso*, pues que éste, como el lector ha visto, permaneció abstraído en sus meditaciones, sin manifestar á nadie su voluntad ni su intento.

Puesto el *Maruso* á la cabeza de su cuadrilla, metió espuelas al caballo y todos le siguieron por entre aquellos matorrales, que á la sazón envolvian las tinieblas de la noche; pero no bien hubieron caminado un cuarto de legua, cuando entre unos árboles oyeron la voz de «¡alto!»

Los bandidos requirieron sus armas, espolearon sus caballos y salieron á escape; mas bien pronto hubieron de conocer por la diferente direccion de los disparos que recibian, que se hallaban cercados por todas partes.

Entonces fué grande la confusion y aturdimiento de los bandidos, á consecuencia de tan inesperado ataque, y si bien dispararon sus armas, manifestando conatos de ofender y defenderse, es lo cierto, que á la postre, confiaron más en la fuga que en la resistencia, sobre todo, cuando advirtieron que los acometian gentes de á caballo.

En tal caso, la dispersion fué completa, buscando cada cual el mejor medio de salvarse á favor de la oscuridad de la noche y de la aspereza del terreno.

## CAPITULO XLI.

### POR TRAIOR Y ESPÍA.

Cuando despues de una veloz carrera en las tinieblas de la noche, salvando montes y precipicios, valles y bosques, el *Maruso* recobró la plena conciencia de sí mismo, encontróse completamente solo, sin ver ni oír en torno suyo á ninguno de sus compañeros.

Entonces, convencido de que ya ningún peligro le amenazaba, detúvose al subir una cuesta, no sólo para que su caballo tomase algun aliento, sino tambien para aplicar el oído con la esperanza de que alguno de sus camaradas pareciese.

Al ruido del galopar de los caballos, de los tiros, de las voces confusas de los bandidos y de los gritos furiosos de sus agresores, habia sucedido hondo silencio, que sólo interrumpia de vez en cuando el rumor del viento entre los árboles.

El *Maruso* comprendió que la dispersion de los suyos habia sido completa, y entonces vaciló entre dirigirse á los puntos donde pudiera encontrarlos ó seguir el impulso de los pensamientos y deseos que le dominaban al abandonar las ruinas del mencionado castillo.

Ya el lector sabe que á la sazón, únicamente le preocupaba el propósito de buscar á *Chepilla*, averiguar el paradero de *Miguelito* y pasarse por el *Arahal* para ver á su esposa.

Este pensamiento fijo readquirió toda su fuerza en el ánimo del *Maruso*, al verse tranquilo y solo en el campo; de suerte que persistió en llevarlo á cima, por más que le pesase la brusca é inevitable separacion de sus compañeros, y sobre todo de *Lechuga*, á quien habia pensado utilizar para con *Miguelito*.

No dejaba tampoco de ocurrírsele que acaso hubiese muerto en la refriega alguno de sus camaradas; pero al fin y al cabo, se tranquilizó pensando que su gente era dura y experta, que habria logrado salvarse, y que de todos modos guardarian á buen recaudo al *Sastre Lechuga*, hasta que él volviese á reunirse con ellos.

Así, pues, metió espuelas á su caballo y encaminóse hácia el *Arahal*, por los sitios que juzgó más seguros.

A la noche siguiente, no lejos del pueblo, encontró á *Chepilla*, que precisamente iba á buscarle; y éste le manifestó que *Miguelito* estaba preso, y que habia averiguado con toda seguridad que él no habia tenido participacion en el secuestro del niño *Antonio*.

Grande sorpresa causó esta noticia en el *Maruso*, que tan aferrado estaba á la idea contraria, pero al fin hubo de ceder á las poderosas razones alegadas por *Chepilla*, el cual además le indicó, que lejos de haberle secuestrado á su hijo *Miguelito* y sus amigos, todos por el contrario, estaban muy pesados de aquella desgracia, añadiendo que la persecucion ahora era tan récia y tenaz, que los pobres que ya no estaban presos, tenían que andar á salto de mata.

—¿Y no has visto á mi mujer? preguntó el *Maruso*.

—Claro está; como que iba á buscarte, he ido antes á verla.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que andes con muchísimo cuidado, porque la cosa se va poniendo muy mala.

—¿Y sabe ella que *Miguelito* no ha tenido parte en este negocio?

—Sí lo sabe; pero la cuestion de tu hijo es un enredo que Dios no lo averigua, y que trae locos y mareados á todos los amigos.

—Pues ahora me afirmo yo más en que *D. Manuel Rubio* es el causante de todo.

—Eso no hay nadie en el pueblo que lo crea, ni aun tu misma mujer.

—Ahora mismo voy á verla.

—¡Por Dios, Pepe, no seas loco, no vayas!

—Pero ya estando aquí...

—No entres en el pueblo; mira que de fijo te prenden, y entonces encomiéndate á Dios. Además, si te echan la zarpa, ¿quién buscará á tu hijo?

—¡Tienes razon, *Chepilla*! exclamó el *Maruso*, que desde luego se dió por vencido ante aquella consideracion suprema.

Luego añadió:

—Pues bien, haré lo que tú me dices; pero es necesario que me hagas un favor.

—Lo que tú quieras, y yo pueda.

—Es menester que vuelvas al pueblo y le digas á mi mujer que estoy bueno, que sé todo lo que pasa, y que no pararé hasta averiguar noticias de nuestro pobre hijo.

—Voy enseguida.

—Espera un poco; dile además que se pase mañana por la huerta que ya sabe.

—Está muy bien. ¿Y dónde nos veremos?

—Ya estás andando, yo te buscaré.

Y *Chepilla* fué á hacer su encargo, mientras que el *Maruso* resolvió recorrer los caseríos del contorno, entre los cuales tenia tantos amigos, tomar lenguas y descifrar por todos los medios posibles el enigma de la prision de su hijo.

En efecto, además de su amor paternal, le interesaba sobremana aquel misterio, que parecia oscurecerse y aumentarse con el tiempo y con sus mismas averiguaciones.

El *Maruso* pensaba que ya *Lechuga* no le era tan necesario, supuesto que *Miguelito* no era el autor del secuestro de su hijo; ¿pero de dónde habia sacado éste la idea de que *Miguelito* fuese el que le tenia secuestrado? Esta consideracion le afligia y le torturaba, porque lejos de disparar sus dudas y confusiones, por el contrario, las oscurecia y aumentaba.

En esta triste disposicion de ánimo, encaminóse á un cortijo, donde pensaba pasar el resto de la noche, para proseguir al dia siguiente sus pesquisas.

Volviendo ahora á la cuadrilla de los bandidos, debo decir, que llenos de temor y sorpresa por el súbito ataque de la partida de *Seguridad Pública*, que yo habia creado en *Córdoba*, no se defendieron como en otras ocasiones.

Se ha dicho con razon, que en igualdad de circunstancias físicas, el predominio de la fuerza moral obtendrá siempre el triunfo en cualquier género de lucha; verdad incontestable, que en el caso presente pudo tener su aplicacion oportuna. La determinacion enérgica de la voluntad es la condicion primera para realizar todos los propósitos humanos.

Ahora bien; al emprender su marcha, los bandidos, á excepcion de los tres vigías, se hallaban hartamente preocupados por los terrores é inquietudes que les habia producido el espectáculo del criminal *Lechuga*, cuyos espantosos remordimientos habian resonado como un eco y una amenaza en la conciencia culpable de los que presenciaban aquella imponente y sacrilega escena.

Resultó de aquí, que en el momento de ser atacados, la mayoría de los bandidos se hallaba ménos dispuesta que nunca para resistir á sus enemigos con fuerza y eficacia.

En efecto, el estado de su ánimo en aquel trance les llevaba á pensar seriamente en su vida pasada, en sus horribles crímenes, en el tristísimo fin que les aguardaba y que ya habian tenido muchos de sus compañeros.

Así es que cada uno, á su manera, segun su edad, inteligencia y temperamento, iba pensando á la sazón el mejor medio de retirarse á buen vivir, cuando todavia era tiempo de que así lo verificase.

Y aun cuando sea por demás difícil penetrar en el interior de la conciencia de aquellos malhechores y sorprender las formas que en su mente y en su corazón afectarán sus ideas y sentimientos, despues de la escena aterradora de la confesion, es lo cierto, que en aquel instante se hallaban con más disposiciones para meditar que para combatir, y con más deseo de tregua y sosiego en su vida criminal y agitada, que de prolongar sus aventuras y fechorías, que ya comenzaban á presentarse ante los ojos de su conciencia en toda la deformidad repugnante del vicio y del crimen.

En tal situacion, los bandidos se dispersaron fácilmente, huyendo cada cual por su lado, y quizás hasta gozosos de perder de vista al *Sastre Lechuga*, que se les aparecía como un objeto de terror y como la personificación viviente y espantosa de sus propios remordimientos.

No sucedió así con los tres vigías, que ya he dicho habian permanecido risueños y burlescos para con sus compañeros, por no haber presenciado la pavorosa escena del sub-

terráneo, que tan honda impresion hubo de producir en los otros.

Así, pues, éstos conservaron su alma y temple de verdaderos bandidos en aquella ocasión, y por lo tanto, en la hora del peligro, mantuvieron su acostumbrada serenidad, defendiendo y custodiando al preso Lechuga, y sacándole á salvo por entre malezas, barrancos y despeñaderos.

Mas esta misma circunstancia fué causa de que los individuos de la partida de Seguridad pública los persiguiesen con mayor tenacidad y encarnizamiento, pues que, formando un grupo de cuatro hombres, atrajo más su atención y sus disparos, y fué, además, la causa de que, por más largo tiempo, los siguiesen.

En la confusión del ataque y de la fuga, los conductores del sastre se vieron obligados á tomar una dirección contraria á la que llevaban, y sólo consiguieron salvarse merced á la superioridad de sus caballos y á haberse internado en la inmediata provincia de Jaén, despues de haber galopado de un tiron muchas leguas.

A la caída de la tarde del día siguiente, en medio de un espeso olivar, se hallaban los tres bandidos hablando con gran animación, y teniendo amarrado y á poca distancia al *Sastre Lechuga*, que á la sazón llevaba cubiertos los ojos con unas gafas de ferro-carril, forradas por dentro con paño negro.

—Y qué hacemos con este pícaro? decía uno. Los caballos están poco ménos que reventados, y nosotros bien molidos, y si sobreviene un percañe, bastante haremos con escapar, dejando atrás este posma.

—Sí, replicó el segundo; pero si lo dejamos atrás vivo, nos puede comprometer mucho.

—Pues entonces, añadió el tercero, lo mejor es dejarlo, pero muerto.

—Lo más derecho sería volverlo á llevar á nuestro terreno, y ver lo que Pepe mandaba.

—Tienes razon; pero, ¿quién vuelve á pasar por esa tierra, donde le salen á uno de los piés tricrinos, escopeteros y demonios del infierno?

—Eso es verdad, y yo no sé cómo hemos llegado aquí.

—Yo creo que en acabar con él, le damos gusto á Pepe, porque su intencion era esa, despues de haberse confesado.

—Pues entonces hubiera sido mejor matarlo por el camino, como yo decía.

—Sí; pero entonces urgía más correr, y además, no sabíamos si Pepe vendría á juntarse con nosotros.

—Se conoce que en la tremolina aquella, cada uno tiró por donde pudo.

—La cosa estuvo apretada, y lo peor fué el reponton.

—Y bien; ¿qué hacemos?

—Ya está confesado, y no le falta más que morir.

—Además, él mismo ha pedido ya una porcion de veces que lo matemos. ¿Qué inconveniente hay en darle gusto?

—Por lo demás, bien lo merece. Matar á un tuno así, es hacer una justicia.

—Pues por mi parte, que lo ahorquen de un olivo.

—Se me ocurre una idea. Vamos á poner un rótulo en el tronco de ese olivo, diciendo la causa de su muerte.

—¿Traes tintero?

—Y papel, como siempre.

Esta ocurrencia mereció la aprobacion de los otros dos bandidos.

En seguida, el que habia hecho aquella terrible proposicion escribió en un papel estas siniestras palabras: **HA MUERTO POR TRAIIDOR Y POR ESPÍA.**

Terminada esta tarea, el bandido clavó con un puñal el fatídico rótulo en el tronco del olivo, á cuyo pié dormia profundamente el *Sastre Lechuga*.

—Ahora no falta más, dijo el tal bandido, que cumplir al pié de la letra lo que en el rótulo se dice.

—¿Lo mataremos durmiendo?

—Es claro; así despertará en la eternidad.

—Tienes razon! repuso el que habia tenido aquella cruel ocurrencia, el cual, apoyando el cañon de su retaco en la cabeza del sastre, disparó el tiro, dejándole muerto en el acto, durante el momento sagrado del sueño.

El malaventurado Lechuga confundió en un mismo acto el dormir y el pasar á otra vida.

Durante algunos momentos, los bandidos permanecieron pálidos, ceñudos y silenciosos.

Pocos minutos despues montaron á caballo y desaparecieron del olivar, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban á oscurecer el horizonte.

CAPITULO XLII.

EPÍLOGO.

Ya en este tiempo, el *Maruso* habia tenido ocasion de ver á su esposa en la huerta cercana al pueblo del Arahál y de la que ya he hablado.

En vano se obstinaba el *Maruso* en pensar y creer que don Manuel Rubio habia sido el autor del secuestro de su hijo, para que éste le serviese de rehenes ó garantía.

Pero el hecho de haber soltado á Enrique Rubio y de permanecer todavía el niño Antonio secuestrado, extraviaba todas sus conjeturas, obligándole á dar la razon á su mujer, que, como siempre, se obstinaba en creer que don Manuel Rubio ninguna participacion habia tenido en aquel suceso.

De aquí resultaba una consecuencia terrible y mortificadora para el *Maruso*, como lo era la circunstancia de que ni Rubio ni *Miguelito* habian sido los secuestradores de su amado hijo.

¿Quién habia sido, pues, el autor de aquel secuestro misterioso, que tan vivamente habia herido la fibra del corazon paternal del *Maruso*? Esta era la idea fija, el pensamiento constante, y por decirlo así, la monomanía del afogado padre, que, una vez eliminadas estas dos suposiciones, no acertaba á comprender quién pudiese haber tenido interés en robarle á su hijo.

Bajo este aspecto, las confusiones del *Maruso* estaban plenamente justificadas, supuesto que pensando en razon, no encontraba á quién atribuir aquel acto, que si no era por el interés de que soltase á Rubio, no encontraba expli-

cion plausible en su pensamiento, pues que no podia imaginar que otros secuestradores se hubiesen apoderado del niño Antonio, con la mira de exigirle y sacarle dinero, cuando era notorio que él no lo tenia, y cuando, á mayor abundamiento, nadie tampoco se lo habia pedido.

Así, pues, el *Maruso*, lleno de dudas, no acertaba á comprender quiénes eran los secuestradores de su hijo, ni mucho ménos á sospechar que pudiese haber en el seno de la sociedad personas que desinteresadamente acometiesen semejantes empresas, sin otro móvil que el de contrariar á los criminales, reivindicando así la sancion moral que sobre todos los actos humanos debe recaer, ya como premio, ya como castigo.

En la imposibilidad de que al *Maruso* se le ocurriese este órden de ideas y de acontecimientos en la múltiple vida social, el desventurado padre perdía el tino y el juicio, resumiendo la dolorosa limitacion de sus facultades intelectuales y afectivas en esta desconsoladora frase:

—¿Yo no lo entiendo!

Despues de haber anunciado á su esposa que él pensaba revolver á Roma con Santiago, como suele decirse, para averiguar el paradero de su hijo, separáronse ambos, prometiéndose recíprocamente verse siempre que fuese necesario y hubiese favorable coyuntura para ello.

Sucedió, pues, que á los pocos días de esta entrevista, llegaron á encontrarle varios de sus compañeros y entre ellos los que habian dado muerte al *Sastre Lechuga*.

El *Maruso* pareció muy contrariado por aquella noticia, y no dejó de lamentar en su corazon el error doloroso de sus amigos que, creyendo complacerle con aquel sanguinario acto, habian contrariado su propósito, que, á la sazón, era el de soltar á Lechuga y dejarlo tranquilo y libre en Bena-mejé, supuesto que no podia servirle de intermediario para con *Miguelito*, convencido, como lo estaba, de que éste ninguna parte habia tenido en el secuestro de su hijo.

En efecto, la disposicion de ánimo del *Maruso* era la de retirarse de su mala vida, considerándose muy dichoso, si encontraba á su hijo y mantener sus obligaciones por medio de su trabajo personal; aun cuando fuese de jornalero en un cortijo.

En tal situacion de espíritu, la noticia que le dieron sus compañeros le fué por extremo penosa, lamentando por sí ese hecho funestamente horroroso de que todos sus malos pensamientos fuesen cumplidos y secundados por sus camaradas, mientras que cuando abrigaba propósitos generosos y buenos, una ciega fatalidad parecia complacerse en contrariarlos y en hacer que el mal predominase.

¿Hasta qué punto era el culpable de la muerte cruel y alevosa que habia recibido Lechuga? Sus amigos se obstinaban en demostrarle que ellos habian realizado sus aspiraciones y deseos, por más que él se hallase íntimamente convencido del error en que aquellos estaban.

—¿Qué mala estrella es la mía! dijo para sí dolorosamente el *Maruso*. Todo lo malo que pienso y digo, enseguida lo ejecutan; pero cuando tengo un pensamiento bueno, los demonios del infierno hacen que no se cumpla. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

Por lo demás, el *Maruso*, teniendo en cuenta los pensamientos interiores que le agitaban, así como tambien la tenaz persecucion que las autoridades y la Guardia civil desplegaran contra los malhechores, aconsejó eficazmente lo mismo á los matadores del sastre que á sus demás compañeros, que se retirasen de su mala vida y que á todo trance procurasen evitar los peligros que á todas horas y por todas partes, á la sazón, les amenazaban.

Los bandidos se apartaron del *Maruso*, mientras que éste prosiguió solo investigando por todos los medios imaginables el paradero de su hijo.

Así pasó muchos días, hasta que una noche recibió aviso de su mujer para que concurriese á la huerta de su amigo.

Ya muy tarde, y con las precauciones de costumbre, acercóse á la mencionada huerta, y entró en la casa muy ageno de la incomparable sorpresa que le aguardaba.

El *Maruso* vió en aquella estancia una mujer y un niño. ¡La mujer era su esposa, y el niño era su hijo!

La alegría, el júbilo y la felicidad del bandido llegaron á su colmo.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó el *Maruso*, abrazando al niño y besándole con expansion y ternura indecibles.

—¡Padre mio! ¡Cuántas ganas tenia de verte!

—Nunca tendrías tantos deseos como yo.

Y el *Maruso*, por un movimiento irresistible, abrazó tambien á su esposa, exclamando:

—¡Bendito sea Dios, que nos ha dado este consuelo!

—¡Bendita sea la Virgen Santísima, que te hace hablar así! exclamó la esposa. ¿Vés cómo al fin y al cabo Dios ha tenido misericordia de nosotros?

—Sí Carmen mia; Dios es bueno hasta para con los malos.

Y dirigiéndose á su hijo, añadió:

—¿Y cuándo te han dejado libre?

—Ayer, papá mio; respondió el niño, haciéndole á su padre mil caricias.

—¿Te han tratado mal?

—No; me han dado muy bien de comer, y he tenido muy buena cama.

—¿Por qué me escribiste que *Miguelito* era el que te habia preso?

—Porque como ya sabia que habiais reñido, creí que él era quien me tenia para vengarse.

—Pero yo sé que *Miguelito* no ha sido.

—Pues entonces, yo no sé.

—¿No has podido averiguar nada?

—Allí habia uno que me decía que era amigo tuyo, que se ha portado muy bien, y me daba regalitos.

—Pero el caso es que no sabemos quiénes son los que te han tenido.

—Si no ha sido *Miguelito*, yo no lo sé; pero te digo que no me han tratado mal.

—¡Dios se lo pague! Pero ¿no he de saber yo quién ha sido?

—No te molestes, Pepe, en averiguar lo que ahora parece imposible; dijo la esposa.

—Mi deseo es muy natural, Carmen.

—Tienes razon; pero algun día lo sabremos. Ahora gocemos del bien que Dios nos envía.

—¡Cuántas penas hemos pasado! ¡Hoy sí que vamos á cenar contentos!

Y Carmen Martin se levantó, y sacando una cesta, puso la mesa y sirvió á su esposo, á su hijo y al hortelano una buena cena que habia llevado del pueblo.

Todos comieron con la mayor alegría, entregándose á la satisfaccion inmensa de verse todos juntos.

El *Maruso*, lleno de gozo por aquel inesperado y feliz encuentro, habló de su propósito inquebrantable de retirarse á buen vivir, mereciendo la más sincera aprobacion de su esposa, del hortelano y del niño, el cual dijo:

—Me gustará mucho, papita, que seas hombre de bien, porque así los niños en la escuela no me dirán... las cosas que ahora me dicen.

El *Maruso*, al oír estas palabras de su inocente hijo, volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que se desprendieron de sus ojos, y no tuvo el valor de preguntar al niño lo que sus compañeros le decían en la escuela.

Sin duda, se estremeció á la idea de oír por boca de su hijo las ingenuas y terribles reconvencciones de la inocencia. ¡Tal es el corazon humano! Por malvado y criminal que sea un padre, jamás consiente gustoso en aparecer como tal á los ojos de su hijo, sobre todo, cuando éste aun se encuentra en la edad de la infancia.

Despues de la cena, todos se recogieron tranquilos y dichosos; pero el *Maruso*, ántes de amanecer, ausentóse de la huerta; pues demasiado bien se le alcanzaba que sus buenos propósitos no habian de valerle ni salvarle, si caía en manos de la Guardia civil ó de las autoridades.

Mas no por esto dejaba de ser la idea predominante de su ánimo la de solicitar y obtener su indulto, por más que á la sazón vacilase en cuanto á la eleccion de persona ó padrino que hubiera de servirle para satisfacer su vehemente deseo.

Por lo demás, el *Maruso* alejóse aquella mañana de la huerta con una conciencia pura, tranquila y llena del más grande fervor religioso, proponiéndose de todas veras el no hacerle daño á nadie de allí en adelante, y vivir honradamente como en justa correspondencia y débito al infinito beneficio que la Providencia le habia dispensado, al devolverle su querido hijo.

Todavía el *Maruso* disfrutó la satisfaccion y ventura de ver algunas veces á su esposa y á su hijo en la citada huerta y en algunas otras partes; pero al fin y al cabo, el rigor de la fatalidad ó de la suerte vino á impedirle para siempre aquellas entrevistas tan gratas para su corazon, como en extremo peligrosas, atendida la eficacia con que á la sazón eran perseguidos los malhechores.

El *Maruso*, así como Lechuga, se vió acosado por las contrariedades de la fortuna, precisamente cuando, en la intimidad de su conciencia, se habia propuesto hacer buena vida.

Pero ni uno ni otro comprendían que la muerte es consecuencia necesaria de la vida, y que entre una y otra existe una ecuacion perfecta, una consonancia providencial, una respectividad ineludible y una proporcionalidad misteriosa, que no se puede medir ni determinar por los juicios vulgares y limitados de la mísera inteligencia humana.

Así, pues, los antecedentes de la vida del *Maruso* produjeron su obligada consecuencia, que fué una muerte infeliz y desastrosa.

En efecto, hallándose el día 15 de Noviembre en el rancho de la Rábita, situado en el término de Pruna y propiedad de don Juan Ramos Calderon, fué muerto cuando ménos lo esperaba y conducido su cadáver por la Guardia civil al Arahál, en donde fué expuesto al público espectáculo y escarmiento.

Con la muerte del *Maruso* desapareció tambien su cuadrilla, cuyos individuos fueron cayendo sucesivamente en manos de la autoridad, pagando sus delitos, de suerte que toda la comarca quedó tranquila y libre de aquel azote.

Relatado ya el desenlace de los tres secuestradores referentes al jóven Enrique Rubio, al niño Carrascoso y al *Sastre Lechuga*, debo llamar la atención sobre el hecho singularísimo y extraordinario del misterioso cautiverio del hijo del *Maruso*.

¿Quiénes fueron los autores de aquel secuestro? Nadie lo sabe todavía; pero convengamos en que existen en las entrañas de la sociedad fuerzas y aptitudes insospechables y no bien conocidas ni estudiadas, que, en determinados casos, se mueven y obran con la más completa espontaneidad y por móviles exclusivamente morales y desinteresados.

Este hecho y otros análogos ó similares deben ser objeto muy preferente del estudio y meditacion del estadista, del legislador y del gobernante.

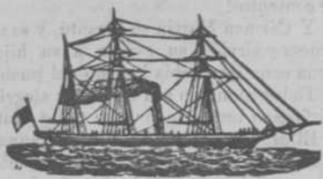
JULIAN ZUGASTI.

Háblase á última hora de una proposicion de ley sobre reforma constitucional que va á presentar el Sr. Nieto, versada en el criterio que ha sostenido el señor marqués de Sardoal en el último debate. La opinion se ha pronunciado desde el primer instante contra ella, pues apenas terminada la laboriosa discusion que ha durado diez y nueve días, parece llegada la hora de ocuparse en resolver las múltiples cuestiones de verdadero interés para el país, y que aun esperan turno para ser tratadas por los padres de la patria. Sin embargo, el diputado dinástico insiste en su propósito, por más que se cree no alcanzará gran fortuna, pues lo mismo los conservadores que los ministeriales, los izquierdistas y los republicanos la rechazan cada cual bajo su punto de vista.

ADVERTENCIA.

En el próximo número repartiremos á nuestros suscritores la portada y el índice correspondientes al año que ha trascurrido.

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

**SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.**  
Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para  
MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.<sup>a</sup> clase acaban de fijarse en 35 duros.  
Idem de 3.<sup>a</sup> preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. de Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE JULIAN MORENO  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA  
SASTRES,  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

**MARRUECOS**  
Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por  
**JOSÉ MUÑOZ CARRO**  
Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3<sup>50</sup> pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMON DE CAMPOAMOR  
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)  
**DOLORAS Y CANTARES**  
DÉCIMO-SEXTA EDICION  
Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5<sup>50</sup> en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

**EL BANDOLERISMO**  
ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS  
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR  
**DON JULIAN DE ZUGASTI**  
EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CORDOBA.  
A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro núm. 1, piso 3.<sup>o</sup> derecha.  
Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.  
Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.  
Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.  
Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.  
En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES DE **TOLEDO**  
POR  
**EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.**  
Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.  
Los Sres. Montoya y Compañía,—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA  
Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.  
Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

### SE HA PUBLICADO Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA  
Folleto de Ginebra, impreso en Lóndres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PLENIA  
LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.  
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.  
Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

### BANCO HISPANO-COLONIAL.

El Consejo de Administracion, segun lo prevenido en el art. 25 de los estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar junta general ordinaria el dia 22 del actual, á las once de la mañana, en Barcelona en el domicilio social, Rambla de Estudios, núm. 1, principal, con objeto de aprobar el balance y cuentas del sexto ejercicio social terminado en 31 de Octubre último.

Segun lo dispuesto en el art. 26 de los estatutos, sea cual fuere el número de los concurrentes y el de las acciones representadas, se constituirá la junta y se celebrará la sesion con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia se necesita depositar en las cajas de la Sociedad, con arreglo al art. 29, 50 acciones cuando ménos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta 21 del actual, y hora de las cinco de la tarde, y en Madrid en la Delegacion del Banco, Barquillo, 3, hasta el 19 del actual, y tres horas de la tarde, cuyos centros expedirán los resguardos y papeletas de entrega á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo efecto se facilitarán ejemplares de poderes en las oficinas de Barcelona y Madrid.

Los socios que no posean individualmente 50 acciones podrán, segun el art. 27, reunirse y confiar la representacion de sus acciones, 50 ó los ménos, á uno de entre ellos.

Lo que de acuerdo del Consejo se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 6 de Diciembre de 1882.—El Director Gerente, P. de Sotolongo.

Los que deseen adquirir dichas Cédulas podrán dirigirse en Madrid DIRECTAMENTE á las OFICINAS DEL ESTABLECIMIENTO, ó por medio de Agente de Bolsa, y en provincias á los Comisionados del mismo.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.  
PRÉSTAMOS AL 5 1/2 POR 100 EN METÁLICO.  
Este Banco realiza todos sus préstamos hipotecarios á largo plazo en metálico, y al dicho tipo de interés hasta nuevo aviso.  
Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con, primera hipoteca, sobre fincas rústicas y urbanas, dando HASTA EL 59 POR 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.  
Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto, ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.  
CÉDULAS HIPOTECARIAS.  
En representacion de los préstamos antes realizados, el BANCO emite CÉDULAS hipotecarias.  
Estos títulos, de un capital nominal de 509 PESETAS, devengan un INTERÉS DE 5 POR 100 anual, y tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas y la subsidiaria del capital del BANCO.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.  
Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradiá á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un

pincel inimitable: la pluma de Castelar.  
Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.  
Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnifico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.  
Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30

### OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR EMILIO CASTELAR. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.<sup>o</sup> menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.  
Está adornada con un magnifico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ ROMAN LEAL.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al Drama social con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales..... 20

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante veintitrés años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó correspondientes excede de 400.

## LA AMERICA

Año XXIII  
Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante veintitrés años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó correspondientes excede de 400.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.  
Caños 1.

